

CIVIDAD



REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



*Este número
contiene:*

UN CUENTO DE
CONCHA ESPINA

UN POEMA DE
GARCIA LORCA

UN ARTICULO DEL
CAPITAN IGLESIAS

Dibujos de ARTECHE, M. ROSA
BENDALA, HORTELANO,
SANTONJA Y BILLIKEN

20 CÉNTIMOS

O T O D E A N G E L A R A C I L

MÁS LUZ MENOS CONSUMO



Los Tiroleses

AL COMPRAR
IDENTIFIQUELA
POR SU
EMBALAJE-PRECINTO
AMARILLO

PHILIPS SUPER-ARGA

LA LÁMPARA DE DOBLE ESPIRAL

CIVIDAD



LA SEMANA

CON la mayor cortesía, CIUDAD, Revista de Madrid para toda España, tiene el honor de ofrecerse a la Prensa de Madrid, a la que saluda reverentemente y en cuya gloriosa y ejemplar historia quiere mirarse como en un espejo.

NOS parece cosa tan grave hacer un programa de lo que va a ser CIUDAD, que preferimos esperar a que se escriba nuestra historia. Aspiramos a que ella figure al lado de la de otras revistas ilustres de España, algunas desaparecidas, como aquella inolvidable *Esfera*, y otras vivas y pujantes, y séanlo por muchos años. Declaramos que esta aspiración es demasiado ambiciosa. Pero declaramos desde ahora nuestra ambición también.

POSIBLEMENTE es de ritual que siquiera un matiz de nuestro propósito quede previamente estampado aquí, en este primer número y en estas primeras líneas. Y bien. El matiz es éste: Estimamos que España es un magnífico y bello país europeo occidental engranado a una cultura y a una moral que forman la rueda maestra de la moral y de la cultura universales. Mecanismo coadyuvante, bien templado y bien fuerte de este sistema son los pueblos de lenguas ibéricas, llamados, por designio histórico indimitible, a una obra común que nos está reservada por la Providencia — en cuyo mandato creemos — y por la Geografía — a cuya llamada nos sometemos.

NOS interesa, pues, de España y del sistema espiritual que rige lo que es positivo, bello y sano, lo que constituye una esperanza para la Humanidad y lo que es ya una realidad en la Historia. El descubrimiento de lo miserable, pobre y pintoresco; la exaltación enfermiza de lo triste y sucio; la exhibición de lo derruido y caduco, de lo atrasado y de lo feo, quede para nuestros enemigos del exterior y del interior. A nosotros no nos interesa sino en cuanto debemos contribuir a que desaparezca, con la exaltación de todo lo contrario.

PROMETEMOS, pues, a nuestros lectores proscribir de nuestras páginas informaciones y fotografías que muestren, por puro placer derrotista, lo que en nuestro pueblo haya de triste y retardado. Existe, sin duda, ese trágico aspecto en la vida española, como existe en todos los pueblos milenarios. Pero cuando esos pueblos tienen una noción elevada y orgullosa de su rango, se inclinan sobre esas miserias cristianamente para remediarlas y terminar con ellas. No las exhiben cínicamente y con tono mendicante y un sentido disminuído de su personalidad.

ENTENDEMOS que lo que hay de positivo, bello y sano en España y en su circunscripción espiritual no reside en una clase social determinada, sino en todas. Y seguramente, con más abundancia, en la clase más numerosa. Por eso, CIUDAD no es una revista de "gran" mundo ni de "alta" sociedad. Lo "grande" y lo "alto" están, para nosotros, en toda España y en toda la sociedad hispánica. La grandeza de España está, para nosotros, bien alojada en la choza del pastor, en el taller del artesano, en el laboratorio del estudioso, en la biblioteca del erudito, en el cuartel del soldado, en el palacio del noble: dondequiera que un hombre sea fiel a su misión histórica en cuanto español.

CONSIDERAMOS que es una coincidencia venturosa, a cuyo signo venerando nos acogemos, el aparecer en días pascuales, cuando un mundo de ciento veinte millones de criaturas adora a su Dios común en la lengua que mejor sirve para hablar con El, según la frase cesárea. Cuando un mundo tiene un Dios, una lengua y un destino comunes, hay algo que hacer.

FELICES Pascuas.

Director: VICTOR DE LA SERNA
Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:
PALACIO DE LA PRENSA. — MADRID
Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año I. 26 de diciembre de 1934 Núm. 1.

HOY...

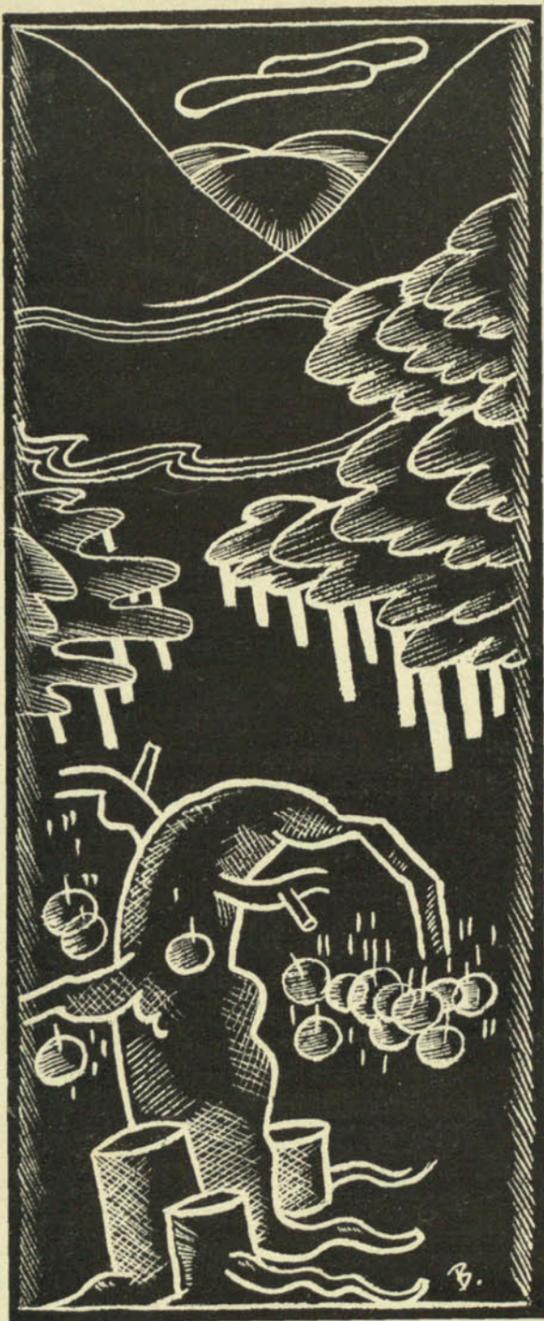


"El Fraile Menor". — En este relato que la ilustre escritora Concha Espina ha destinado expresamente para CIUDAD, destacan el sobrio y firme trazo emotivo y las cualidades de vigor e interés que han hecho célebres sus novelas.

"Caída de los ramos". — Poema de García Lorca, de su más característico y maduro estilo. Es la primicia que el gran Federico ofrece a los lectores de CIUDAD, de su libro "El diván del Tamarit", que en breve aparecerá editado por la Universidad de Granada.



"Una aventura de Ana Pawlova en el Amazonas". — Quienes conozcan al capitán Iglesias únicamente en sus aspectos heroicos de aviador, explorador, etcétera, le conocerán como avezado escritor a través de esta crónica, en la que el fino humor de la anécdota está presente en una prosa animada y colorida.



Caída de los Ramos

Por las arboledas del Tamarit
han venido los perros de plomo
a esperar que se caigan los ramos,
a esperar que se quiebren ellos solos.

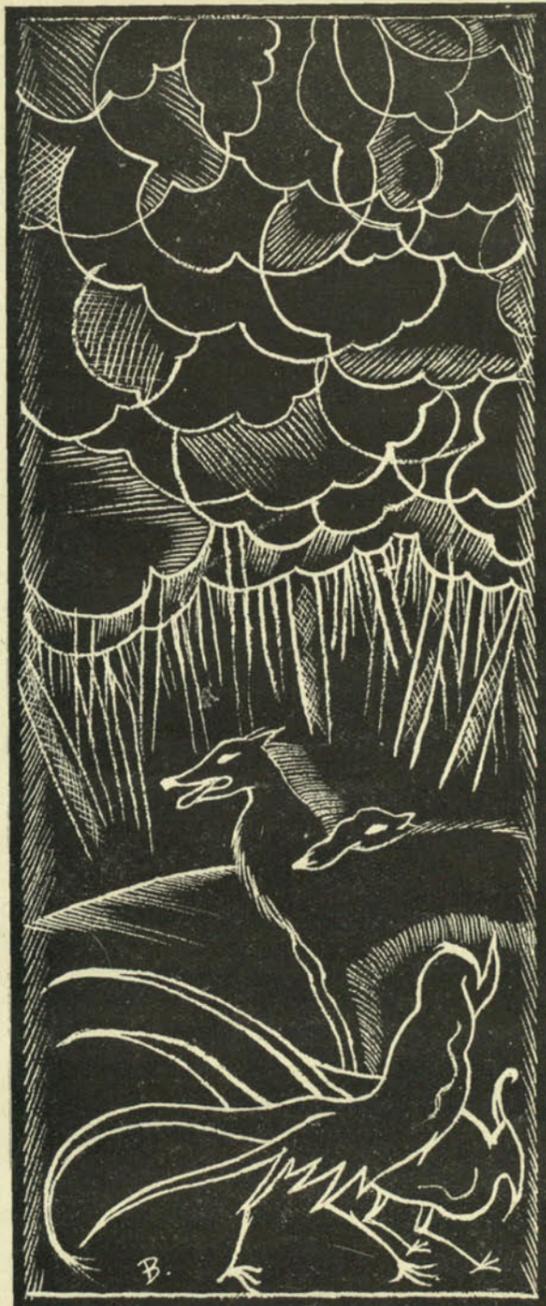
El Tamarit tiene un manzano
con una manzana de sollozos;
un ruiseñor agrupa los suspiros
y un faisán los ahuyenta por el polvo.
Pero los ramos son alegres.
Pero los ramos son como nosotros:
no piensan en la lluvia, y se han dormido
como si fueran árboles, de pronto.

Sentados, con el agua a las rodillas,
dos valles aguardaban al otoño.
La penumbra, con paso de elefante,
empujaba las ramas y los troncos.

Por las arboledas del Tamarit
hay muchos niños de velado rostro
a esperar que se caigan mis ramos,
a esperar que se quiebren ellos solos.

por

Federico García Lorca

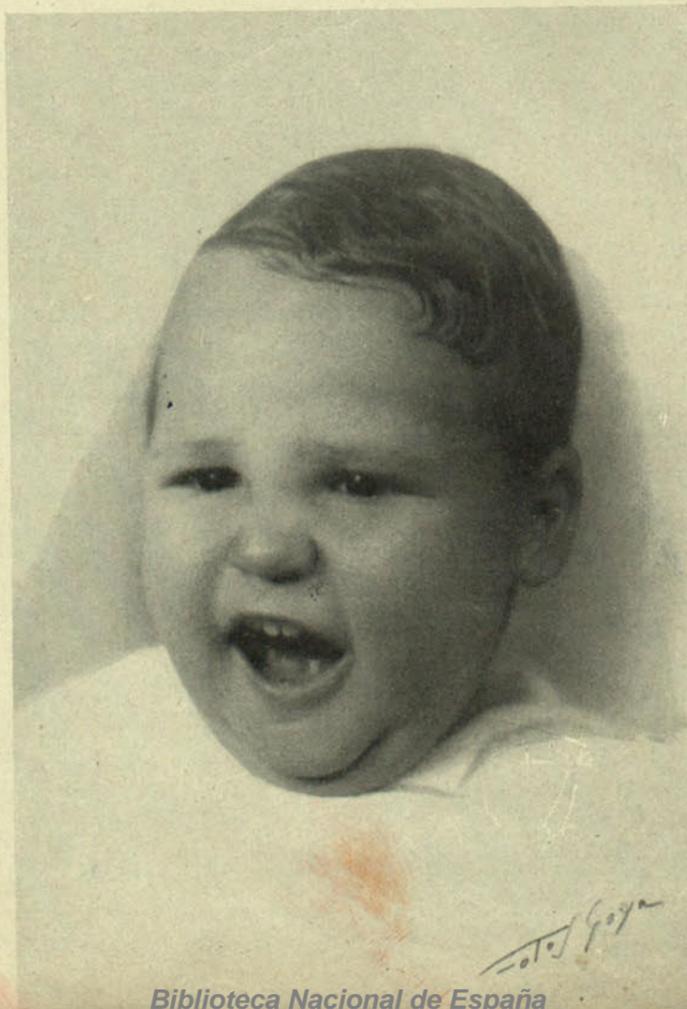


NIÑOS DE ESPAÑA

Julián Díaz
(El niño del Sanatorio)
Prohijado por el Dr. Vital Aza



Alejandro Pidal



Carmen Calvo Parada

EL FRAILE MENOR

UN CUENTO DE CONCHA ESPINA



Está de moda el padre Villar. Ha pertenecido al mundo elegante, y se averigua con gran interés todo lo referente a su apostolado en la Congregación de Frailes Menores precisamente aquí, en esta calle de Alcalá, en un retiro alegre y blanco puesto al sol.

Las niñas "bien" se desviven por ser hijas espirituales del padrecito nuevo, y en frecuentes conversaciones se le pondera y alude. Y se le critica y censura.

Ahora mismo, al salir de los toros, hablan de él dos jóvenes maduros y cansados.

—Jaime Villar... ¡Por Dios, si le conozco mucho! ¡Si era un sibarita, un mujeriego, un badulaque..., guapo, listo, presuntuoso!...

—Hombre, sí, me acuerdo perfectamente. Desciende de los Villares de Reinoso, gente aristocrática, rica... Me acuerdo, hombre...

En realidad, Juanito Gálvez, el heredero de un pingüe título, apenas reúne las palabras y las memorias y disimula apenas la indecisión de sus pasos.

—Estoy un poco...

—Sí, te mareas—define Arturo Monroy con sorna—. Vamos a entrar aquí, donde "las novicias", y te acuestas un rato... Si habíamos de venir luego...

—Es verdad.

—Después del desfile y de aburrirnos tomando cerveza en "Negrasco" y masticando polvo, acabaríamos por deshacer el viaje para vivir unas horas a lo Morand.

—Pablito Morand... Tienes razón... ¡Cuánto polvo hay en Madrid!...

Y apoyado en el hombro de su amigo, Gálvez mira, con los ojos turbios, el arco rojo del Poniente, bajo el cual una polvorienta nube fatiga a la tarde, que se va cayendo con las hojas del otoño.

La Avenida de la Plaza es un aluvión de gente dominguera y bulliciosa; y los señoritos avanzan con lentitud entre los chistes ordinarios del público y los comentarios de la fiesta nacional: una corrida "super", según dicen por allí las voces roncas y extenuadas.

En un grupo de artesanos se levanta más el grito de las discusiones, y su aclaramiento detona en la calle sobre el azul marino de las blusas. Parece que alguien ha sacado una navaja.

Corren allá algunos policías, y el nombre de los diestros que han toreado se repite y se blande furiosamente, sin materiales rasguños, mientras que una penetradora tristeza viene por encima del vaho festivo desde la carne morada del anochecer.

Se padece todo el cansancio del día que cabecea, una antigua pesadumbre que no se sabe dónde ha nacido. Muchas pupilas, íntimamente fascinadas, buscan en el cielo el hogar remoto de los astros.

—¡Al fin!—exclama impaciente Monroy, ganando la orilla derecha de los edificios.

Y entra con Gálvez en un cabaret muy exótico, decorado por telas de Batik y grandes estampas con reproducciones de Chagall.

La puerta había girado sordamente en un silencio clandestino, sin que sus cristales, de colores opacos, dejasen traslucir nada del interior, que se ensancha y seduce en una constante sorpresa hasta para los mismos parroquianos.

El mostrador altísimo, los empinados taburetes, la sala pulcra, los sofás, marginales y hondos, están desiertos. La gente que pasa y alborota por la Avenida no es público de este "American Bar", nuevo en el barrio, con misterioso cariz de mancebía elegante y cara: nadie ignora cómo hay detrás de esos tapices de Sarong unas habitaciones que sólo para los burgueses de rumbo exhalan su perfume calenturiento de adelfas y, arriba, un piso con gabinetes y camarines arcanos.

Hay que ser rico y vicioso, con todas las perversidades malignas, para frecuentar este moderno cabaret. Sus mantenedoras tienen fama de cosmopolitas: se visten espléndidamente, se alhajan como princesas, fuman enervantes cigarrillos, bailan "el último tango" y beben "el último licor". Una se llama Vera, afirma que es rusa y habla el castellano con acento catalán; otra, de nombre francés, jura en vascuence cuando se incomoda; hay una madrileña que se dice gitana del propio Albaicín.

De este modo, el aspecto de castas y matices dan un raro prestigio a la singular ramería, donde tienen el orgullo de amanecer muchos depravados ilustres. Y los más asiduos han puesto el mote, blando y cariñoso, de "novicias" a las meretrices recién instaladas en este desusado pie de lujo y modernidad.

—¿Subimos?—pregunta Monroy.

Pero ya su compañero se ha dejado caer en un diván, y responde:

—No habrá nadie arriba... A esta hora... Tengo sed.

Está borracho. En la Plaza ha bebido aguardiente encima del abundante coñac de la sobremesa, y el alcoholismo agudo le postra en un agotamiento y una exacerbación terribles.

Hijo tardo, que ha consumido la fecundidad de su padre, es débil por naturaleza y por educación, y vive sin voluntad ni disciplina,

dejando que le administre los cuantiosos billetes el menos aprensivo de sus camaradas: Monroy, por ejemplo, que se constituye a menudo en guía y sostén del pobre millonario. Y que en este instante le mira con tedio mientras pide una limonada.

—Es lo que te conviene—dice de mal humor, pensando: "Me voy a divertir con este imbécil, que está hecho una momia..."

Un "chef", vestido con americana blanquísima, sirve, en tanto que una joven pintada y esbelta sale por detrás del mostrador, sonríe, saluda y averigua:

—Y usted ¿qué toma?

—Un vaso de "Porter".

Gira otra vez la mampara de colores, y en el vano producido se cierne todavía el polvo dorado y gris.

Algo de aquella nube trae el que entra: calor y luz del día, atenuados: aire de marchita juventud, angustiosa como el crepúsculo.

—¿Estáis solos?—pregunta.

—Ya lo ves... Con Margot.

—Conmigo—ensalza la camarera insinuante, entornando los ojos a la sombra fabricada por el "rimmel".

El recién llegado, Luis Jordán, le vuelve la espalda, cimbreo el talle, estira el cuello escotadísimo de la camisa y susurra, con voz de tiple:

—¡Bah! Mujeres... Me aburren...

A Margot, que es bondadosa, se le oye decir "en chulo":

—¡Vaya con el pollo pera!... ¿Qué "quedará"?

Y se acerca a Gálvez muy solícita.

—¿Está usted enfermo?

—Mareadito, pichona.

—¡Ah... ya!... ¿Quiere acostarse?

—No me vendría mal.

—Sí, llévale allá dentro, que duerma un rato, a ver si despa-bila. Y tú, ¿qué bebes, monín?—ofrece Monroy al sietemesino, que se abrocha en la cintura un botón de la ceñida chaqueta.

—¿Y? "Pfefferminze".

—Pues venga de ahí...

Gálvez se ha marchado con la ayuda caritativa de Margot, que no tarda en volver, diciendo:

—Don Juan está roncando.

—¿Qué pelma de hombre! No se puede contar con él para nada—rezonga el amigo administrador, bebiendo y convidando a costa del ausente.

Entra un nuevo personaje: un mocetón robusto y curioso, bien trajeado, con mucha gana de divertirse.

—¿Qué hacéis?

—Aburrirnos...

Ya la puerta de la calle no trasflora ninguna claridad, y este parroquiano sonriente diríase que trae un poco de luna en la cara llena y en el pelo rubio.

La Avenida ha enmudecido; el "American Bar" se siente muy solo y forastero en el barrio apacible, entre casas modestas y silenciosas.

De pronto, sobre el sigilo de los alrededores, llega la voz de una campana que tañe, ligera como una lira. Arturo Monroy asocia con este llamamiento una conversación rota hace breves minutos, y pregunta al último cliente:

—A propósito, Losada: tú te acordarás de Jaime Villar, reinosano.

—¿El fraile?

—El mismo.

—¿Qué ha de hacer? ¡Ya lo creo! ¡Eramos inseparables... en la primera juventud!

—Que todavía colea.

—Por mi parte... amén.

—Pues esa campana..., ¿oyes?

—Sí.

—Es del convento de Villar.

—¿Qué me dices?... ¡Mira que Jaime en un convento, con hábito y corona!

—¡Y más guapo...!—aduce Margot, que atiende con el mayor afán.

—¿Le conoces?

—¡Si es mi padrecito! Me confieso con él.

—¿Tú?

—¿Por qué no?... ¿Ustedes se figuran que soy hereje?

Todos ríen, hasta el "chef", que sirve a Losada una copa de "kirsch".

Pero la camarera, muy engreída y firme, asegura:

—El padre Villar es un santo.

—Con buena prole—critica Monroy aludiendo a la moza—. Si todos los frutos de su paternidad son así...

Y se le queda mirando con sumo desdén.

—Porque "una" sea mala, y estúpida, y cobarde—responde ella vergonzosa—, no quita para que se confiese y tenga esperanzas y crea en Dios.

—¿Y en el padrecito guapo?

—También.

El "vividor" está dolido de tantas ponderaciones, del auge del antiguo compañero, que, en una nueva celebridad, se sostiene alto como un ídolo, invencible en el culto de las mujeres, cuando ya el envidioso caduca, mísero y gastado, sin notoriedades y sin ilusiones.

Pierde la mirada, inútil, en cuanto le rodea, mientras Margot se retira con aturdido mohín y la campana del convento sigue tocando.

Hay una fría desolación en el cabaret, aunque tienen los licores un tembloroso júbilo en las copas.

Más tarde la marimba dará su concierto habitual, y el repique áspero del güiro pondrá sonos estridentes en la licencia del salón, cuando esté cerrada la mampara de cristales y entornado el portallito de la esquina en un "abierto de noche" muy Paul Morand, el autor por quien deliran hoy los calaveras intelectuales de Madrid.

Entran, vestidas de señoritas, otras dos camareras que hoy estaban de holgorio, y las acompañan dos aparentes caballeros.

Para un "auto" delante del portal, y arriba suenan los tacones agudos de las mujeres, que viven entre adobos y perfumes, como las hetairas de Roma.

Se hacen junto al mostrador consumiciones caras, y Margot vuelve allí para dolerse:

—Acaso Don Juan esté malito de veras.

De pronto Monroy se aproxima a la joven acentuando su expresión osada y taciturna.

—¿Quieres ver aquí a tu padre Villar, el santo?

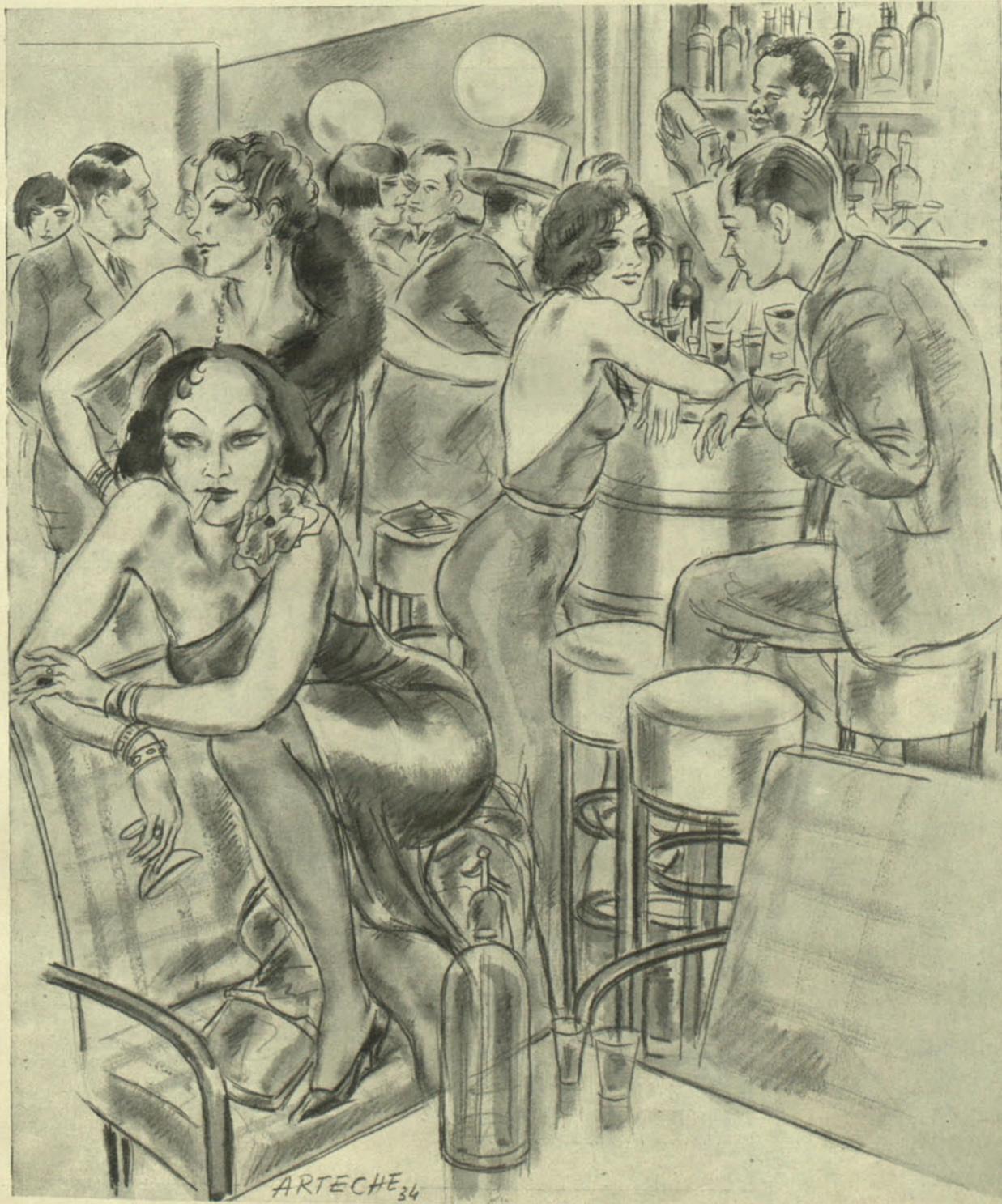
—¿Aquí?

—Sí, esta noche, ahora...

—¿Vestido de fraile?

—Con todo el equipo: tal como le admiras cuando te echa la absolución.

—No puede ser.





ILUSTRACIONES

DE

ARTECHE

Y se junta a los demás clientes, que se han aumentado con un torero de postín, un célebre actor y un hombre de negocios. Hablan, discuten riendo, y algo aprueban que les hace muy felices.

Han llegado los músicos, y unos aires tapatíos inundan la sala, que aún está lejos de alcanzar su animación más escandalosa.

Este hombre sí que trae consigo el resplandor de una lumbre lejana, algo que parece caer desde la ceniza luminosa de las estrellas. Y en el ropaje oscuro, el escalofrío de la noche.

—¿Dónde está el enfermo?—pregunta cuando le hacen entrar vistosamente en el meretricio.

Se oye una salva de aplausos. Ha callado la marimba, y el fraile, bizarro, descubierto, queda en medio del salón, mientras sus pupilas, anchas y tempestuosas, lo recorren todo, sin comprender la burla del aviso que le ha sacado de la celda.

El concurso ríe, se esconden los amigos traidores del religioso, y Margot avanza, asustadiza y generosa.

—Por aquí, padre; venga usted.

Le toma una punta del hábito y le conduce adentro.

—Por aquí.

Y añade en voz chita:

—Yo le haré salir sin que nadie le vea.

Pero Monroy le quiere detener.

—¡Que confiese al moribundo!—grita desde su escondite con risa íntima y burlona.

Una ramera elegantísima empuja al fraile y le envuelve en el ánimo caluroso de sus perfumes.

—Se nos ha puesto malo un caballero, ¿sabe?

Es la rusa. El confesor la sigue a un gabinete encortinado y misterioso, donde Vera misma ignora que hubiese un hombre dormido.

Retrocede, asombrada de que se realice una mentira que entre todos urden para comprometer al sacerdote.

Y él abre la única ventana, por la cual entran la sombra y el rocío a estremecer las colgaduras y la luz, el humo tenue de un pebetero, el aire venenoso del camarín.

Luego se inclina hacia el borracho, que ya no ronca y duerme de cara a la pared, tendido en un amplio sofá; le da vuelta, le pulsa, le mira con atención en los siniestros hoyos de los párpados.

—Me habéis llamado tarde—pronuncia irguiéndose—. ¡Este hombre está muerto!

Y hace la señal de la cruz sobre el corazón para siempre callado. La frase, brusca y breve, corre por la casa del placer con pálido terror.

El fraile, magnífico y pavoroso, lleva en los labios aquellas palabras amarillas: "¡Está muerto!", cuando cruza el cabaret para salir vistosamente, como ha entrado.

Nadie le interrumpe. Ni un gesto de vigor levanta allí los derrumbados espíritus. En todas las miradas está la luz artificial quieta como una fruta mortecina.

El puñal de una hora clava su toque en el silencio terrible, en tanto que las penitentes sandalias pisan, mudas, los umbrales del prostíbulo.

Y el fraile menor se pierde bajo la rubia melancolía de los luceros...

—¿Qué apuestas?

—¡Imposible!

—Pues vendrá. Serviremos de testigos para que se pruebe su hipocresía, y desde esta noche podremos decir que es un parroquiano más del cabaret.

Tiene la muchacha el semblante lleno de estupefacción. En la serpiente diamantina de sus ojos, su mirar, claro y húmedo, se aturde; y hay tan delicado hechizo en aquel espanto, que el conspirador

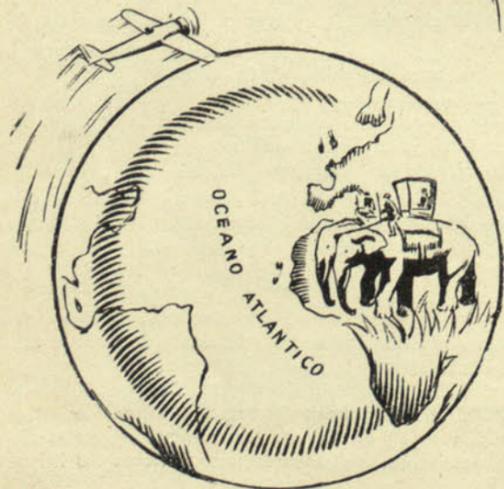
la desconoce, desde el oro artificial de la cabellera hasta la gota de rosado barniz que agita en la punta de los dedos. Está vestida con exquisito gusto, y los prodigios tocadores de la casa no le celan ningún secreto: el blanco de cerusa para la frente, el punzón del rubí para los labios, el "Fard Indien" para las ojeras, el extracto de rosas para las mejillas...

—Me parece que la veo por primera vez—se dice Monroy, seducido a pesar suyo.

CASOS Y COSAS

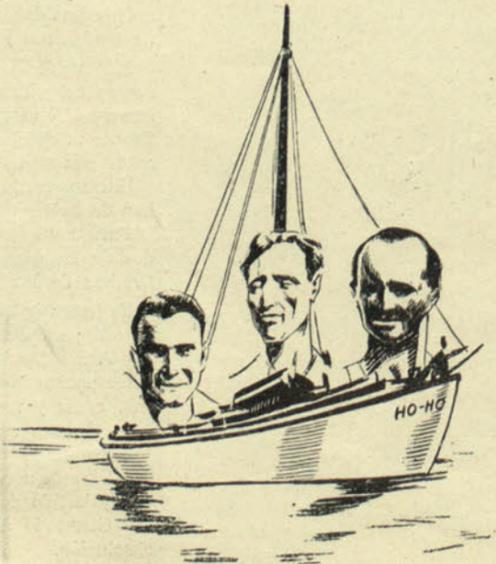


Un cuerpo organizado de cajistas de una imprenta dada se llama "capilla" porque William Caxton, un impresor inglés del siglo XV, se dice que ejerció su profesión en una de las capillas de la Abadía de Westminster.



Julio Verne, el célebre novelista francés, imaginó como gran proeza realizar la vuelta al mundo en ochenta días. El aviador norteamericano Willy Post la efectuó en siete días, dieciocho horas y cuarenta y nueve minutos y medio.

Hace seis años, luego de partir de Buenos Aires el buque-escuela danés "Kobenhavn", se perdió en el Atlántico Sur con toda su tripulación, sin que nunca se hayan tenido noticias suyas y sin haberse hallado rastro alguno. En busca de indicios, tres jóvenes escandinavos están dando la vuelta al mundo en un pequeño yate: el "Ho-Ho", que en la actualidad se encuentra navegando por la misma ruta austral por la que desapareció el buque-escuela danés.



Presentará su primera producción

VIDAS ROTAS

inspirada en una obra de

CONCHA ESPINA

INTERPRETES

MARUCHI FRESNO

LUPITA TOVAR

PEPE ISBERT

FISIOGNOMIA

Cuento en una escena y un estrambote

por

EDUARDO BLANCO-AMOR

ILUSTRACIONES DE SANTONJA

PERSONAJES: EL, ELLA, EL OTRO.

(El: Aspecto abatido de joven sabio, bordeando la treintena. Calva frontal precoz, con crepúsculo de pelambrea pajisa. Bajo las cejas peraltadas, en un gesto de atención constante, los ojos abobados y disminuidos a través de los tóricos de la miofía, encintados con grueso carey. Traje gris rata, con coderas y rodilleras. Folletos y erudiciones, con los títulos estrangulados, asomando por los bolsillos del gabán. ELLA: Avispada, impersonal y bonita, con el resalte convencional de las pinturas en los labios y párpados. Excavando en la prolijidad de los afeites, podrían, sin embargo, traerse a la superficie unos veinte años prietos, dorados, suculentos. Gruesos brazaletes y collares de baratija. Estampa de la peliculara, con interpretación de casa de vecindad.)

(Hablan en uno de esos rincones de los coches del "Metro", que la empresa, con una insospechada comprensión de ingeniería, mandó diseñar para los enamorados.)

EL.—Te acompaño solamente hasta Sol. No quiero perder la última conferencia de ese profesor alemán.

ELLA.—Tú, siempre con tus chifladuras. Si no puedes venir, es igual. ¡Creo que no van a comerme!

EL.—¿Y qué ocurre en el cine? Cheques, robos, asesinatos, pozos de petróleo... y, al final, el beso, que es la burbuja lírica, el hipócrita anticipo que asoma a la superficie de todos los heroicos disimulos, para que adivinemos un desenlace, que suele ser un enlace, cuya debelación plena sería inmoral. Hace cientos de siglos se cazaban renos o se incendiarían selvas, para llegar al refregón de narices o a la pantomima convencional que estuviere en uso, expresando un sentimiento idéntico. ¡Desengañate! En amor andaremos, cuando mucho, en la edad de la piedra pulida.

ELLA.—No sé lo que querrás decirme con todo eso, porque cualquiera te entiende a ti. Pero no me negarás que en las películas triunfa siempre el más fuerte, el más guapo, el mejor.

EL.—Sí, que, generalmente, suele ser el más bruto. Pero detrás de esas cualidades de hermosa animalidad, externamente apreciables, la humanidad presente estudia, a fin de poder llegar algún día a encontrar el gesto interior, la verdadera condición espiritual a través de la engañosa envoltura física.

ELLA.—(Interesándose.) ¿Cómo, cómo es eso?

EL.—Que no pasará mucho tiempo sin que el rostro de las gentes nos dé la noticia exacta de su categoría moral e intelectual. Cada uno llevará colgada en su cara la ficha exacta de su temperamento y

práctica, es posible hoy—ya lo hacia Lavater hace sesenta años—anticipar algunos ensayos realmente notables. El pueblo dice, desde muy antiguo, que la cara es el espejo del alma. Por otra parte, en las novelas de la escuela naturalista, siempre el autor preluaba la psicología de sus personajes describiendo, a veces con implacable minuciosidad, su rostro, sus manos, su repertorio de gestos. Más modernamente, Oscar Wilde, hablando de que el pensamiento deforma la armonía del rostro, decía: "En cuanto alguien se pone a pensar, se convierte todo en frente y nariz." En Proust, sin ir más lejos...

ELLA.—Sí, sin ir más lejos, porque cuando te dan esos ataques de cosas raras, hay como para arañarte.

EL.—Tienes razón. Hoy has tenido razón cuatro veces en quince minutos, lo cual es realmente inusitado y peligroso en una muchacha bonita. Te lo prevengo honradamente, porque la razón es cosa de gente vieja y fea. Pero, volviendo al asunto, si quieres, podemos ensayar, sin movernos de aquí, una lección práctica de fisiognomía. ¿Quieres?

ELLA.—¡Claro que quiero! A ver, empieza.

EL.—Bien. ¿Ves aquella señorita de luto, de unos treinta años...?

ELLA.—¿Y cómo sabes que es señorita y no señora?

EL.—¡Por la nariz, hija, por la nariz! O, si quieres, por las narices, que realmente es una nariz en plural. Con esa nariz está condenada a ser, al menos en su estado civil, señorita toda su vida. No hay editor matrimonial posible para semejante cartabón. Pero si esa nariz intransigente de ventanas en rendija, geométrica, filosa, proal, fuese una gran nariz acaballada y carnosa, denunciando sensatez de juicio, suaves maneras, tendencia a la resignación humorística e inclinación a la maternidad y a la repostería de cocina, esa señorita tendría quizás oportunidades de dejar de serlo.

ELLA.—¿Qué notable!

EL.—En el asiento, al lado de la puerta, tienes dos gordos. El de los labios gruesos, con hendidura pronunciada en el mentón y los músculos superciliares abultados sobre las cejas, de fácil movilidad, es un gordo más inteligente que reflexivo; seguramente, una buena persona indiscreta. En cambio, el otro, de boca delgada, como hecha de un corte en los tocinos del rostro, orejas chicas y desdibujadas y frente sin relieves, es un sujeto rigorista, rutinario y superficial, sin ternuras hondas ni grandes pasiones; por lo tanto, incomprensivo, puritano y mala persona. ¡Se quedaría viudo con la mayor indiferencia!

ELLA.—Pero ¿cómo sabes que es casado?

EL.—Bueno, ésas ya son deducciones de otro orden. Debe ser casado por el aire de desesperada avidez con que mira a las mujeres jóvenes. Y casado con una de esas flacas, de caballería, capaz de sepultarlo bajo un armario de luna al primer lío de faldas. En cambio, el otro gordo debe de ser soltero o, mejor, viudo, porque las mira con calma, con grave desvergüenza, con documentado sosiego de un buen catador, sopesando los detalles, analizando a fondo. Es una mirada llena de posibilidades.

ELLA.—¿Y aquel muchachito tan guapo, que no las mira de ninguna manera?

EL.—Ese tiene bastante con mirarse a sí mismo.

ELLA.—¿Y aquella delgadísima, de gestos arrebatados?... ¡Ah, llegamos! Me voy volando.

EL.—¿Tan volando? ¿No quieres que te acompañe unos minutos más?

ELLA.—(Muy vivamente.) ¡No, no! ¿Estás loco? Mis tías viven casi a la salida. ¡Con lo cotillas que son! Ni se te ocurra salir...

EL.—(Ya en el andén.) Bueno, hasta mañana entonces; regresaré en el primer "Metro".

ELLA.—Adiós... ¿Y no me dices nada a mí?

EL.—Como me tienes prohibidos los piropos, en realidad no se me ocurre nada.

ELLA.—Y tú, que lees en las caras como en los libros, ¿no te dice nada la mía no siendo esas vulgaridades con las que todas se contentan?

EL.—Ya lo creo que me dice, pero no está bien que tú lo sepas. Las virtudes de las mujeres lo son mientras ellas las ignoran. En cuanto las conocen, se convierten en vanidades, es decir, en no virtudes. Además, no tenemos tiempo...

ELLA.—(Insinuante.) ¡Anda, no seas malo! Dime hoy un poquito y piensas el resto para mañana.

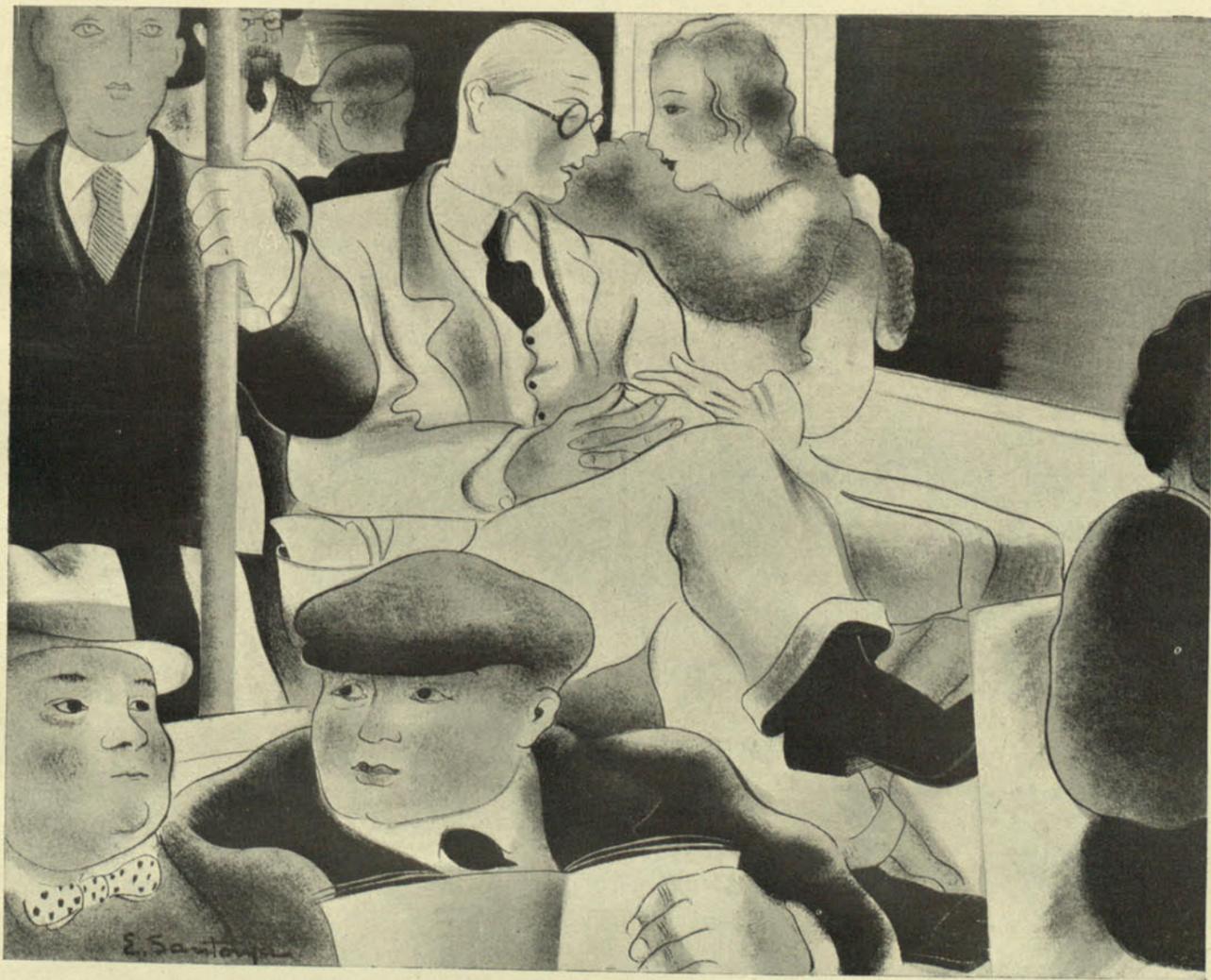
EL.—Bueno. Siempre te sales con la tuya. A ver, mírame con fijeza. ¡Qué linda eres! Estás más allá de todo análisis.

ELLA.—(Con falso enojo.) ¿Pero otra vez, pelmazo?

EL.—¡Es cierto! (Muy serio.) Pues verás: Ojos grandes, oscuros, de mirada sostenida y directa: franqueza y simplicidad de juicio, pero no ingenuidad, no confundamos. Nariz recta, de base un poquillo respingada y ventanas nerviosas: locuacidad, apasionamiento, ironía un poco violenta. Boca bien dibujada—debajo del "rouge", se entiende—, con labio superior en "arco de flecha descansado", y el inferior ligeramente carnoso: cordialidad, despreocupación, independencia de carácter. Pero lo fundamental está aquí, en el corte de la mandíbula inferior y en el mentón recogido, firme, clásico, en cierto modo varonil.

ELLA.—¿Y qué quiere decir?

EL.—(Solemne.) ¡Fidelidad! Fidelidad neta e indiscutible. El complejo de tu ficha fisiognómica se apoya en ese trazo básico, co-



EL.—¡Quién sabe! Hoy estás bonita hasta la antropofagia. ¿Cómo te arreglas para estar cada día más bonita?

ELLA.—¿Qué sé yo? ¡Tienes cada pregunta! En cambio, tú estás cada día más criatura, más fuera del mundo. Cuando hablas con los demás, da gusto escucharte. Y en cuanto te quedas solo conmigo, no dices más que bobadas.

EL.—¡Será el amor!

ELLA.—Puede que sea... Pues resulta bastante aburrido. ¿Son así todos los intelectuales cuando están enamorados o cuando dicen que lo están?

EL.—No sé: nunca le hice el amor a ninguno. Pero, probablemente, todos serán así. El amor, para los que no somos románticos, es una de tantas formas de regresar a lo simple, a lo instintivo. Y, claro, lo instintivo, mirado desde una cima de espiritualidad, se lo ve lleno de pequeñez idioteces. El amor es, quizás, la única forma noble de la estupidez, aun cuando pudiera decirse lo mismo de la filantropía, de la...

ELLA.—¡Bueno, bueno! Hazme el favor de no empezar a hablar en difícil.

EL.—Tienes razón. Te lo había prometido. En fin, hablemos de cosas simples. ¿Me quieres?

ELLA.—(Con burla.) ¡Me quieres, me quieres! ¿No tienes nada más nuevo que decirme?

EL.—Cuando estas cosas se dicen con ternura y se escuchan con agrado, son siempre las más nuevas, por no decirte que las únicas nuevas.

ELLA.—¡Y dices que no eres romántico! Así debían de hablar nuestros abuelos.

EL.—Y nuestros bisabuelos también. El amor, en su declaración teórica, es siempre rutinario, pasadista. El genio más luminoso de la palabra lo expresará, llegado el momento, con la misma media docena de vulgaridades de que dispone un boxeador, pongamos por afásico.

ELLA.—¿Cómo se ve que no vas al cine!

de su inteligencia. Cuando hayamos adquirido este nuevo instrumento de directa apreciación humana, cambiará, automáticamente, el concepto estimativo del prójimo con sólo mirarle la punta de la nariz.

ELLA.—¿Qué curioso es eso! La verdad es que, hablando, resultados impagable...

EL.—(Mirándose en el cristal.) ¡Impagable y bastante feo!

ELLA.—(Recorriéndolo con una mirada piadosa.) ¡Como feo, feo, no! Un poco raro y un algo descuidado, tal vez. Con un poco de plancha y un poco de peine... (Bruscamente.) ¿Por qué no te dejas el bigotito a lo Menjou?

EL.—¡No se me había ocurrido! En realidad, no me gusta. ¡Esos pelos ahí! No sé. Esa coquetería capilar me parece una afectación poco razonable en la gente seria. (Divagando.) ¡Y pensar que hemos tardado docenas de siglos en llegar al afeitado perfecto, símbolo evidente de civilización, para que ahora cuatro "peras"...! Sin embargo, te diré que los romanos...

ELLA.—¡Ay, hijo, ya te vas otra vez a lo difícil!... ¡Estamos en Sol! ¿No bajas?

EL.—¿Quieres que siga acompañándote hasta Atocha?

ELLA.—(Contrariada.) No veo la razón.

EL.—Si te parece poca razón la de estar un rato más contigo... Pero, si te estorbo, me lo dices francamente, y entonces... te acompaño.

ELLA.—(Con risa forzada.) ¿Por qué vas a estorbarme? ¡Qué ocurrencia! Pero como querías ir a eso del profesor alemán... (Después de un corto silencio, volviendo al tono anterior del diálogo.) ¿Así que, dentro de poco, se mira una cara y ya se sabe si es la de una buena persona? ¡Qué cómodo! ¿Y tardará mucho en "llegar" ese descubrimiento?

EL.—Es posible que pasen todavía algunos años antes que los estudios de fisiognomía, ya bastante antiguos y actualmente en plena revisión, cristalicen en un conjunto de reglas que les otorguen calidad científica indiscutible. Pero, con un poco de intuición y de



mo la estatua en su plinto. Eres incapaz de simular y de fingir, y eres fiel con los demás, porque lo eres contigo misma. Tu sinceridad, casi brutal, te hace repugnar la hipocresía y el disimulo, sobre todo en cuestiones del corazón. Quiero decirte que no eres persona de andar con rodeos ni contemplacionse. Si algo te estorbaba, yo, por ejemplo, me echarías con la mayor frescura. ¡Y no me has echado en seis meses...!

ELLA.—¡Ah, vamos, era por ahí la cosa...! ¿Así que estás muy seguro?

EL.—¡Y tanto! La ciencia no se equivoca jamás.

ELLA.—Bueno, hijo, bueno. ¡Estás loco! Continuaremos mañana. A las cuatro, en la Glorieta, y procura traerte un traje menos... filosófico...

(ELLA sube, con revuelo pilocromo de telas y tintineo de collares de bazar, la escalera de la estación. Una red de sol la pesca en la superficie. Miradas a un lado y otro. En el extremo de una de ellas, aparece, mojado aún por las sombras azules de un bar, EL OTRO, grande, fuerte, bien plantado. Los hombros, industriosamente alzados sobre el nivel de las clavículas por los guateados del sastrer adúlón. Gabán de trabilla entera, pantalones anchos, zapatos cuadrados. Anda con balanceos gañanes de "boy" deportivo. Se acerca a ELLA, y, al saludarla con una mano en vuelo, como dicta la neocursilería de los galanes yanquis, deja al descubierto la dentadura, de espléndida blancura zoológica, bajo la persiana de un bigotito burlón y viciosete, e inclina la cabeza, impermeabilizada por el bruñido casco cabelludo, metido casi hasta las cejas.)

ELLA.—(Arrobada y sumisa, mirándole de lleno.) He tardado un poco, ¿verdad? Me encontré con esas latosas de Fernández aquí abajo, en la estación.

EL OTRO.—¡No importa! ¿Adónde vamos? Te advierto que tengo el coche en el taller, y como tienes ese horror a los taxis...

ELLA.—Es igual. Vamos paseando un poco.

(Caminan un rato en silencio. ELLA, de cuando en cuando, le espía el perfil, inexpresivo y correcto. EL OTRO se distrae recogiendo el tributo de las miradas, redondas como monedas, que pagan los transeúntes al pasar frente al espectáculo de perfección de la pareja.)

ELLA.—(Bruscamente.) Oye, ¿qué me ves en la cara?

EL OTRO.—(Sorprendido.) ¿Yo? Nada. ¡Ah!, sí, que te has pintado más que otras veces...

ELLA.—No, hombre. ¡Qué tonto! Te pregunto qué es lo que ves en mi cara, en mis gestos.

EL OTRO.—¡Pero si yo no te miraba!

ELLA.—Bueno, pero ya me estás mirando. Fíjate bien, especialmente en la mandíbula inferior.

EL OTRO.—¿Qué quieres que te vea? A ver, levanta la cabeza... Nada, ni un rasguño. Estás guapa, como siempre. ¿Era eso lo que querías?

ELLA.—(Con reconvencción cariñosa.) ¡Bobo!

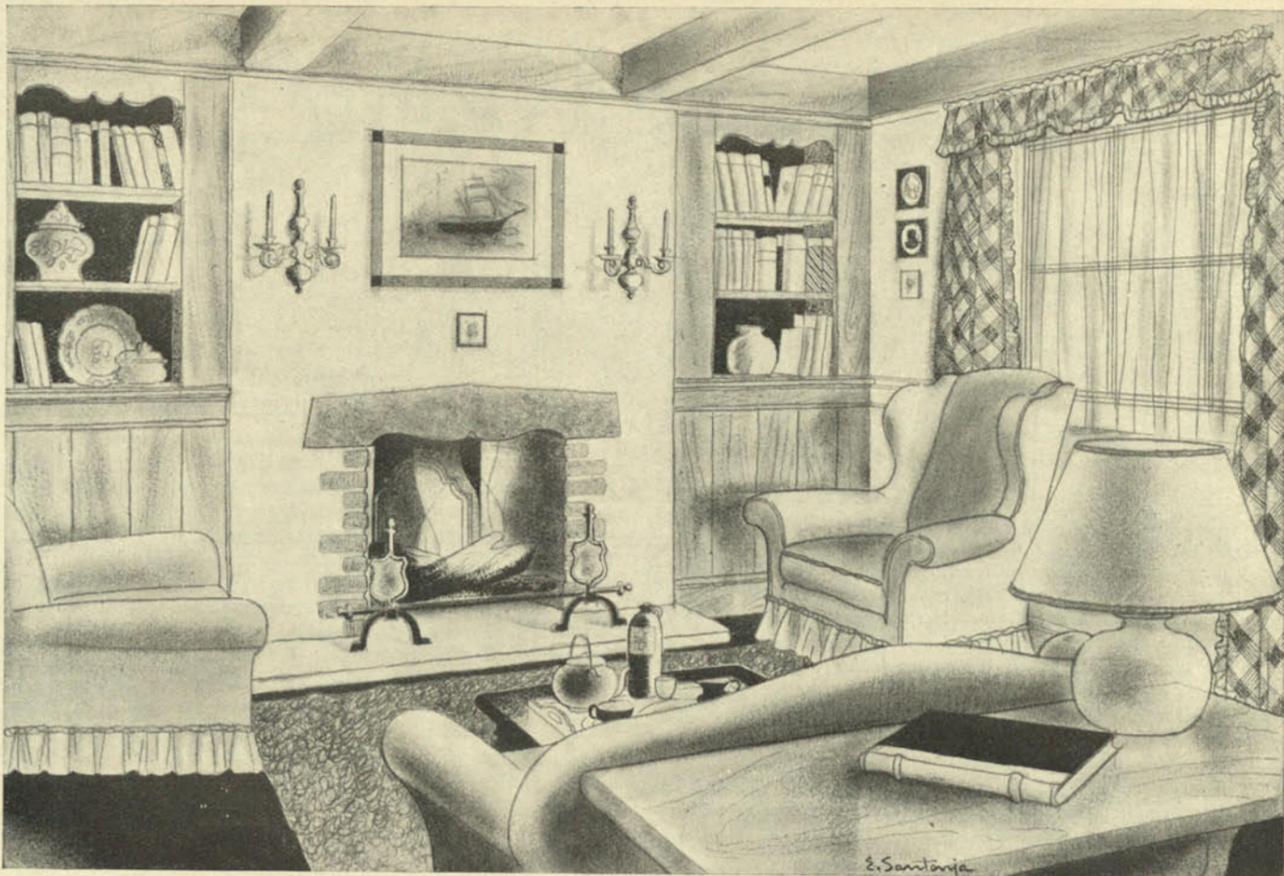
EL OTRO.—Francamente, lo único que te encuentro de raro es que pareces preocupada, menos alegre que de costumbre.

ELLA.—(Después de otro rato de silencio, como hablando para sí.) ¡Pobre muchacho!

EL OTRO.—(Semiofendido.) Pobre ¿quién?... ¿Yo?...

ELLA.—No, nada, nadie. Iba pensando...

Madrid, diciembre 1934.



EL HOGAR MODERNO

TEXTO Y DIBUJO EXCLUSIVOS PARA "CIUDAD"

Con elementos muy simples se puede alhajar un *living-room*, o sala de estar, en una casita destinada a la Sierra o en un pequeño hotel de los muchos que actualmente se construyen en los alrededores de Madrid. Este interior, ideado por Santonja para los lectores de CIUDAD, consta de un conjunto de tres piezas fundamentales, formado por el sofá y los sillones — *bergère* —, tapizados enteramente en cuero vaqueta color tabaco o en vaqueta, con el cuerpo de los muebles, el asiento y volantes de terciopelo en el mismo tono. Dos bibliotecas empotradas en el muro, en roble de veta ancha, encerado, lo mismo que la mesa y el envigado del techo, que puede ser en imitación madera. Los visillos, a la inglesa, de tul *beige*, sujetos en ambos extremos, y los cortinajes, en reps a cuadros marrón y crema. Completan la decoración dos brazos de luz, en bronce florentino, y una lámpara sobre "potiche" de fayenza o vieja vasija de cobre, con pantalla de pergamino. La chimenea, con dintel de piedra y jambas de ladrillo rústico, dará una nota de color sobre el muro de encalado arenoso. Una alfombra de nudos gruesos, color terracota, complementará la armonía de los tonos.

JEAN LAROCHE.

ORO!
la inspiración y
la técnica más
puras al servicio
de un tema
alucinante.
EL SUCESO DEL AÑO
EN EL
CINE DEL CALLAO

UFA

UNA AVENTURA DE ANA PAWLOVA EN EL AMAZONAS POR EL CAPITAN IGLESIAS

Leticia es más o menos un pequeño claro en la espesura inacabable de la selva amazónica. Treinta o cuarenta casas de típico aire indígena—paredes de *assaky*, techos de hoja de *caraná*—le dan aire de gran villa en las márgenes desoladas del río. Algunas viviendas modernas de pésimo gusto, con sus techumbres de cinc, y las altas torres metálicas de la estación radiotelegráfica, rompen la pura línea tropical y amazonense de Leticia. Bellas palmeras trazan en el cielo siluetas graciosas, que dan al poblado una perspectiva elegante. Las ramas llamadas *primaveras* trepan, ávidas de luz, por las cercas de las viviendas, dibujando serpientes vegetales caprichosas. Más allá del claro que sirve de solera a Leticia, la vegetación monstruosa de la selva forma una barrera feroz de troncos, bejuco y lianas enmarañadas. Detrás de ella se oye a veces el golpe seco del hacha del *caboclo*, que abre una nueva brecha en la selva inhumana y se siente caer con estrépito todo un mundo vegetal, como un cataclismo...

El Amazonas corre sin cesar a los pies de Leticia. Cada hombre tiene una canoa, que es como un largo cuchillo de madera, para abrir la piel caliente del río y extraerle sus tesoros. Enormes monstruos acuáticos, de bocas deformes, y raros peces, de extraños colores e insaciable voracidad, salen de entre las aguas movedizas y turbias por las heridas que las canoas abren, ante la mirada brillante y melancólica del *caboclo*, que amanece siempre sobre el lecho del río, sentado en la popa de su canoa, donde el sol le encuentra cada mañana. Después camina lentamente hacia su *chacra*, en la que espera la mujer con la yuca, el banano y el *pirarucu*, secado días y días al mismo sol de fuego que ha quemado sus pieles humanas. El *caboclo* arrastra su indolencia por la selva, y sueña después tendido en la hamaca. La muerte no le interesa. Entierra a su hijo, serenamente, excavando un poco de tierra húmeda, bajo palmeras gigantes y árboles que suben al cielo...

A veces el sol de Leticia se oscurece, y grandes masas de nubes arrastran sus barrigas deformes por las crestas de la selva, empujadas por un viento de furor. Entonces un diluvio de agua caliente y pesada cae sobre los ligeros techos de palmera, y el bosque todo comienza a lagrimear. El *caboclo* se mete por los mil caños e *igarapés* que la lluvia ha dibujado, y llega con su afilada canoa hasta parajes ignorados. Otras veces el sol camina por cielos azules y brillantes, que se vuelven rojos a la hora maravillosa del crepúsculo, cuando los *paujiles* lanzan su grito de dolor y el río se estremece con un temblor de carne acariciada por la brisa que baja de las quebradas frescas...

Pero la belleza suprema hay que buscarla en la noche. En las noches blancas, de cielo empalidecido, cuando la selva hierve de lujuria; cuando el grito de los monos enciende la espesura de voces humanas y las ranas desgranar el largo rosario de su canción nocturna; cuando los *bufeos* saltan sobre la piel ardorosa del río para mirar a la luna de plata; cuando el *caboclo* y el indio sueñan embrujados por el aire sensual que viene de la selva incestuosa...

Me hallaba aquella noche sobre la cubierta del barco, tendido en mi hamaca de *chambira*, viendo correr las aguas del gran río, que llevaba sobre sus anchos lomos islas espesas y bos-

ques descuajados. A mi lado el Mayor L.—aire de buen antioqueño, sonrisa irónica y mirar hipnótico—hablaba lentamente, cortando el raso de la noche con sus palabras candenciosas, que referían cosas extrañas...

—Sí—decía—. Ese hombre enfermo, envejecido, pero aún joven que usted ha visto esta mañana lleno de harapos y de miseria, que ha venido rodando por los húmedos caminos de la selva hasta llegar a Leticia en busca de un lugar hospitalario donde morir en paz, ha conocido todos los lujos y la saciedad de los hogares bañados por el chorro del oro negro... Se llama Camilo Larrañaga. Es hijo de aquel famoso cauchero que durante tantos años fué amo y señor de inmensas regiones del río Putumayo. A propósito, Capitán: le contaré una historia interesante...

—Un día llegué a Belén de Pará, el gran puerto del Amazonas, allá en los confines del río, a miles de millas de selva y de agua. Al salir del gran teatro paraense, mis ojos tropezaron con esta rara inscripción: "Aquí bailó Ana Pawlova el 23 de abril de 1919." Sorprendido por este recuerdo de la famosa danzarina, quise conocer qué circunstancias la habían empujado hasta la exuberante tierra amazónica. A fuerza de indagar, supe que la Pawlova había venido desde su trágico país, atravesando continentes y mares, para bailar en pleno corazón de la selva, allá en la encrucijada de los ríos malditos, en el caserío de "La Chorrera", propiedad del cauchero Larrañaga, que pagaba en buenos dólares este capricho de rey de la selva infernal...

"La Chorrera" cae lejos de Leticia, remotando durante muchos días los ríos llenos de fiebres. Hacienda de caucheros, centro de explotación de árboles y hombres, lugar de patronos enriquecidos por la orgía del mercado de las *heveas*, allá en los años de mi mocedad, "La Chorrera", con sus casas de madera olorosa en medio del bosque, llenas de rumberos, tribus de indios y servidumbres negras, era una Babilonia ignorada del mundo. El rey de aquellas vidas era Larrañaga, dueño y señor de las caucherías de muchas leguas en derredor. Larrañaga era un viejo gordo, barrigudo, sensual y caprichoso, hecho a mandar trolepes de bestias. Contaba los dólares por miles, bebía como la selva y jugaba matando indios...

Ana Pawlova fué esperada en Belén de Pará en medio de una maraña de batelones y canoas, por miles de *caboclos* y marineros de cobre, que lanzaron gritos de estupor cuando la figura de la danzarina apareció sobre cubierta. Círculos estrechos de labios sensuales y miradas de lujuria formaron a su alrededor un escenario de deseos y de adoración. Ana Pawlova, antes de lanzarse al infierno verde de la selva, camino de aquel

escondido paraíso adonde la llevaba el oro de un aventurero, y, quizás también, la viva curiosidad de su espíritu inquieto, bailó en el Teatro de Pará para los *caboclos* y los marineros, regalándoles su arte exquisito y la visión de su cuerpo de garza... Luego emprendió su largo viaje, Amazonas arriba, hasta llegar a las bocas del Putumayo, en una pequeña lancha brasilera. Durante muchos días se alimentó de los productos de la selva y aspiró el aroma de sus vegetaciones calenturientas. En la desembocadura del Putumayo, vía natural de "La Chorrera", un tropel de indios e indias *witotas* y *yurimaguas*, que Larrañaga enviaba expresamente, esperaban a la Pawlova para servirle de espléndido coro en sus danzas y rendirla honores de diosa...

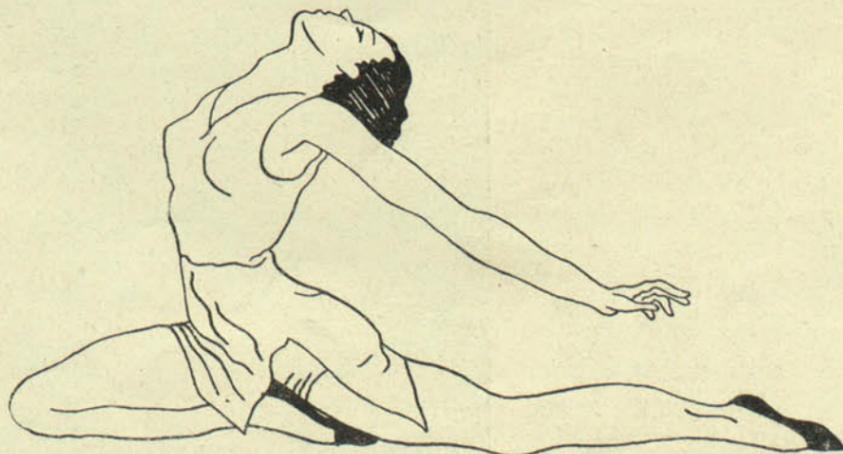
Después de muchas noches de navegación, la bailarina, siempre rodeada del cinturón humano de los indios, llegaba a "La Chorrera". Llevaba el cuerpo semidesnudo, sólo cubierto por ancha falda azul de *chambira* y adornado con un gran collar de esmeraldas. Era la hora del crepúsculo, cuando el sol es un disco de oro y la selva se envuelve en su manto verde. En "La Chorrera", una orquesta extraña, compuesta por músicos llegados de La Paz, de Río de Janeiro, de Buenos Aires, saludó a la gran señora, y a sus acordes se unieron los gritos de los loros y los guacamayos, el respirar fragoso de la selva y el estrépito de la gente de la cauchería, que disparaba sus carabinas y apuraba la *cachaza* en orgía de locos, en señal de alegría y acatamiento al patrón...

El viejo Larrañaga, borracho como un tonel, se adelantó, oscilando su descomunal barriga. La Pawlova se acercaba, todo gracilidad y ternura. El viejo baboso soltó una carcajada de bestia excitada y tendió sus peludos brazos como una araña de la selva que quiere atrapar a una libélula. La Pawlova sintió un frío temblor, y sus ojos comenzaron a pedir auxilio. Los del cauchero eran dos lenguas secas. La bailarina, siempre rodeada de los indios, que formaban una barrera, retrocedió súbitamente ante la visión repugnante del señor de la selva. Los indios siguieron tras ella. Larrañaga lanzó un grito inhumano y, abriéndose paso entre la indiada y los rumberos borrachos, que se divertían con la escena, intentó abrazar brutalmente a la Pawlova. Un indio *yurimagua*, de ojos inmóviles y lacios cabellos, silenciosamente alzó los nervudos brazos y sujetó al patrón. El viejo descargó su terrible bastón de *huacapú* sobre la cabeza del indio, que cayó, con una brecha sanguinolenta, tendido a los pies de Ana Pawlova. Los indios restantes envolvieron rápidamente a la bailarina y huyeron con ella hacia la lancha brasilera. La tripulación *cabocla* se unió a ellos, y juntos salvaron a Ana Pawlova, que regresó poco después a Europa. Los indios *yurimaguas* juraron vengarse, y dos días después de esta escena, el viejo Larrañaga apareció envenenado en el caserío de "La Chorrera".

Todos estos detalles me los contó la india María en Tarapaca, una de las que formaban el coro de *witotas* de Ana Pawlova, hace unos meses...

El Mayor L. calló. Sobre la cubierta del barco se balanceaban las estrellas con un ligero vaivén. Se divisaba, a lo lejos, la línea negra de la selva. El ir y venir de nuestras hamacas producía un ligero crujido rítmico y, de vez en vez, un murciélagó batía con sus alas el toldo del puente...

En Leticia, enero 1934.

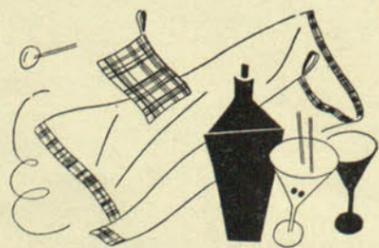


MODAS



COMODO Y MODERNO
ABRIGO A CUADROS EN
MARRON Y BEIGE.
GUANTES BLANCOS,
PAÑUELO DE SEDA
BLANCO Y FIELTRO
MARRON

FIELTRO Y PLUMA MA-
RRON. EL ENCANTO DE
ESTE ARREGLO SE RE-
ALZA CON UN PAÑUE-
LO MARRON CON LU-
NARES BLANCOS



MOTIVOS DE LA CIUDAD

POR

MAESE BUSCON



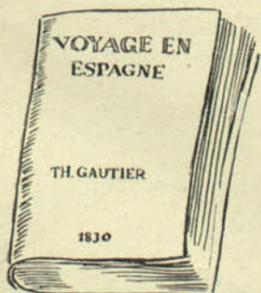
PROLOQUIO INEVITABLE

Dos enfoques ofrecen las ciudades al mirón: uno macroscópico, y otro, microscópico. El primero pertenece al turista; el segundo, al vecino, o, si quiere el lector una palabra más engolada, al ciudadano. Para el turista, la ciudad es masa, espectáculo, cultura. Para su ciudadano, es naturaleza, entresijo, ternura. Para el uno, experiencia intelectual, y para el otro, vivencia sentimental. El turista aspirará siempre a poseerla en una mirada rápida, totalitaria, integral. (Decía Pérez de Ayala hace unos años que, hasta que no descubría una cima del pueblo o paraje visitado, le parecía no haber entrado aún en ellos.) La aspiración del ciudadano es la de poseerla en todos sus gestos, sus minucias, sus asombros y sus escombros, porque su mirada no es tanto de contemplación como de amor, y "quien añade amor añade conocimiento". Hay en las ciudades una substancia profunda que no entregan al primero que llega. Es una especie de lenta emanación que pasa de lo inerte de las cosas a lo viviente de las almas. Conjugación del hombre con su medio, recíproca influencia y modelación mutua del hombre sobre la ciudad y de ésta sobre el hombre. Así, las ciudades tienen su modo de entrega mística para quien sabe esperarlas al final de este camino de perfección, que hay que cursar leyendo su viejo espíritu en las flámulas de las callejuelas, embadurnándose con las muchas lunas de sus noches, macerando las impaciencias en la blandura de sus lluvias, adiestrando la espera en las ruedas dentadas de sus vientos y en las hogueras de sus agostos, dejando que cada una de sus esquinas navegue por nuestros recuerdos como proas cargadas de vida; y sentir el piquetazo indiscreto del munícipe atrabiliario y "modernista" sobre la pared ilustre como si tundiesen en el propio pecho, y echar a rodar esperanzas alegres, como tropeles de chicos, por las calles nuevas, anchas de ambición, donde hierven la luz y el futuro con un ansia vertical y apasionada de galgar hacia los horizontes extremos, arrastrando consigo la ciudad, con las dos manos de las aceras rectas.

Esta pretende ser la Ciudad de estos motivos: ni el pintoresquismo, demasiado hurgado ya, de los costumbristas, ni el vagabundeo, no menos hurgado, de los especialistas. La ciudad viviente, con todas sus paradojas, sus tipos raros, sus virtudes, defectos, anhelos, superaciones, avances y retrocesos.

El lector disculpará si el velamen del viaje inicial de estas prosas se nos hinchó un poco de prosopopeya divagatoria. Fué solamente para acreditar cierta suficiencia... ¡por si las moscas! Pero le prometemos que esto no volverá a ocurrir.

EL DUENDE DE MADRID



Miss Kattle, desilusionada por no haber encontrado en España una España que encontrara en los libros, vino a refugiarse en Madrid para poder, al menos, disfrutar de las comodidades de la urbe. Y es que Miss Kattle viajaba por una España 1934 con libros acerca de una

España 1834. Este género de desilusiones suele darse muy frecuentemente entre los británicos que nos honran con sus visitas, a pesar de los esfuerzos que los hoteleros y las comisiones municipales de turismo hacen para

que la España actual se parezca a la que recorrió, luciendo su chaleco a cuadros, sus pantalones de trabilla, sus barbas de mártir y sus melenas de joven dios, el bueno de Teófilo Gautier hace un siglo, tripulando diligencias desportilladas, llenas de curas casposos y fumadores, de tratantes con olor a dehesa, de mozas del partido y de innumerables pulgas trashumantes. Y para sacudir el tedio de las carreteras serranas, aparecían los caballistas decimononos, quienes, con sus trabucos, sus mantas y catites, representaban ante el turista la escena *tout à fait espagnole* del atraco, con estrambote de secuestros y alguna que otra galantería para las damas.

Nada de eso encontró Miss Kattle. Pero su imaginación romancesca no se dió por vencida, porque los ingleses suelen también tener imaginación. Y la aparición del duende de Zaragoza dió nuevo pábulo a sus esperanzas. Y se acostó, tal noche como aquélla, pensando en partir al día siguiente para encontrar "su" España en Zaragoza. Y en la alta noche, entre sueños, oyó una voz misteriosa, una voz apenas sin modular, como un aullido, que venía de donde no se sabía dónde:

—¡Oooooiiiiiii!

Miss Kattle se incorporó, entre asustada y jubilosa, diciendo para sus adentros: "Duende tenemos", con aquel acento irlandés que era uno de sus mayores encantos.

—¡Aaaaaooooiiiiiii!

Las tres de la madrugada, las cuatro, y la voz tremenda:

—¡Aaaaaooooiiiiiii!

Miss Kattle se fué aterrando grandemente, pero con toda corrección y mesura, como corresponde a una señorita educada en buenos internados británicos. Al final no pudo más, y pulsó el timbre con nerviosidad evidente. Comparció el sereno del hotel. El sereno del hotel no sabía inglés. Fueron despertados nueve huéspedes. Los nueve huéspedes apenas reunían entre sí cinco palabras: *good bye, mister, y thanks you*. Y la voz horrisona y terrible temblando en la noche. Miss Kattle sintióse en pleno delirio mágico, y empezó a bailar las danzas del "Amor Brujo". Al fin, asomó por allí el negro cubano cantador de rumbas, que sabía inglés.

—*What do you want, madam?*—inquirió el africano.

—¿Qué voz terrible es ésa y a qué clase de duende español pertenece?

Y la voz, por veces de hombre, otras de mujer, y aun de niño:

—¡¡Aaaaaooooiiiiiii!!

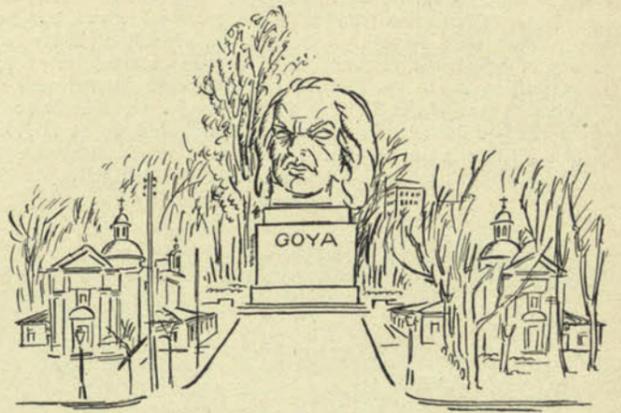
El bocotudo se asomó un momento a la ventana, y pronto volvió una cara toda blanca de dientes, devorada por la gran risa blanca de los negros.

—¿Qué duende, señora? ¿No oye usted que están gritando: "¡Lotería para hoy! ¡Para hoy! ¡Para hoy!"?

Y todo quedó en un duende apócrifo, comercial y molesto, que Miss Kattle oía con fuga de consonantes.

RIGODON DE ESTATUAS

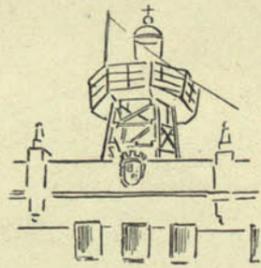
A los cincuenta años de su tránsito mortal, el general Concha va a ser trasladado a nuevo destino, en más o menos vera efigie, se entiende. Y no menos trasladada la estatua de la ex reina (y ponemos lo de ex para evitar suspiros) doña Isabel la Católica. (Lo de Católica va sin ex, y que nos perdonen los laicos.) Como ambas son ecuestres, no hay por qué suponerles demasiadas molestias, ya que pueden hacer el camino traslaticio por sus propios medios—pues, en los monumentos, el caballo y el jinete suelen formar una misma pieza—y aun hacerse una cortés reverencia de bronce cuando se crucen en la calle. Lo que ya no sabemos cómo se va a realizar es el no menos dictaminado desalojo de la estatua de Goya de San Antonio de la Florida. Y aquí un problema de denominación estética: Una cabeza sola, ¿es una estatua? Claro que se trata de una cabeza de dos metros, naciendo de un pedestal exiguo, como la coliflor de su tronco. ¿Es una estatua o no es una estatua? Porque si le añadimos unos brazos y un pecho, continúa no siendo una estatua, sino un busto. Parece ser que lo determinativo de las estatuas consiste en que tengan piernas, sin duda en previsión de que un día tengan que trasladarse. La no estatua macrocéfala de Goya no tiene piernas, luego no debe ser trasladada. He aquí un raciocinio perfecto para uso de los concejales. ¿Pero por qué se la traslada? ¿Qué es lo que se discute?



¿Que está desproporcionada con las ambas capillas que le sirven de flebe marco? Pues que se demuelen las capillas y en paz. He aquí un raciocinio para uso del escultor.

Y que termine ya este rigodón de estatuas, impropio de una ciudad seria. ¡A ver si un día se le ocurre a la fantasma concejil trasladar el monumento de Alfonso XII del Retiro! Porque, ante un desfile tal de leones, panteras, sirenas y caballos, nada de particular tendría que las gentes se creyesen ante la vuelta del Circo Hagenbeck.

MADRID MARITIMO



DESDE muchas leguas antes de entrar en Madrid, el forastero se encuentra con una serie de alusiones oceánicas. En la carretera, al informarse del itinerario, el rústico interrogado le dirá: "Cuando usted cruce el puerto tal..." "Es posible que encuentre niebla al entrar en el puerto cual." Luego, uno se encuentra

que estas bahías de secano se llaman Navacerrada, Guadarrama, etc. Pero en Madrid le esperan al visitante una serie de sorpresas náuticas. En medio de la calle de Alcalá, una auténtica boya previene a los *autos*, con su luz roja, la presencia de no se sabe qué extraño arrecife de adoquines, que los vehículos evitan con presteza de avisadas proas. Y si alguno no lo evita, naufraga en plena calle, y allí queda, escorado de un cacharrazo. Luego vendrán los buzos de la "Estación de Servicio", con unas grúas rodantes, a ponerlo a flote, etc., etc.

A lo que nunca hemos creído que llegase la presunción marítima de Madrid es a requerir y obtener de los Poderes públicos un faro auténtico, con cristales así de gordos y enviando destellos a tantas millas de distancia. Y ahí está, encaramado en una azotea de la calle de Alcalá, 82, por más señas, el gran faro, para orientar la insólita navegación de ciertos buques fantasmas que durante la noche flotan en los inmensos mares de la Mancha, con rumbo a los nebulosos puertos de las Sierras... Y otra vez, etc., para no abusar de la metáfora.

En una de estas pasadas noches, de gran temporal, desembarcamos de un taxímetro y nos aventuramos a subir al faro. Y en vez de encontrar el consabido torrero de grandes patillas, cachimba de barro y cantando aquello de:

"Feliz de aquel que tiene su casa a flote, su casa a flote..."

nos topamos con unos correctos burócratas, a quienes preguntamos, alarmadísimos, cómo en una noche tan tenebrosa tenían el faro apagado, con inminente peligro de un naufragio de camiones. Y allí supimos que estábamos en un craso error. Se trata de la Oficina Oficial Probadora de Faros, y sólo se enciende por las festividades patrióticas. España, con tantos miles de millas de litoral, lleno de puertos auténticos y de mares de agua, tiene su Oficina de Señales Marítimas en Madrid, a 400 kilómetros de la más cercana agua salada. ¡Paradojas del centralismo!, que dirían—con mucha razón—nuestros distinguidos colegas *La Voz de San Sadurní del Llobregat* y *Euskadiverborrea* desde sus respectivos puntos de vista estatutarios, que somos los primeros en respetar.

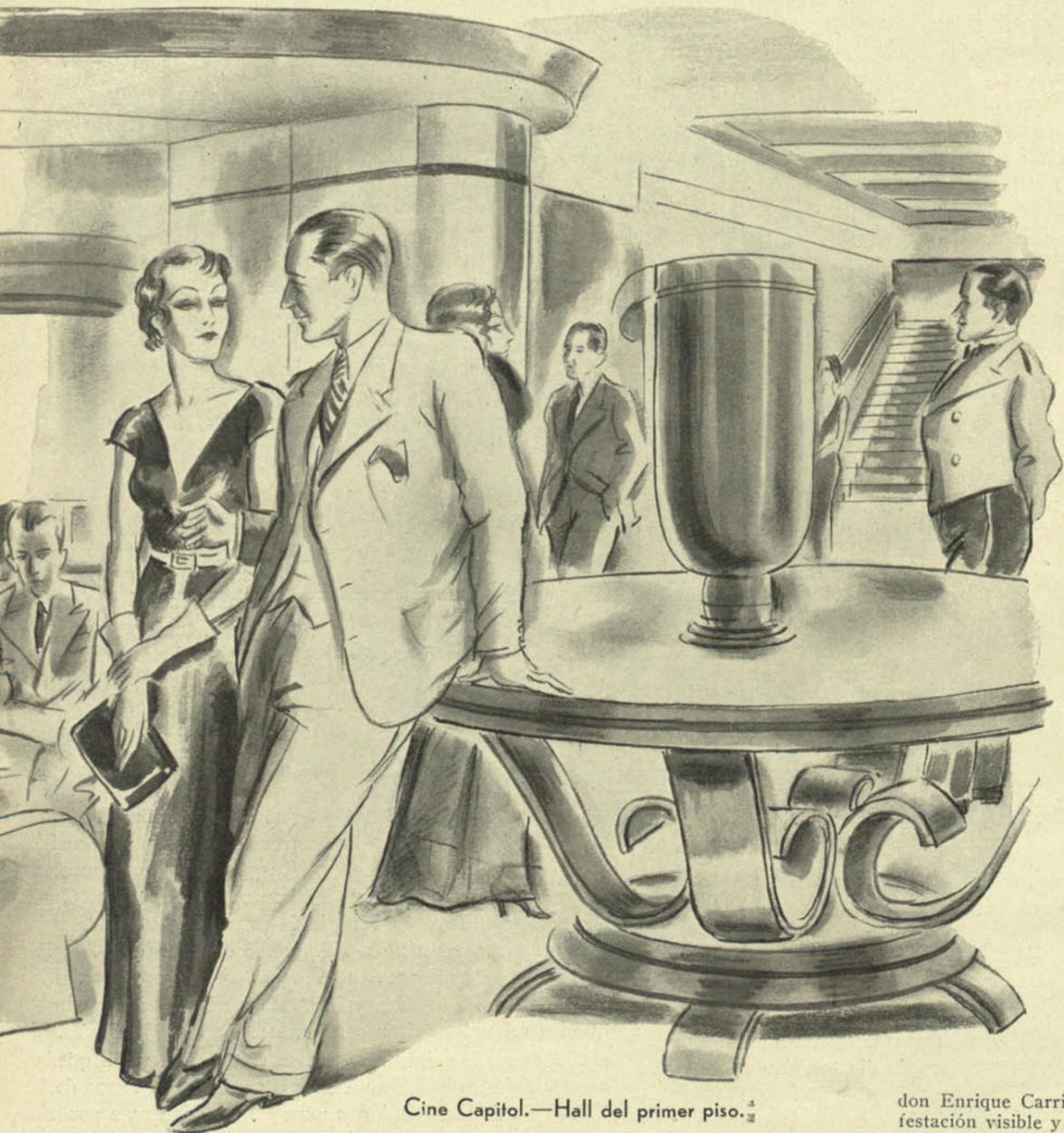
MADRID DE HOY: EL EDIFICIO CARRION

Suele concretarse el perfil de las grandes ciudades en una silueta previa, que ha de ir luego por el mundo de las menciones plásticas como su más seleccionado "affiche", como el grito, en idioma múltiple, de su publicidad universal. La perspectiva aérea de los rascacielos desde el Hudson es el formidable tópico de una Nueva York de todos conocida, sin necesidad de epigrafe aclaratorio, como lo es la Avenida de Mayo, de Buenos Aires, con la gran cúpula del Congreso al final, recortada sobre los rojos del Oeste, y la Torre Eiffel o la Avenida del Trocadero de un París finisecular y dieciochesco.

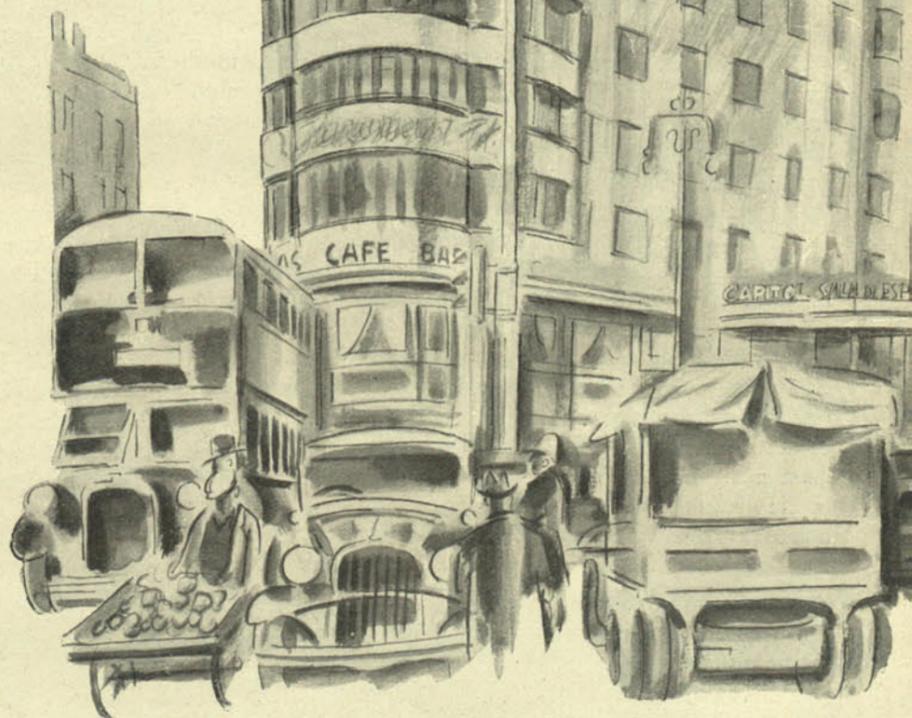
La silueta del Madrid moderno llevará en su primer término el Edificio Carrión, como una proa en marcha hacia el mejor futuro de la ciudad. La mole potente y fina, participando a la vez de la técnica y del arte, está ya en la devoción de todo madrileño—podría decirse de todo español—, que la enseña al forastero, con la emoción de un ayer ya superado y la esperanza de un mañana pleno de aliento y de fe.

La técnica más avanzada se alía en este edificio con la más exacta comprensión del buen gusto, de la utilidad y de la comodidad. Su maravillosa Sala de Espectáculos—calificada como la más suntuosa de Europa—está provista de un sistema de calefacción y refrigeración que es la última palabra de la ciencia industrial. Sus juegos de luz indirecta y su perfecta acústica, además de su refinado "comfort", crean un ambiente de excepcional bienestar para el espectador. El Café Capitol en la planta baja, el Bar Americano en el piso cero y el lujosísimo restaurante en el piso octavo, son ya lugares consagrados de reunión del Madrid elegante, como lo es también su magnífico Salón de Fiestas, recientemente inaugurado, decorado con verdadero refinamiento y con gran riqueza de materiales.

Contiene también el Edificio Carrión varios pisos de Departamentos amueblados, provistos de las más modernas instalaciones—radio entre ellas—, destacando como mayor novedad de su amueblamiento, las camas empotradas en el muro, de forma que la habitación—alcoba durante la noche—puede quedar convertida durante el día en un delicioso "living-room" o cuarto de trabajo, donde la luz entra a raudales, destacando los tonos suaves del decorado y de las tapicerías.



Cine Capitol.—Hall del primer piso.



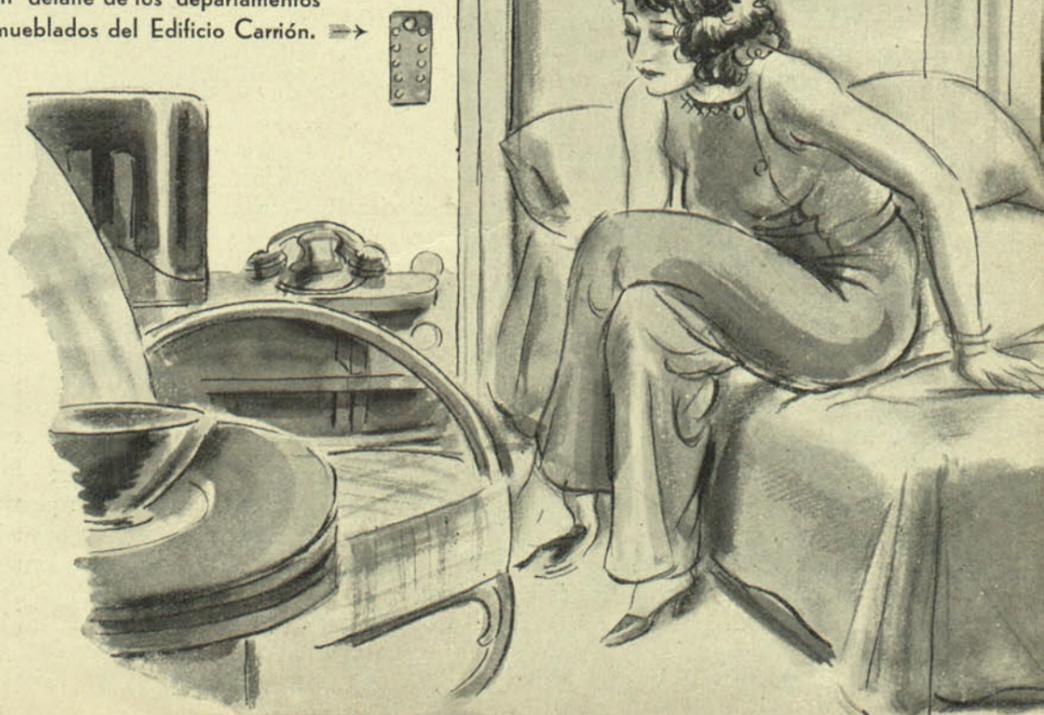
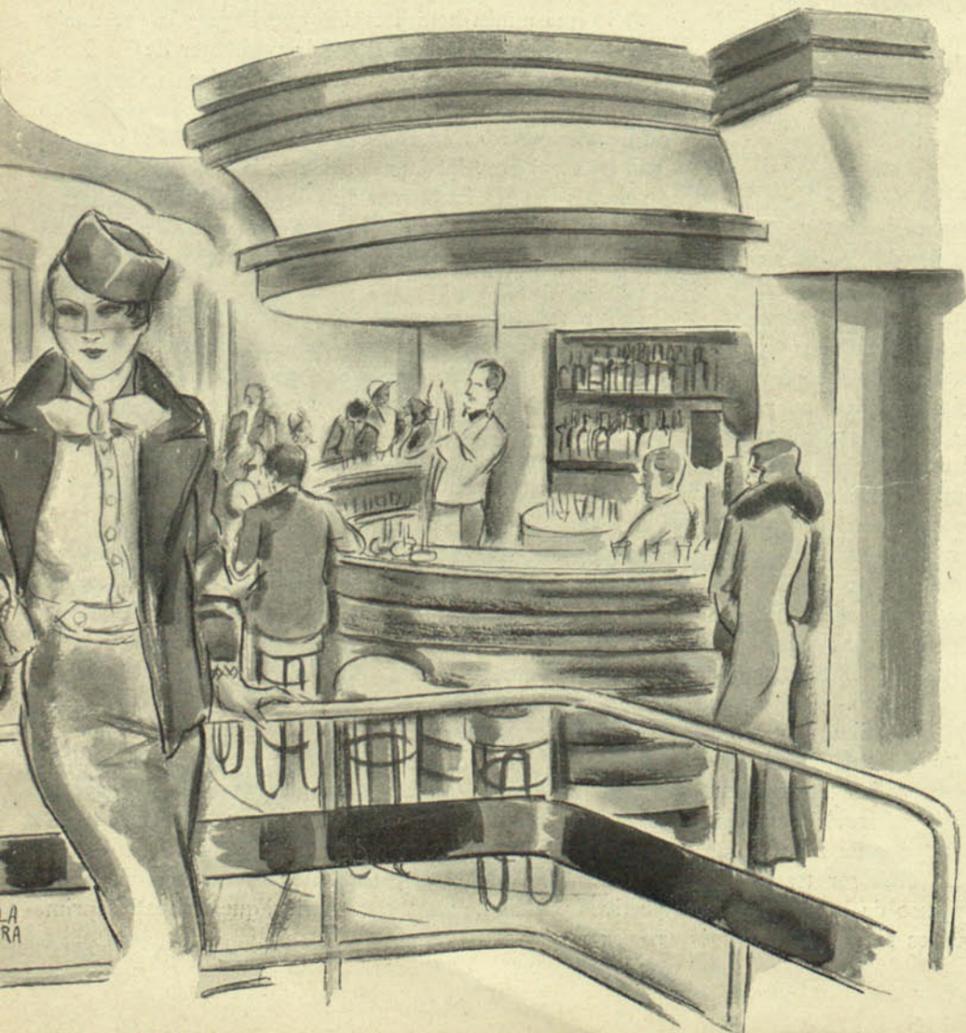
Perspectiva del Palacio Carrión.

La capital de España puede estar orgullosa de esta valiosa aportación a su progreso urbano. Y el magno homenaje que ha tributado Madrid hace unas semanas, a don Enrique Carrión no es más que una manifestación visible y colectiva del homenaje silencioso, cotidiano y múltiple, que todo español le tributa cada vez que, al pasar frente al edificio, lanza su mirada a escalar el esbelto gigante de mármol y cristal, que es como un rótulo de poder y de belleza puesto sobre la frente del Madrid contemporáneo.

don Enrique Carrión no es más que una manifestación visible y colectiva del homenaje silencioso, cotidiano y múltiple, que todo español le tributa cada vez que, al pasar frente al edificio, lanza su mirada a escalar el esbelto gigante de mármol y cristal, que es como un rótulo de poder y de belleza puesto sobre la frente del Madrid contemporáneo.

← Bar Capitol a la hora del "Cock-tail"

Un detalle de los departamentos amueblados del Edificio Carrión. ⇒



LI-PING-CHIA

POR

IVAN POST

Especial para CIUDAD



Tomó las varas del *riscka* y echó a trotar por el Bund. El hedor del río se intensificaba a medida que las piernas de Li se apartaban del Catay Hotel.

—¡Apura, cerdo!—le gritó el turista.

Inmutable, sin perder el ritmo de su trote, Li asintió con un golpe de cabeza. Quiénes le conocían afirmaban que Li, desde hacía unos meses, tenía nubes grises en los ojos. Efectivamente, cuando el sol se perdía para la ciudad de Shanghai, Li-Ping-Chia arrastraba lentamente su carrito hasta los jardines del Bund para ir a apoyar sus brazos escuálidos y su vista cansada sobre el muro de resguardo y en la inmensidad del puerto. Soñaba. Un año atrás, su primo Cheng, que usaba con orgullo el nombre de Ricardo, se fué en el vapor del misionero español que lo bautizó. Una escuela de viaje y una carta de llegada le habían cambiado a Li la forma del mundo.

Cruzaba una y cien veces al día frente al local de la Misión; pero Li temía la bondad de los hombres blancos. Conocía además, por relatos del narrador de cuentos de su aldea, que los hombres blancos, hacía muchos años, en Pekín, la ciudad sagrada, se desquitaban demasiado expresivamente de la rebelión de los "boxers".

Li amaba el mar.

No lo conocía más que a través de la escuela y la carta de Cheng. Pero la portada de un "magazine" olvidado por un turista sobre el asiento de su *riscka* le había revelado el verde de su cuerpo bajo la bendición del celeste imperial del cielo.

¡Cuán distinto era el mar a las aguas amarillentas del Wang-poo!



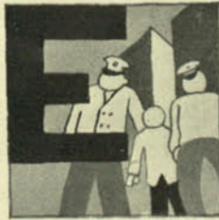
Se echó a caminar entre aquellos dos pilares de hueso y grasa que se llamaban Otto y Hans.

Li se había hecho insustituible para el segundo y el comisario de a bordo, como cocinero, como "valet", como lavadero y planchador. Le pagaban con fuertes patadas y rudos golpes de puño. Pero Li sonreía: para eso tenía, en los ratos libres, para él solo, el aro verde del mar con la túnica celeste imperial del cielo. Luego, bien sabía que los hombres blancos que van a China a hablar de civilización no encuentran mejor manera de hacérsela comprender a los orientales que a fuerza de golpes. Y Li, fregando las cubiertas, lavando los grasientos pantalones de la marinería, cocinando sus estrañalarios guisos chinos, cosiendo las desgarraduras de las tareas diarias, seguía absorbiendo de noche las estrellas de popa y, de tarde, el mar de la portada del "magazine" y de la escuela de Cheng.

Otto y Hans le habían arrastrado con ellos hacia un pueblo grande, sin ribetes de agua amarillenta, como su río Wang-poo, donde las calles eran grandes, las casas altas y los hombres blancos le miraban sonrientes. Esto era lo que más asombro le causaba a Li: aquellas señoritas, con ojos grandes como medallas, y aquellos hombres, que le dejaban pasar en silencio, mirándole atentamente, con una ligera sonrisa.

Otto y Hans se perdieron para Li. Nunca supo cómo; pero recordó que el maestro de su aldea le había dicho que tenía un dragón aparte. Li se encontró, en una esquina de aquel pueblo grande con señoritas de ojos muy abiertos que parecían saltar, con el rostro de otro chino.

Y Sung le ofreció apoyo a Li-Ping-Chia.



El maestro de la escuela aldeana habíale dicho en la infancia:

—Li-Ping-Chia, tú tienes un dragón aparte...

Li, aquel día, había encendido una tira de fuegos artificiales en las barbas del bonzo mayor, y todo el castigo de la cólera divina fué pagar su irreverencia con la muerte de su madrastra, que lo maltrataba.

Ahora, mirando las estrellas de popa, colocando en los cables la ropa interior de la tripulación, Li-Ping-Chia reconoció que los maestros, así fuesen de aldea, no se equivocan nunca... salvo en las citas de los clásicos.

En una bronca del Wonder Bar, el *riscka* de Li había salvado la



Seguendo a Sung, caminó mucho. Llevaba sobre sus hombros dos escaparates callejeros de madera tapizada en raso rojo, que ofrecían a las señoritas de ojos negros como las noches de popa la mercancía "buena y balata" de Sung.

Su amigo y jefe le había enseñado en largas vigiliadas "bueno y balato". Y al lado de su protector, al paso de aquellos buenos hombres blancos, Li exclamaba sonriente: "Bueno y balato..."

Todas las monedas que obtenían en cambio de sus pañuelos de seda, juguetes y adornos se perdían en los bolsillos de Sung.

Pasaron muchos meses, y Li aprendió a vender solo en el idioma de aquel pueblo sin agua en su puerta.

¡Feliz mañana!... ¡Día tan grato como la tarde en que su bu-

que abandonó las malolientes aguas amarillas del Wang-poo para internarse en el mar!

—Sí... sí... bueno y balato... Sí... sí... señolita guapa, bueno y balato...

Se paró en una esquina de la Gran Vía.

—Bueno y balato... Chinito vende cosa buena pala señolita española...

—¡Limpia!...

Con su caja bajo el brazo, la blusa azul del limpiabotas se interpuso, en la perspectiva de los ojos del chino, a la Telefónica.

—Sí... sí...

Li no atinó a nada; el muchacho había colocado ya sobre la horma de madera uno de sus pies y se aprestaba a hacer correr por entre las arrugas del cuero maltrecho sus trapos y cepillos.

Li se apretó contra la pared con sus ojos fijos en el limpiabotas. Sintió que le ardían la frente, las manos, la garganta; luego experimentó un frío intenso que le hizo temblar. Dejó sus mercaderías recostadas contra la pared y entreabrió los labios como para decir algo...

No dijo nada. Un corro de chicuelos le formaron muda ronda: para ellos era pintoresco aquel bicho raro que se hacía lustrar sus rotos zapatos.

—¡Ale, "Cañita", déjaseles como nuevos!...

—¡Anda, tú, ten cuidado con los callos!...

El betunero les guiñaba sus ojos, semitapados por el largo cabello.

—¡Servido!...

Li, atónito, se quedó mirándolos con la vista perdida. Metió sus manos en los bolsillos y sacó todas sus monedas. Volcó sobre la palma del asombrado muchacho todo el volumen de sus perras gordas y chicas. Los pilluelos se miraron entre sí.

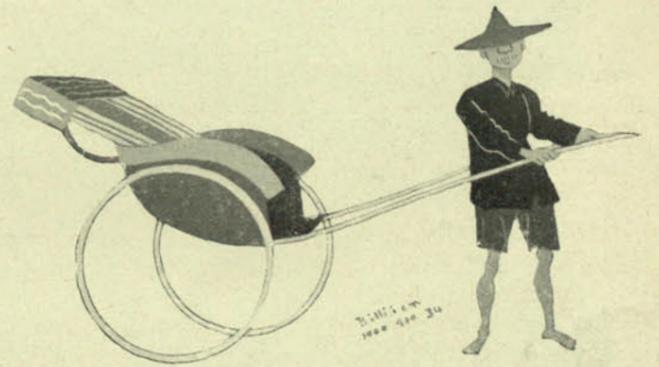
Li tomó nervioso la madera de la cual pendían sus chucherías y se alejó rápido, receloso, mirando ligeramente hacia atrás, como temiendo la evaporación de una escena de magia que había vivido.

Caminó una, dos, diez manzanas. Luego se echó sobre un banco de Alcalá. Se miró sus zapatos y en sus labios se dibujó la más radiante de las sonrisas.

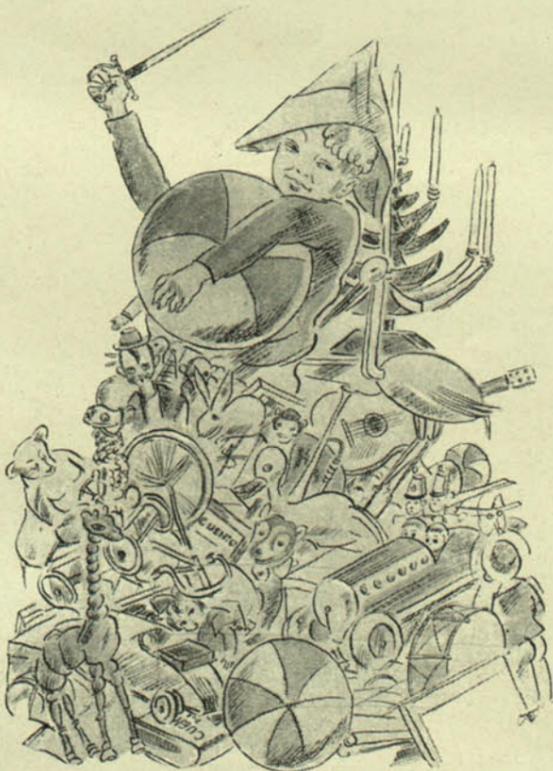
¡Había tenido un hombre blanco a sus pies!

Y al ganar el cielo de la dicha, en la sonrisa de satisfacción e íntima alegría del chino vendedor de quincalla, se vengó toda una raza de orientales ultrajados.

(Viñetas de Billiken.)



JUGUETES



Eleuterio

FUENCARRAL. 14

Dens

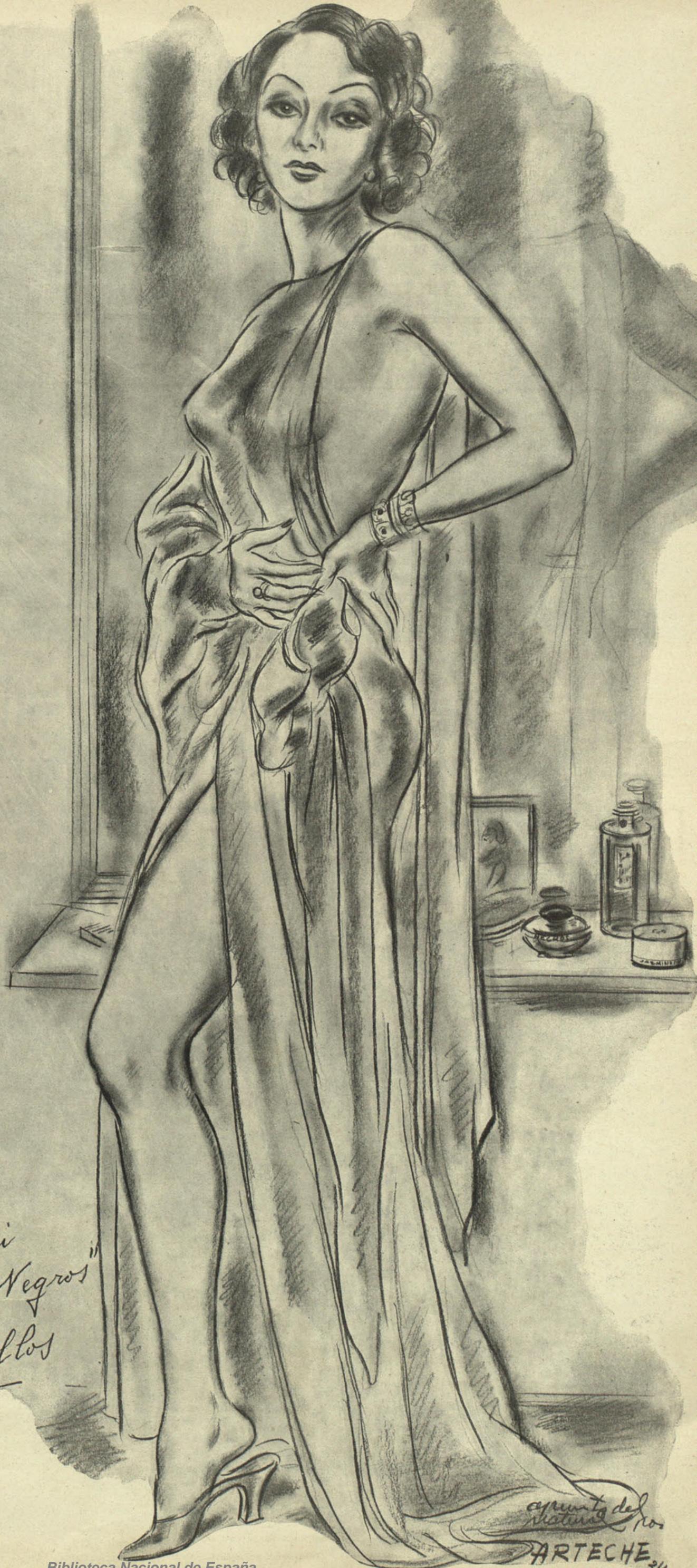
para ser más bella

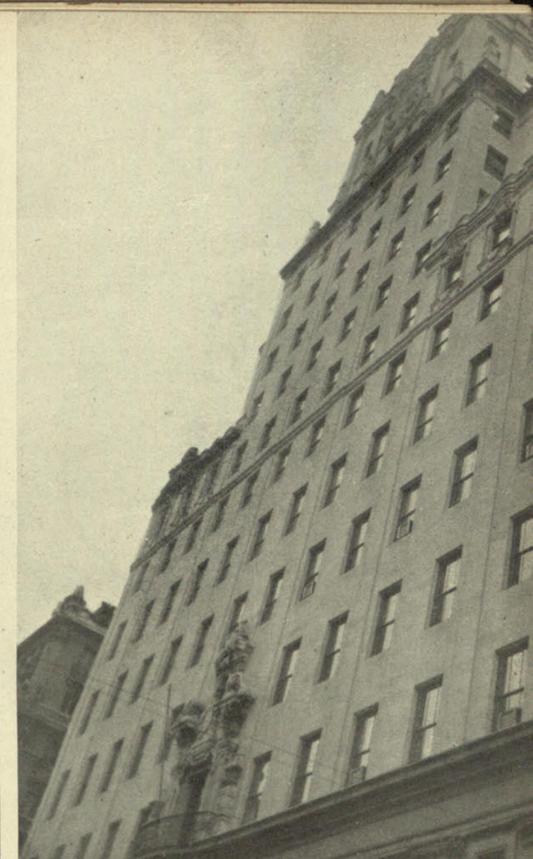
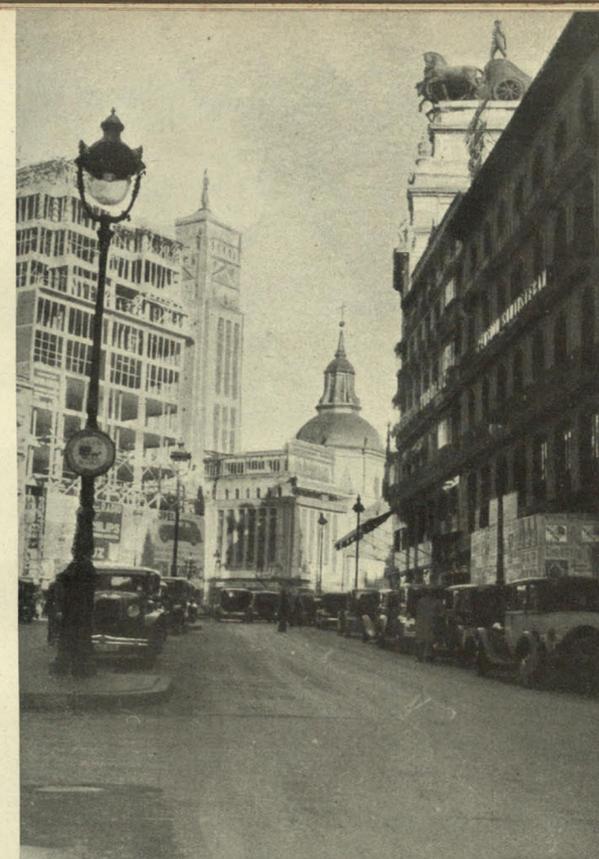
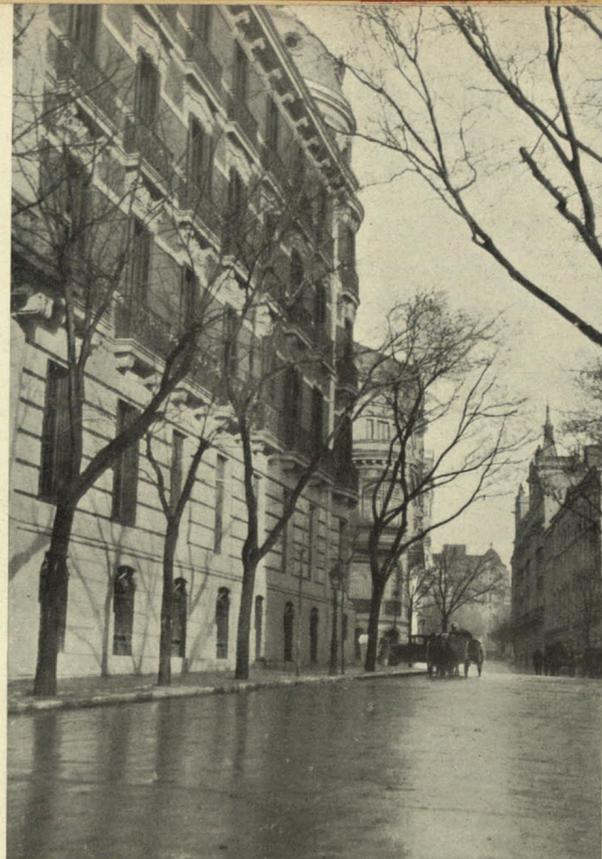
Tener los dientes perfectamente limpios, con esa brillante blancura que proporciona Dens, añade belleza a la expresión. Dens, con su dulce sabor a menta, es salud y simpatía. Toda persona práctica lo prefiere por la conocida suavidad con que limpia el esmalte, sin rayar ni atacar; la eficacia con que desinfecta la boca; la delicadeza con que perfuma el aliento. Use a diario Dens y visite una vez al año al dentista: tendrá boca sana y dientes bellos.

TUBO, 2 PTAS. PEQUEÑO, 1,25

TIMBRE APARTE

Nada tan delicado
y atractivo como mi
perfume "Lagrimas Negras"
Laura Perillos





MADRID

Madrid, gran ciudad europea, va a interesarnos tanto como la vieja villa filipense, de torres afiladas, donde se da el prodigio arquitectónico de que una esfera se tenga bien sobre una pirámide.

Tanto. Más, no; porque cuando Madrid era capital de un Imperio tan grande como la mitad de la tierra, también era la villa de los Austrias una gran ciudad europea.

Dejamos, con el mayor respeto y sin la menor crítica acerba, para otras revistas que lo estiman interesante, el Madrid y la España de las moscas y los borriquillos morunos. No nos interesa, porque esta es nuestra posición mental y espiritual ante España: nada de lo pintoresco si no es bello y digno.

Buscaremos y exaltaremos lo señorial de Madrid y de España para enseñarlo con orgullo a Europa. Ya es bastante que los turistas de "week-end", por 10 libras esterlinas, descubran la España desconchada, analfabeta y miserable. Sabemos que España es otra cosa, y que como cifra de España, lo es Madrid.

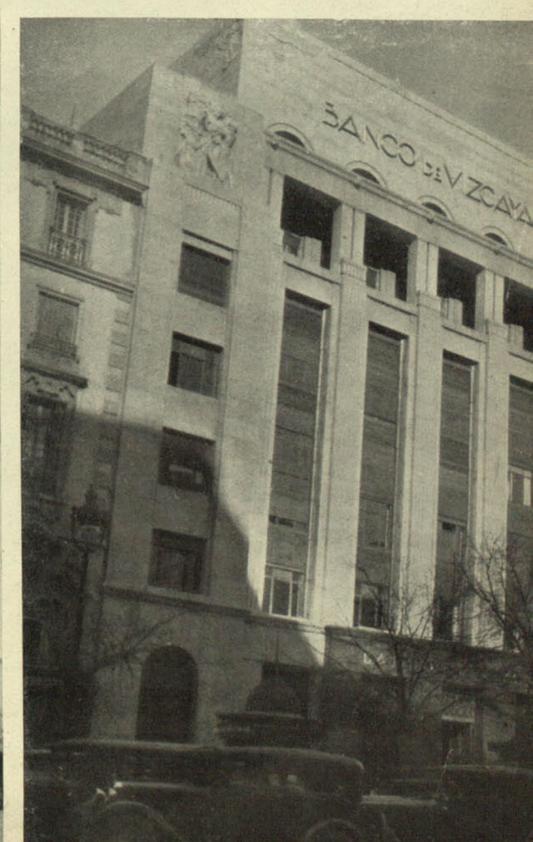
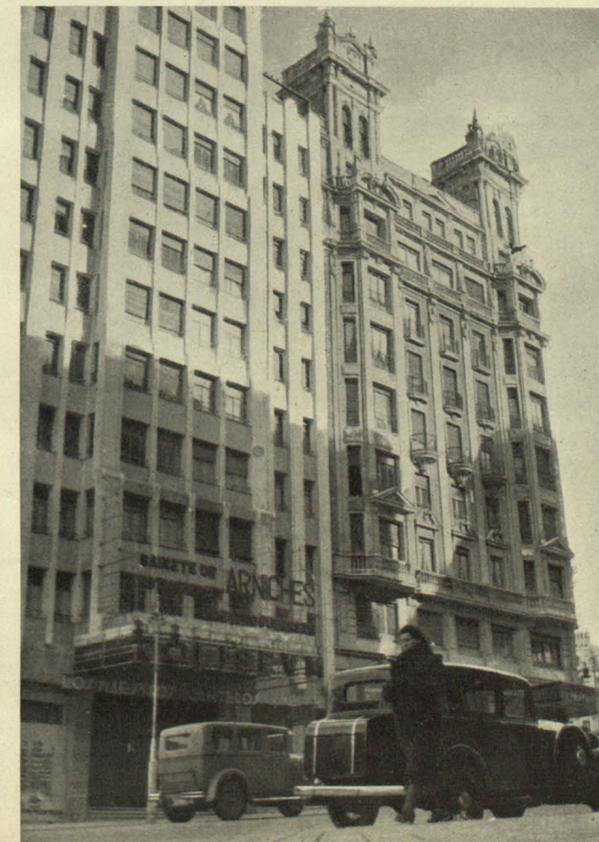
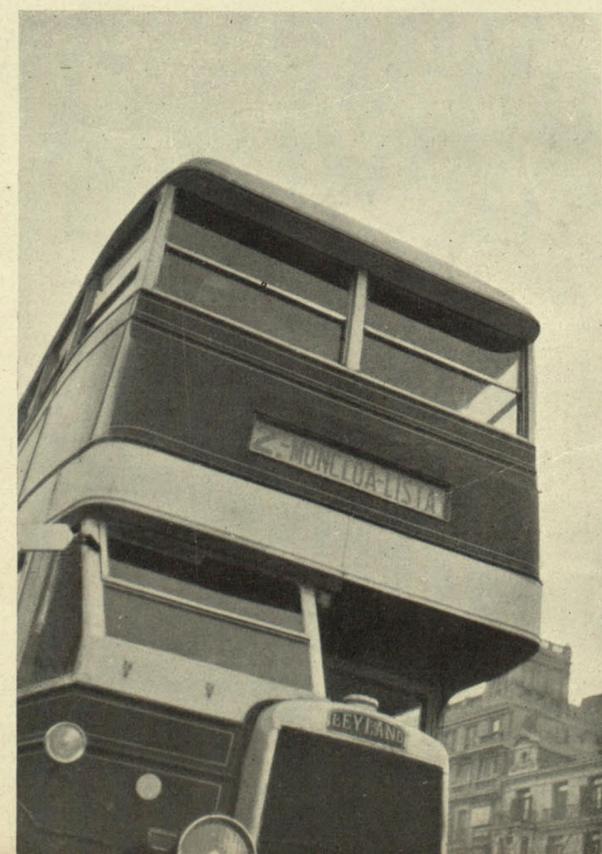
Quede claro, de ahora para adelante, que entendemos que lo señorial no es patrimonio de una clase. Sabemos que hay potentados zafios, y pobres campesinos de un maravilloso sentido señorial de la vida.

España es un país, señor, donde en el siglo XVI se encontraba en un padrón esta partida:

"Gonzalo de la Torre. Mendigo. Hijodalgo."



FOTOS DE ANGEL ARACIL, EXCLUSIVAS PARA "CIUDAD"





SEDERIAS LYON

exhibe sus modelos exclusivos

Nuestra distinguida colaboradora, la señorita María Rosa Bendala, ha tomado estos apuntes del natural, en la última exhibición de "manequins vivants", celebrada en los suntuosos salones que las Sederías Lyon, S. A., tienen instalados en la Carrera de San Jerónimo, núm. 30, y que constituyó, esta vez como las anteriores, un verdadero acontecimiento social.

Las creaciones exclusivas de Sederías Lyon, S. A., diseñadas en esta página, se describen así:

1. De glacé negro es este vestido de *soirée*, cuya nueva línea se encuentra realzada por un gran lazo con ramillete de flores rosadas, prendidas en el hombro.
2. Modelo de noche en "marrocaïne" y finísimo encaje de color marrón.

3. Abrigo de lana negra, de sobria y elegante línea, adornado con valioso "renard". Unos cortes en la espalda afinan la silueta.

4. Vestido de tarde donde se combinan los colores marrón y verde. Este último pone su nota brillante en el pecherito y vuelta del cuello.

5. Este delicioso modelo de mañana es de angorina azul "naltier", con detalles en fieltro azul oscuro figurando lazos.



Srta. Luz Rodríguez Pomariega



Gran Mundo

Fotos GOYA, especiales para CIUDAD



Srta. Araceli Gamero

NOTAS SOCIALES

DIPLOMATICAS

Don Luis Guimaraes, cuya actuación al frente de la Embajada del Brasil congregó en torno de su personalidad el aprecio de cuantos le conocieron, acaba de salir para Roma, con objeto de tomar posesión del cargo de embajador de su país ante la Santa Sede. La partida del matrimonio Guimaraes sirvió para poner de manifiesto las simpatías que dejan en Madrid. Ha quedado entretanto al frente de la misión, como Encargado de Negocios, el primer secretario, Sr. Fernández Pinheiro.

El sábado por la noche se realizó en la señorial residencia de la Embajada de los Estados Unidos el baile ofrecido por los embajadores.

La señora de Doussinague, esposa del ministro español en Holanda, acaba de dar a luz en aquel país con toda felicidad.

En la Embajada de España en Bruselas se ha celebrado una gran comida en honor de D. Salvador de Madariaga, con motivo de la conferencia dada por dicho publicista en la capital belga, bajo los auspicios de las "Conferencias católicas universitarias", sobre el tema "La España contemporánea".

El embajador y la Sra. de Aguirre de Carcer sentaron a su mesa al ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica y a la Sra. Hymans; al embajador de los Estados Unidos y a su señora esposa; al secretario general del Ministerio de Negocios Extranjeros y a su esposa; al ministro de Chile y señora; al burgomaestre de Amberes y esposa; al ex ministro Sr. Jules Destrée y señora; al diputado Sr. Luis Pierard; al profesor de la Universidad de Lovaina vizconde Terlinden y a la vizcondesa de Terlinden; al profesor de la Universidad de Bruselas y director del Instituto de Estudios Hispánicos, Sr. Thomas, y señora; al presidente del Círculo Gaulois y a Mme. Fran Thys; a la señora y

señorita de Demaret; al Sr. Jean Demaret, presidente de las "Conferencias católicas universitarias"; a D. José de Cubas, cónsul general de España en Amberes; al cónsul de España en Bruselas y a la Sra. de Gómez Trevijano; a D. Carlos Colch y señora; a D. Juan Ortega y Costa, agregado comercial a la Embajada, y a D. Manuel Aguirre de Carcer (hijo).

CASAMIENTOS

En la iglesia de Santos Justo y Pastor se ha celebrado la boda de la señorita Lolita Rodríguez Ruiz con el juez don Juan Fernández de la Ossa.

Apadrinaron a los contrayentes la señora viuda de Pérez de la Ossa, madre del novio, y D. Antonio Rodríguez y Morales de Setién, padre de la novia. Figuraron, por parte de la novia, como testigos, D. Pedro Pan, subgobernador primero del Banco de España; el diputado por Lugo don Felipe Lascano y Morales de Setién y D. Gonzalo Rodríguez y Morales de Setién, tíos de la novia, y D. Enrique Malea; y por parte del novio, D. Antonio Ballesteros Beretta, catedrático de la Universidad Central; Mr. Paul Guinard, director del Instituto Francés; D. Huberto Pérez de la Ossa, hermano del novio, y D. Jaime Masavéu y Masavéu.

Bendijo la unión D. Gonzalo Morales de Setién, tío de la desposada.

En la capilla del Buen Consejo (Catedral) se ha celebrado el enlace de la señorita Carmina Carrión Cuesta y don José Olivera González. Fueron apadrinados por el padre de la desposada, D. Indalecio Carrión, y por su tía, la señorita Pilar Cuesta.

Firmaron el acta matrimonial el Sr. D. Rafael Martínez y el comandante de Aviación retirado Sr. Montal.



MANUEL ABRIL

La juvenil y noble madurez de Manuel Abril, nuestro colaborador, acaba de ser ungida con un óleo ilustre: el premio nacional de Literatura para 1934. Un jurado severo ha elegido, entre trabajos muy notables, el suyo sobre el tema "Ensayo sobre la pintura española contemporánea". Entre las múltiples actividades intelectuales de Manuel Abril, figura de primer plano en el teatro poético español, en la crónica y en el libro, destaca la de crítico de arte. El movimiento estético de nuestra época ha tenido en Abril un actuario escrupuloso y ecléctico. Sin dejarse ganar por los "snobs", que cada mes durante muchos años han desfigurado la línea estética del mundo, pero con un severo sentido de lo puro en el Arte, Manuel Abril ha ido registrando cuanto de serio y definitivo se ha producido en España y fuera de ella. Nada se le ha ido de cuanto se puede añadir a las capas que forman la base incommovible del arte en España.

La felicitación de CIUDAD a su ilustre colaborador es tan fervorosa y cordial como el triunfo de nuestro compañero merece.

ENTRE ACTO Y ACTO

DIÁLOGOS IRRESPONSABLES

—¡Mal año de negocios teatrales!...
—¡Malísimo, sí, señor!
—¿Y de quién es la culpa?
—¡Vaya usted a saber! A lo mejor, de Mussolini.
—¿No será crisis de autores?
—¿De autores? En lo que va de temporada se han estrenado más de cincuenta obras.
—¿Obras?
—Así las llaman.
—Bueno; pero ¿de quién son esas obras?
—¡De casi nadie! Benavente, los Quintero, Muñoz Seca, Arniches...
—¿Me habla usted del año en curso o del mil novecientos dos?
—También se han estrenado de autores jóvenes.
—¿...?
—Serrano Anguita, Quintero y Guillén, Navarro y Torrado, Cápella y Lucio...
—Basta, basta, amigo mío; sigue usted hablándome del mil novecientos dos.

—¿Recuerdan ustedes a Valentín de Andrés?
—Valentín de Andrés... Valentín de Andrés... ¡Ah, sí! Un escritor de talento, de positivo talento, que dió a la escena española una de las obras más interesantes del teatro moderno.
—“¡Tararí!”
—“¡Tararí!”
—¿Qué es del autor de “¡Tararí!”?
—Parece que tiene un magnífico enchufe.
—¿Dónde?
—En el ministerio del Olvido.
—No es extraño; a un hombre tan inteligente como éste, ¿qué honor podía haberle en un país donde triunfan Torrado y Navarro?

—Pues verá usted: el maestro Guerrero... ¿Usted conoce al maestro Guerrero?

—¡Mucho! ¿Quién no conoce al autor de “Las Leandras”?
—“Las Leandras”... ¡no son del maestro Guerrero!
—Es verdad, hombre. ¡Es que soy tan distraído!
—Pues el maestro Guerrero llegó a Barcelona hace algunos días para asistir al estreno de su obra “Colores y Barro”... y dirigir la orquesta, por supuesto. La obra parece que gustó y hasta que fué lo suficientemente aplaudida para que saltara al escenario el joven compositor, y se curvase en un saludo emocionado.

—Siga, siga, que eso es interesante.
—El público, agradecido a la reverencia del maestro, acentuó el calor de sus palmas, en signo de cortesía. Y Guerrero pensó: “¡Ahora o nunca!” Avanzó solemne hasta las candilejas, y con voz temblorosa dijo: “Señoras y señores; quiero corresponder a vuestros aplausos, aplausos que me dan alientos para perseverar en mi labor artística, con la sentida ofrenda de un recuerdo: Amadeo Vives.” “¡Bravo!”, gritaron los espectadores puestos en pie. Y Guerrero continuó: “¡Ah, pero no es bastante con que nos emocionemos aquí con el recuerdo del glorioso músico, honra de Cataluña! ¡Hay que hacer más, mucho más! Todos los presentes, y yo a la cabeza de todos, hemos de aunar nuestro esfuerzo y no dar descanso hasta conseguir que el Ayuntamiento de Barcelona honre la memoria de Amadeo Vives dedicándole una calle de la ciudad.” Dominando el estrépito de la carcajada con que el auditorio acogió las últimas palabras del compositor, se oyó una voz potente, que desde el anfiteatro segundo gritó: “¡Pero, maestro!... ¡Si Amadeo Vives tiene una calle en Barcelona desde hace más de tres años!”

—¿Y Guerrero qué hizo después de semejante “plancha”?
—Primeramente cambió de color, después tosió repetidas veces y, al fin: “En ese caso, sólo me resta felicitarle por haber coincidido con la admirable idea de dar el nombre de Amadeo Vives a una calle de Barcelona.”

—¡Doce mil duros!
—¿Cómo?

—Doce mil duros llevaba perdidos el flamante empresario de Fontalba, Sr. Hernández Pino, hasta el día en que se estrenó “Oro y marfil”, la última comedia andaluza de los recientes príncipes de la escena, Pascual Guillén y Antonio Quintero.

—¿Pero es posible?
—Con un estreno de Serrano Anguita y otro del propio señor Hernández Pino es posible todo: ¡hasta perder doce mil duros!
—Y ahora, con “Oro y marfil” en el cartel, ¿seguirá perdiendo?
—Hombre, le diré: para cubrir gastos solamente necesita hacer una media diaria de cuatro mil pesetas.
—En ese caso, ¿sabe usted qué compañía debutará en Fontalba el seis de enero?

—Y la aventura del Muñoz Seca, ¿cómo va?
—Pues... a rastras con su desventura.
—¿No va la gente?
—Que no fuera la gente, podría tener explicación. Pero es que no va... ¡ni la señora madre de la Chelito!

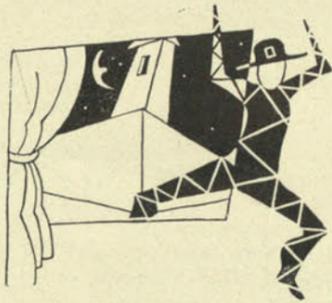
—¿Me quiere usted explicar por qué razón los personajes de las comedias de los casi hermanos Quintero y Guillén están hablando tan tranquilos, y de pronto, ¡zas!, se lían a regañar en coplas de fandanguillo?
—Eso, estimado amigo, pertenece a los secretos de la técnica.
—¡Ah!

—Una noticia: Celia Gámez piensa dedicarse a la revista.

—Otra noticia, y ésta sí que es interesante: Marcelino Domingo ha escrito un drama. Lo avisamos a la gente en cumplimiento de un elemental deber de humanidad.

Férr.

TEATRO



VALORES NUEVOS DEL TEATRO

Miquelarena y Bolarque, los afortunados autores de “El joven piloto”, hablan para CIUDAD

El calvario de desdenes de una zarzuela que había de ser un éxito.—En España faltan directores artísticos.—Lecciones y sorpresas de la propia labor.—Un novel que presencia el estreno de su obra desde una butaca del teatro.—“El joven piloto” va a ser traducida al inglés.

Hasta ahora, los afanes periodísticos habían buscado siempre a los autores en inminencia de estreno, para arrancarles palabras—incoherentes y atropelladas en la mayoría de los casos—con las que pergeñar un reportaje, especie de guión cinematográfico, que saciase con premura egoísta la curiosidad de los lectores. Por esta vez vamos a quebrar la débil línea de lo habitual con esta interviú escrita, no en las horas nerviosas de impaciencia que anteceden al estreno de una comedia, sino en instantes de serenidad fría, cuando las tortas del éxito se han cocido en hornos de palmas y el autor las saborea tranquilamente, sin agonías de inquietud.

La gentileza de Miquelarena y de Bolarque me ha dado cita en el bar del teatro Calderón. Allí, entre excitantes de café, inocencias de gaseosa y carraspeos de coñac, pulula una humanidad abigarrada de farsa, que en el día real del entreacto, se incorpora un momento al mundo de la verdad.

Los brazos de los autores de “El joven piloto” se me tienden en un saludo apretado de cordialidad. Yo, un poco abrumado por la exuberancia física de Miquelarena, inicio el camino hacia una mesa para sentarme ante ella y disimular en lo posible la insignificancia de mi talla. Y empiezo la charla:

—Me gustaría saber qué efecto produce asomarse al teatro por vez primera y abarcar con la mirada de lo justo un triunfo como el vuestro.

La serenidad inteligente de Miquelarena habla sin premura:

—El efecto que produce ese espectáculo, al menos el que a nosotros nos ha producido, es, en primer lugar, de aliento, de estímulo para mayores empresas. Si el público hubiese fallado nuestra obra primera en un sentido condenatorio, es muy posible, casi seguro, que la experiencia nos hubiera apartado para siempre del camino de la escena. El caso contrario, en el que afortunadamente nos hallamos nosotros, es acicate poderoso, que nos obliga para obras sucesivas a mojar nuestras plumas en tinta de superación.

—¿Qué opinión les merece a ustedes el público?
Miquelarena brinda con un gesto la respuesta a Bolarque, y éste responde:

—Magnífica. Ya es hora ya de acabar con el mito, aplicado por unos y otros con manifiesta injusticia, de la falta de sensibilidad del público. El público, actualmente, está capacitado, en general, para todas las experiencias de arte: tiene, a falta de preparación cultural, agudeza intuitiva exquisita, que le hace percibir prontamente los más sutiles matices de una frase o de un concepto. Nosotros, en “El joven piloto”, nos hemos afirmado en este criterio al ver cómo los espectadores captaban incluso efectos plásticos de muy difícil percepción.

—¿Han hallado ustedes facilidades para estrenar?

Ambos cambian una sonrisa, entre irónica y amarga:
—En la Empresa de Calderón, sí. Con una gentileza que le agradeceremos siempre, aceptaron y montaron nuestra obra. Antes... Muchos directores de Compañías habían tenido en su poder “El joven piloto”. Ni la reconocida maestría musical de Tellería, autor de la partitura, ni el leve crédito de nuestros nombres en el campo de la literatura, lograron vencer la resistencia indiferente de los empresarios, que, invariablemente, nos devolvían la obra, eso sí, acompañada siempre de un juicio crítico... Y es que en España, en el teatro español, falta un elemento de importancia capital: el director artístico, el hombre inteligente y preparado, que sepa leer, descubrir las calidades de lo que lee—si lo que ha leído las tiene, claro está—, y con la visión y dominio de la técnica necesarios para aprovechar cuanto de valor descubra en su lectura.

—¿Qué impresiones y qué sorpresas les ha producido a ustedes su propia obra?

—Impresiones, muchas; pero la más fuerte, la que más nos ha emocionado, ha sido la de observar cómo nuestra labor se iba corporizando y cómo el reducido mundo de nuestra concepción se estremecía con alientos de vitalidad humana. Esto, que en el fondo es sentirse un poco creador, fué el toque que más intensamente hizo vibrar nuestras emociones. Sorpresas..., la de advertir el realce insospechado que toman algunos personajes al recibir el bautismo de luz de la batería, y cómo esa misma luz se oscurece incomprensiblemente al enfocar con sus rayos a otras figuras, en las que uno puso mayor ilusión.

—¿Quieren ustedes decirme algo relacionado con el miedo legendario que se atribuye a los noveles en trance de estreno?

Una sonrisa de auténtica sinceridad se dibuja en los rostros de mis colocutores. Siguen a la sonrisa instantes de mutua galantería, en los que uno y otro se ofrecen el honor de la respuesta, y, al fin, habla Miquelarena:

—Falso de toda falsedad. Naturalmente que en mi respuesta me refiero a nuestro caso, que es sobre el que podemos responder. Con toda serenidad, sin la más leve alteración en nuestro sistema nervioso, sin quemar ni uno más ni uno menos de los cigarrillos que habitualmente fumamos, hemos recorrido la distancia de emociones que media entre la lectura de la obra a la Compañía y la hora definitiva en que el telón marca un punto final en la representación primera. Esta emoción del miedo, que también debe de tener sus encantos, no hemos podido experimentarla nosotros. No olvidaré nunca la cara de asombro que pusieron los artistas la noche del estreno al verme entrar de la sala, después de haber presenciado desde una butaca de la última fila el primer acto de mi primera obra... Esto, al parecer, no tiene precedente en la historia del teatro.

—Desde luego—afirmo.
Y mis palabras se pierden entre las sanas risotadas de Bolarque y de Miquelarena, cuyas inteligencias han saltado sobre las murallas de nuestra escena, presa en las redes de una ñoñería tradicional.

Ya en pie, entre rituales de despedida, los afortunados autores me dan una noticia de trascendencia internacional:

—“El joven piloto” va a ser traducido al inglés y representado en uno de los teatros más famosos de Londres.

—¿Pronto?
—Inmediatamente.
—¡Enhorabuena! La pulcritud literaria del libro y la inspiración y la belleza orquestal de la partitura son perfectamente dignas de este honor.

ALFREDO MUÑIZ.



Jacinto Miquelarena



Marqués de Bolarque



DULCINEA
Confitería fiambre
SALÓN DE T h é
CLAVEL 2 MADRID TEL. 19019
Ghocolates meriendas

HIPISMO

Nuestros valores en este deporte

Por el "PAJARO"

Al inaugurar estas páginas y echar "pie a tierra" por vez primera para empuñar la pluma, creo oportuno hacer un recuento de nuestros valores en este deporte que sea, al propio tiempo, homenaje merecido a los que supieron con su esfuerzo engrandecerlo.

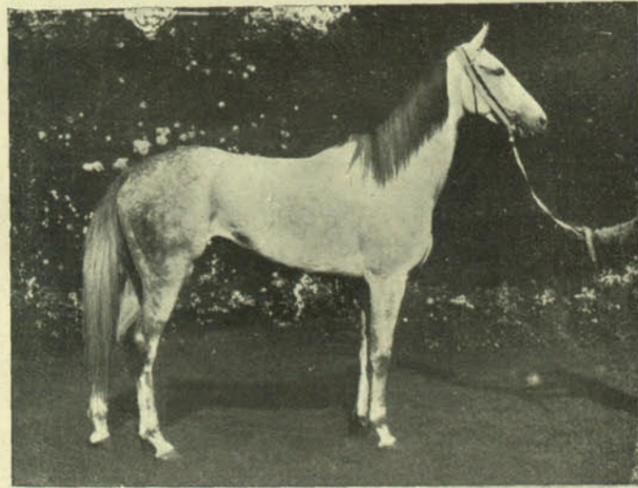
Escasa protección se dispuso siempre en España a la afición hípica y a la selección caballar. Quizá por ello lleve ésta en nuestro país una vida precaria y sea un raro ejemplar el concienzudo aficionado. Pero el esforzado espíritu español y nuestro temperamento latino, habilidoso y adaptable, han sabido, sobreponiéndose a toda dificultad, obtener una selecta producción de caballos "pura sangre" (aunque no en crecido número) y alcanzar para nuestros hípicos el máximo prestigio.

La inscripción en la prueba de productos nacionales, que en los años 33 y 34 han alcanzado las cifras de 43 y 45 productos respectivamente, dan una idea del desarrollo de esta producción, así como de su clase y selección nos la proporcionan los triunfos alcanzados, de los que mencionamos algunos, al igual que, por sus éxitos, juzgar el nivel de nuestros jinetes.

De admirar es la labor profunda, inteligente y perseverante del propietario y orientador de la inmejorable yeguada de Juenga. Testigos de nuestros elogios son los soberbios productos que todo buen aficionado ha tenido la satisfacción de admirar en nuestros escasos hipódromos y en algunos del extranjero. De entre los productos de esta yeguada sobresalen "Colindres", "Montecasino", "Frascode", "La Magdalena", "Cap Polonio", etc., y sobre todos, por su inmejorable clase, "Atlántida", cuya destacada actuación sería larga de detallar y la resumimos en las sumas ganadas por concepto de primeros premios: Año 1929, 105.200 pesetas; año 1930, 87.400 pesetas; año 1931, 93.600 pesetas, y año 1932, 74.000 pesetas.

El soberbio ejemplar de tan notoria actuación es madre, en la actualidad, de dos potrancas, y pasea majestuosas sus triunfos por los prados de la yeguada del Excmo. Sr. Conde de la Cibera, orientador de su magnífica yeguada y merecedor del agradecimiento de todo buen español aficionado al hipismo.

En menores proporciones, pero con positiva orientación, mérito y afición, existen en España otras yeguas productoras del "pura



La magnífica yegua "Atlántida".

sangre", competidoras con la de Juenga en el turf, las cuales han logrado producir ejemplares de una perfección y clase que no pudieron llegar a sospechar, hace escasísimo número de años, los aficionados. Son ejemplo de explotación, entre ellas, las "haras" del marqués de Valderas, Cadenas-Urquijo, marqués de San Damián, Alfredo Bueno, Juan Ceca, marqués de Corpa y otros.

La desaparecida yeguada de Marquina, propiedad del Estado, era, sin duda alguna, una de las explotaciones caballares del "pura sangre", cuyos ejemplares alcanzaron el nivel obtenido en Juenga, tanto en robustez como en la clase de sus productos. Atestiguaron su buen origen y recría ejemplares como "Juanite", "Nova", "Pre-tel", "Ontaneda", "Panamá", "Loquillo", "Logrero", etc., etc.

Todos, repetidos vencedores en la pista; algunos en pruebas tan destacadas por su importancia como el Derby de San Sebastián, ganado por "Juanite", que en los años 1926 y 1927, únicos de su actuación en hipódromos, alcanzó en primeros premios las sumas de 33.800 y 19.200 pesetas, respectivamente.

Estos soberbios productos eran el fruto de la labor inteligente, honrada y abnegada de los dignos y competentes jefes y oficiales de Caballería que, silenciosamente, en ella prestaron sus servicios y que, calladamente también, han sufrido la tristeza de ver destruida su labor al llevarse a efecto las reformas militares.

Mucho ha padecido el deporte hípico en estos últimos años, pero ya parece vislumbrarse la aurora de paz y resurgimiento. Motivo de alborozo es la actual Exposición de proyectos de hipódromo, que se inauguró recientemente, para elegir el que ha de construirse en terrenos del monte de El Pardo, dotando a Madrid de uno en consonancia con su rango de ciudad moderna.

A la labor perseverante de D. Luis Figueroa, actual presidente de la Sociedad de Fomento y Mejora de la Cría Caballar de España, se debe en gran parte la buena marcha del asunto. Como aficionados, hacemos votos por que el éxito corone sus desvelos y substituyamos el desaparecido hipódromo por otro digno de Madrid.

Otro positivo valor con que contamos en el deporte ecuestre es la Escuela de Equitación Militar, cuna de nuestros estupendos jinetes. Conocida es su brillante actuación en cuantas competiciones hubieron de presentarse. Los jinetes españoles son tenidos en el terreno deportivo como los mejores jinetes del mundo.

Treinta y dos años hace que el ilustre general D. Valeriano Weyler fundó la citada Escuela, y en ese escaso tiempo ha sabido labrarse una reputación mundial.

Parecía natural, por tanto, en interés de todos, como recuerdo a

los que supieron enaltecerla, y como medio de mejor guardar los laureles acumulados, no cambiar su denominación y seguir llamando al mencionado Centro de enseñanza Escuela de Equitación Militar. No ha sido así, y se ha substituido, por reciente disposición, su ya prestigioso renombre por el de Escuela de Aplicación de Caballería y de Equitación del Ejército.

Nuestra Escuela de Equitación Militar fué, quizá, una de las escuelas del mundo que mejor supo asimilarse y comprender las teorías ecuestres revolucionarias del italiano Capoióllé. Fruto de esta comprensión ha sido la justa y precisa orientación impresa a nuestros jinetes, que, unida a su afición y amor al trabajo, los convirtió en los más definidos y competentes hípicos.

Hablen por nosotros los triunfos alcanzados por ellos en Niza, Roma, Berlín, Bruselas, Lisboa, etc., etc., y que culminó en la IX Olimpiada, celebrada en Amsterdam, conquistando para España el Campeonato olímpico por equipos de "salto de obstáculos". Victoria definitiva y rotunda, suprema aspiración de todo jinete aficionado a los concursos hípicos.

En España apenas se concedió importancia al galardón obtenido, a pesar de no haber sido alcanzado jamás, en los Juegos Olímpicos



El equipo español, campeón olímpico.

hasta la fecha celebrados, ningún primer premio por ninguna de nuestras representaciones deportivas.

No obstante esta desventaja de la falta de afición, dada la categoría del triunfo, no fué festejado como merecía, ni aun difundido convenientemente por la Prensa, salvo raras excepciones. Noventa y seis naciones se alistaron para la lucha en el soberbio estadio de Amsterdam; nuestro equipo de jinetes ganó el primer lugar, con arreglo a la siguiente clasificación oficial que reproducimos, y que acusan la importancia deportiva que le concedió el mundo entero:

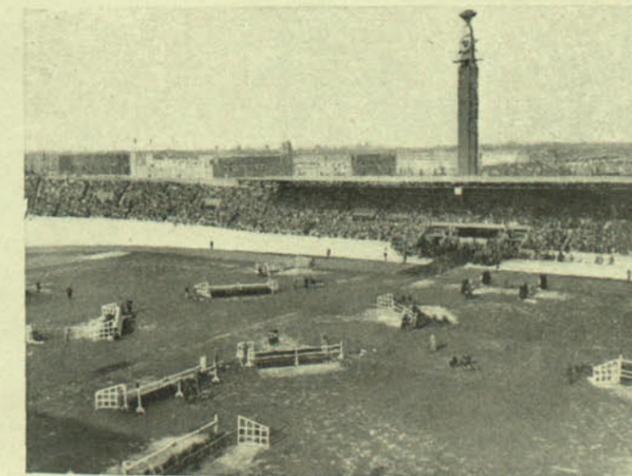
Clasificación general.—1.º, España, cuatro faltas; 2.º, Polonia, ocho; 3.º, Suecia, 10; 4.º, Italia, 12; 5.º, Francia, 12; 6.º, Portugal, 12; 7.º, Alemania, 14; 8.º, Suiza, 18; 9.º, Estados Unidos, 22; 10, Holanda, 26; 11, Noruega, 34; 12, Argentina, 58; 13, Hungría, 64; 14, Bélgica, 64 1/4.

España obtuvo con esta brillante clasificación el Campeonato Mundial por equipos de saltos de obstáculos. Trofeo que sigue ostentando contra la voluntad de un Gobierno poco sensible a este género de triunfos para la nación. Una idea del importante aspecto que ofrecía el estadio durante la celebración de las pruebas puede formarse de las fotografías que reproducimos, y que acusan la importancia deportiva que le concedió el mundo entero.

España obtuvo con esta brillante clasificación el Campeonato mundial por equipos de salto de obstáculos. Trofeo que sigue ostentando, contra la voluntad de un Gobierno poco sensible a este género de triunfos para la Nación, que, no obstante ser el único campeonato olímpico que poseíamos, y en el que era segura una actuación, si no afortunada, con seguridad honrosa, no permitió la asistencia de nuestros jinetes para defenderlo o perderlo en noble lucha, obligándolos a la poco airosa pérdida por abandono, que no eran justamente los deseos de los jinetes, máxime cuando ellos veían que el pretexto económico que se les ponía no regía con otros deportes que no tenían tanto que defender.

La casualidad una vez más vino en nuestro socorro, y, por falta de número de las naciones concurrentes, quedó anulado el Campeonato Olímpico ecuestre de salto de obstáculos en los Angeles en 1932.

España conserva, por tanto, en la actualidad el campeonato, y



Aspecto general del stadium de Amsterdam.

queremos aprovechar la ocasión para llamar respetuosamente la atención del Gobierno para que sea previsor y puedan ir en condiciones de preparación los jinetes que han de representarnos en Berlín en 1936.

Allí la lucha será terrible, igual que en Amsterdam en 1928; y debemos aspirar que, al igual que entonces, los 50.000 espectadores que llenaban el formidable estadio holandés, después de ovacionar hasta enroquecer a nuestros jinetes, puestos en pie, con los sombreros en la mano, en medio del más respetuoso silencio, escucharan los acordes del himno nacional, mientras majestuosamente ascendía en el mástil de honor del estadio nuestra bandera llena de gloria, y los españoles presentes allí, estremecidos de emoción, recordáramos las gloriosas tradiciones de la patria, y nuestras mujeres derramaban lágrimas de alegría y sano orgullo de españolas.

LOS TRIUNFADORES

D. Eleuterio Martínez

¿Cuál es la fuerza que impulsa a todo *self-made-man* a luchar incansablemente? No se diga que es la sed de oro ni el afán de poder, porque las más de las veces estas apetencias no se encuentran entre los hombres que todo se lo deben a sí mismos. Por el contrario, en más de una ocasión encontramos que el *self-made-man*



es un hombre de vida sobria y morigerada; si alguna vez se da el caso que la riqueza acumulada lo lleve automáticamente al poder y se solace en la detentación de esa fuerza, puede afirmarse que no ha ido al poder por el poder mismo sino que lo ha utilizado como un instrumento más para forjar su patrimonio.

Hay algo de artista, en su sentido específico de creador, en todo *self-made-man*. Torcer el rumbo de una vida que se presentaba obscura y dura en sus comienzos; destruir todos aquellos factores que enervaban el desarrollo de una individualidad; encauzar las energías por un camino sembrado de asperezas; sentir cómo poco a poco se construye todo el esqueleto de la futura grandeza, ¿no hay en todo ello un afán creador semejante al del pintor que lleva a feliz término la obra concebida?

Ejemplo y prez de *self-made-man* es D. Eleuterio Martínez, este hombre admirable que ha logrado edificar de la nada una institución comercial poderosa, suficientemente conocida para que intentemos hacer aquí una historia de la Casa Eleuterio.

Nació D. Eleuterio en Barbadillo de los Herreros, un pueblecito serrano de la provincia de Burgos. Era el hijo mayor de un matrimonio de artesanos. Desde los seis años ya supo el pequeño de la vida áspera que le esperaba en aquel pobre rincón de su patria. Era todavía un niño cuando marchó a Brozas, como zagal de los pastores trashumantes que llevan el ganado a Extremadura. Pero el ambiente del pueblecillo no era del agrado del mozuelo, y poco después se marchó a Cáceres, en donde estuvo un año trabajando en una tienda de comestibles.

Un buen día sintió el muchacho que algo interior le gritaba marcharse de allí. Y cogió el tren para Arroyo de Malpartida, una estación de la línea Lisboa-Madrid. Las dos vías se le presentaron a su imaginación como los caminos del mundo. Todavía no tenía billete. Y no lo tenía porque no sabía en cuál tren subiría; había librado su vida al azar, y estaba dispuesto a tomar el primer tren que pasara. Si era el que llevaba rumbo a Lisboa, se marcharía a América; en caso contrario, se vendría a Madrid. Pasó el tren que lo trajo al corazón de España. Tal vez alguna decepción tuvo el muchacho, creyendo que el azar no le era propicio. En su imaginación, América le parecía la tierra en donde todos los sueños se realizan. Pero ya la suerte estaba echada, y quiso su destino que pasara el tren con rumbo a Madrid. Tenía aquí D. Eleuterio un pariente que era entonces apoderado de D. Demetrio Palazuelo. Y el adolescente entró a trabajar con esta gran casa. Su aplicación y su capacidad le abrieron fácilmente camino, y un día el joven Eleuterio sorprendió a D. Demetrio con una proposición: le compraba el establecimiento si le daba cinco años de plazo.

Dos años de trabajo incansante, de sacrificios enormes, en que no estaba permitida la menor licencia. Y en tan breve lapso, D. Eleuterio Martínez se vió dueño de un comercio que, andando el tiempo, habría de convertirse en el poderoso establecimiento que es hoy.

He aquí la obra de un solo hombre. Sus hijos, que sienten el orgullo de su padre, eran demasiado pequeños para ayudarle a poner en marcha la máquina que él había montado; pero son hoy los mejores guías y auxiliares que tiene D. Eleuterio al llegar a su robusta y gloriosa ancianidad. Lo que él no tuvo tiempo de aprender, porque jamás dispuso de ocio para esos menesteres, lo saben de sobra sus retoños, que han adquirido una cultura europea.

En 1925, siendo ministro de Trabajo el Sr. Aunós, los méritos de D. Eleuterio fueron reconocidos pública y oficialmente, y recomendados como un ejemplo a nuestro pueblo. Se le concedió entonces la medalla del Trabajo. Sobre ella debieran ir grabadas aquellas palabras que un poeta puso como epitafio de un labrador:

La eternidad será su primer domingo.

E. P. M.

Decía Goethe que "la belleza es diosa cruel y caprichosa que pretende reinar en plena soberanía absoluta, sin detenerse en las consecuencias de sus tiránicos mandatos". Indudablemente, tenía razón el poeta alemán. La primera víctima de esta tiranía es la mujer, la pobre Eva, que diariamente se impone el sacrificio—verdadero martirologio a veces—de torturar su rostro y su cuerpo para ajustarlo —por las buenas o por las malas— a las convencionales y caprichosas leyes de la estética.

¡Cuántas veces una mujercita, para ser blanco admirativo de muchas miradas, ha esclavizado su salud y se ha expuesto a las más terribles torturas, hasta conseguirlo!

Esa mujer que ve usted en el teatro, en el paseo, en un salón de té, que aparenta una belleza más artificial y falsa que natural y verdadera, ha pasado muchas horas del día entre continuos sufrimientos, con la esperanza en la ilusión de si dolor tanto será después, al menos, mitigado por un elogioso ditirambo o una gentileza de admiración. Por esto llega hasta el sacrificio.

Eva en la consulta constituye un caso psicológico de vanidad pueril más que una faceta de patología orgánica.

Eva, si está gruesa, quiere adelgazar. Si se encuentra demasiado esbelta, pretende engordar un poco. Nunca está conforme con su constitución natural. Tiene, porque así lo exige el imperativo de la moda, que ajustar el ritmo normal de su salud a las veleidades del tiempo.

Aquella se abstiene de comer cuanto la química señala como sustancias grasas; no querrá beber jamás durante las comidas; empleará continuamente masajes y amasamientos; se atracará de té y limón; se sumergirá en baños infernales a temperaturas de achicharradero; practicará los más complicados y difíciles ejercicios gimnásticos; practicará el deporte en todas sus manifestaciones. Todo ello sin saber si su organismo está apto para tanto y tanto disparate seguido. No tiene importancia.

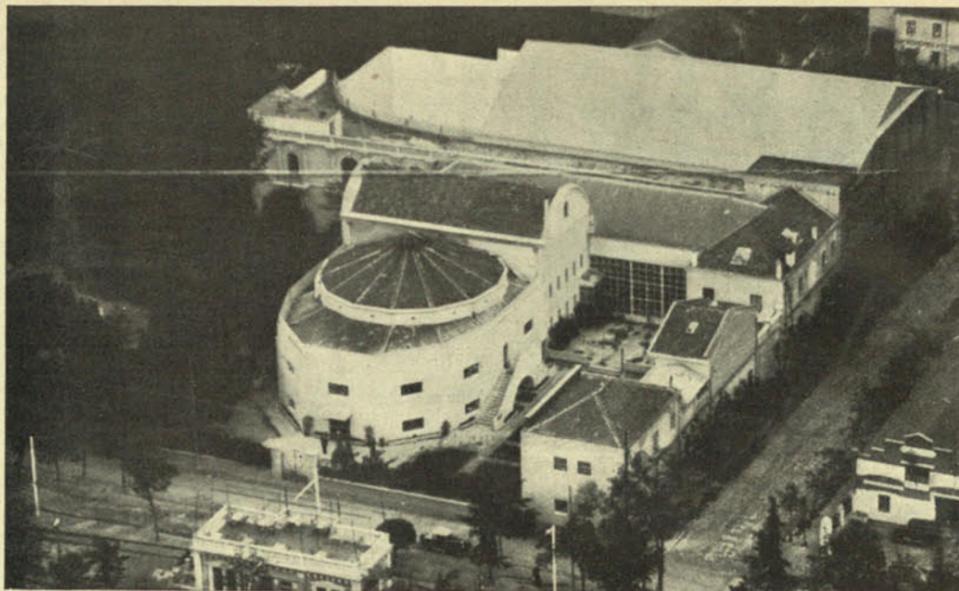
Esta recurre a los más extraños regímenes alimenticios: come aunque no tenga apetito; permanece tumbada la mayor parte del día; bebe líquidos en abundancia; complica y ensucia su estómago con bagatelas de confitería; no anda dos pasos seguidos... y compra todo, absolutamente todo lo que dicen que a otra amiga le ha hecho engordar kilo y medio.

Un médico medianamente observador tiene ante Eva en la consulta ancho campo de experimentación psicológica. No basta que se diga a la mujer que esto o aquello, que estima inofensivo, es, por el contrario, grave y atentatorio para la salud. No es suficiente que se le haga ver las consecuencias y complicaciones del absurdo tratamiento nutritivo o terapéutico. Eva no hará caso de nada; consulta por consultar; porque si lo prescripto no es lo que ella imaginaba o exige alteración que comprometa su belleza, no lo hará nunca. La salud, la higiene son siempre para la mujer cosas secundarias, sin la menor importancia ante la moda, por muy absurda que sea. Si la moda lo manda, se obedece, aunque la verdadera estética nos guiñe un ojo compasivamente.

Si el médico ordena todo lo contrario, ¡bah, quién hace caso de ese pobre loco!

El martirio de la belleza

POR EL Dr. FERNANDEZ-CUESTA



LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS:** «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los **ESTUDIOS DE LA CEA** están equipados con aparatos de sonido **Tobis-klang film** y cámaras **Super-Parvo** y **Eclair**, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.



CEA

Cinematografía Española Americana
S. A.

Oficinas: Barquillo, núm. 10.—Teléfono 16063
Estudios: Arturo Soria, núm. 350.—Teléfonos
núms. 53287 - 61329 - 61838



Ciudad Lineal (Madrid)

RADIO



Adelantos de la Radiodifusión

UN NUEVO INVENTO DE MARCONI

Al hecho de haber incorporado sus experiencias a la utilización de la radiocomunicación para que un barco en peligro pudiera demandar auxilio, dijo el glorioso inventor Guillermo Marconi que era el aspecto de la radio que le proporcionaba mayores satisfacciones.

Recientemente, el mismo Marconi ha aumentado con otro invento interesantísimo, en beneficio de los que aventuran sus vidas por los mares, la larga serie de sus trabajos, que tantas vidas han salvado ya, y con el cual es indudable se evitarán muchísimos naufragios.

Marconi denomina su nuevo invento *The Radio Lighthouse* (faro-radio). Consiste, concretamente, en un dispositivo mediante el cual un buque puede entrar en los puertos de difícil acceso, que estén cerrados por los temporales, que tengan peligros en sus entradas, etc., etc., con una seguridad perfecta, aunque no haya visibilidad alguna; es decir, que pueden realizar todas sus operaciones de entrada y atraque a los muelles completamente a oscuras.

Las pruebas, efectuadas ante gran número de personalidades científicas y numeroso público, en el puerto de Sesine Levante, las llevó a efecto el propio Guillermo Marconi, con verdadero éxito, haciendo entrar al yate "Electra" conducido solamente por el dispositivo aludido.

Se compone este dispositivo, a grandes rasgos descrito, de una instalación emisora de onda extracorta, montada adecuadamente en tierra, y de un juego receptor, montado a bordo del buque, equipado con dos indicadores visuales, que señalan las direcciones debidas del buque; al mismo tiempo, existe otro indicador con un altavoz, el cual, in-

mediatamente que el buque se sale del rumbo que debe seguir, lo da a conocer con señales sonoras.

Dada la enorme importancia que este nuevo adelanto significa para la navegación, es de esperar que, dentro de muy poco tiempo, todos los puertos del mundo se hallarán equipados de estos nuevos aparatos.

UNIÓN RADIO

Prosigue con vivísimo interés, sobre todo entre los artistas, el concurso organizado por esta emisora para otorgar premios extraordinarios de 2.000 pesetas a la mejor so-

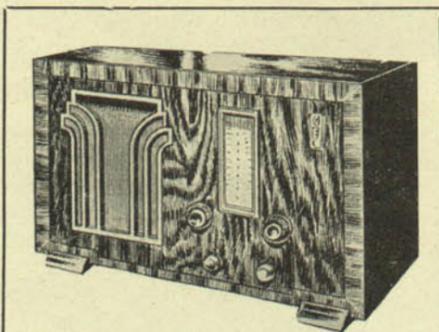
prano, mezzo-soprano y contralto; al mejor tenor, barítono y bajo; al mejor ejecutante de violín, y, por último, al mejor de piano.

Estas actuaciones se efectúan en las emisoras de esta Sociedad además de la de Madrid, o sea en Barcelona, Valencia, Sevilla y San Sebastián. En ellas toman parte jóvenes artistas de méritos muy destacados.

Actuaron en la semana pasada ante el micrófono de Unión Radio los siguientes concursantes: Sres. D. Teodoro García, violín; Benito Toral, barítono; Manuel Fuster, piano; Francisco Párraga, tenor, y la señorita Dorinni de Disso.

CERVECERÍA BILBAO :: GLORIETA DE BILBAO, núm. 4
RESTAURANT ♦ VINOS ♦ CERVEZAS ♦ MARISCOS

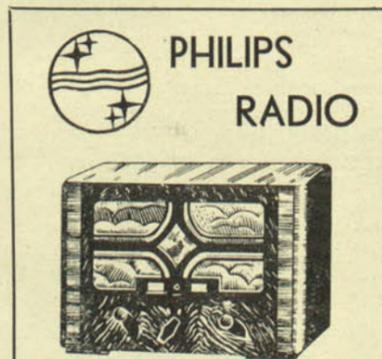
RADIO
La voz de su amo 



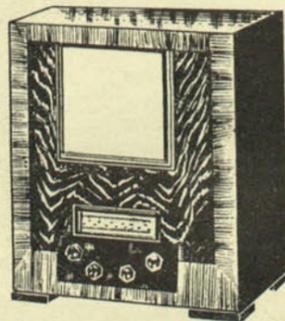
"MARCONIPHON"
"GENERAL ELECTRIC C."
"MAJESTIC"
"MUSICAL KING"

En aparatos radio para fincas sin flúido y enchufables para toda corriente y ondas de 15 a 2000 metros.

Son garantía absoluta. Precios económicos.
EMPRESAS RADIO ELECTRICAS.-Peligros, 2, piso 6.º
CASA DEL FÉNIX



PHILIPS RADIO
521 SUPER OCTODO
Pidan detalles y demostraciones en la AGENCIA OFICIAL
CASA PRADO
PRINCIPE, 12
Venta a plazos y contado.



Escuchen los maravillosos **RADIO PRECISIÓN** en la Agencia Oficial
CASA PRADO
Príncipe, 12.—MADRID
Venta a plazos y contado



Las mejores pilas secas
HELLESENS
Las mejores del mundo.





T O R O S



¿Existe arte en el Toreo?
El lápiz de Martínez de León nos contesta a esta pregunta con estos apuntes maravillosos del gran artista

FERNANDO DOMINGUEZ

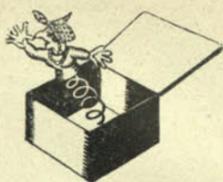
FERNANDO DOMINGUEZ

que toda la afición reconoce que es en la actualidad quien mejor ejecuta todas las suertes del Toreo.





LA CAJA DE SORPRESAS



En la ciudad de Kandy (Isla de Ceilán), se encuentra el famoso diente de Buda. Con tal motivo, las festividades religiosas budistas se celebran en ella con inusitado esplendor. Este desfile exótico pertenece a una de las tantas ceremonias religiosas propias del lugar.



Los encantadores de serpientes de la India constituyen una de las estampas mayormente buscadas por los turistas. Al son de las flautas, las cobras abandonan sus canastillos de mimbre y oscilan al compás de las notas agudas. Estos presuntos "faquires", a pesar de que todas sus serpientes son "cobras", no cobran nada.



Falsa es la creencia de que el Japón es país de gente menuda. Desmienten a esa fama incierta los luchadores de "sumo", el deporte nacional japonés, cuyos espectaculares hombres pesan más de 110 kilogramos y sobrepasan, en muchos casos, los dos metros de estatura. Estas características físicas son indispensables para este deporte.

EN EL PROXIMO NUMERO

Un cuento de Wenceslao Fernández Flórez.
"Tres elegías", poemas, de Eduardo Blanco Amor.

"La semana", comentarios de actualidad, por Víctor de la Serna.

"El ojo viajero": Hollywood, con ojos de almendra. Una crónica de viaje sobre el cinematógrafo japonés.

"Vida y arte", un artículo de Manuel Abril.
Teatros. Deportes. Radio. Cine.

Dibujos exclusivos para CIUDAD de María Rosa Bendala, Arteché, Hortelano, Santonja y Billiken.

EL MEJOR MATERIAL LITERARIO Y GRAFICO
TODOS LOS MIERCOLES POR
SOLO 20 CENTIMOS



Que el hombre desciende del mono, puede comprobarse bien en la Península Malaya, donde, en muchos casos, los micos son más hermosos que los indígenas. Este niño malayo nos muestra cómo después de todo, al lado suyo el mono no resulta tan feo.



La preocupación de la moda no es exclusiva del Occidente. En las selvas malayas la vanidad de la quincalla tiene sus buenas cultoras, y, si no, este grupo de "misses", que compite entre sí a quien luce mayor número de aros de metal como adorno ultra "chic" de su cuasi-indumentaria.

"Mamá" y sus esposas. La feliz bigamia de la Isla de Joló (Filipinas), se multiplica en este caso. Sin descartar los méritos y encantos de tener más de una mujer nos parece que en los tiempos actuales este musulmán no ha de sentirse muy cómodo con el equipo de esposas que debe mantener.



ALREDEDORES DE MADRID- 24 HORAS SEGOVIANAS



POR ANTONIO OTERO SECO

DÍA Y NOCHE DEL "AZOGUEJO"

Segovia: la Catedral—juguete de cartón dorado—sobre la palma de la mano anciana de la llanura. Unos álamos fríos guardando el camino, bajo el cielo azul, alto, alto, de cristal fino. La mentira verde del parque del Alcázar. Y la llanura. La llanura grande, calva, dorada. De un oro viejo de retablo o de moneda antigua.

A la entrada, el "Azoguejo", lugar propicio, como la cordobesa Plaza del Potro, su hermana del Sur, a la evocación de la picaresca de otro tiempo. Sobre la Plaza, el Acueducto, doble peine de piedra para las crines del viento. Los mesones. La Plaza, bloqueada de mesones y de autos de alquiler. Olor a gasolina entre las recuas cansadas de respuntar todos los caminos castellanos. Y una campana. Una campana que suena con el mismo tono quieto, pausado, solemne de las campanas de Avila y de Santiago. Y un silencio de reloj parado después. Un silencio cóncavo, guateado de quietud espesa, como si rodeara a un niño enfermo y dormido al que Segovia no quiere despertar.

En el "Azoguejo" viven y beben su día muchos segovianos. A grandes buchadas de un sol de miel y un aire frío y sonoro, que juega a hacerse aún más fino en la flauta del Acueducto. Los veréis recostados indolentemente a las puertas de las tabernas, donde "se asan lechones y se sirven comidas", en espera del forastero a quien acompañar al Alcázar, a la Fuencisla o a ese simulacro de equilibrio en la cuerda floja que es un paseo por el lomo del Acueducto.

Y es que el "Azoguejo" es el ombligo y el corazón de Segovia. El ombligo y el corazón de Segovia, con silencio de niño enfermo, bajo el cielo alto y azul, de cristal fino.

LUZ DE JUEVES EN LA PLAZA MAYOR

Jueves. La Plaza Mayor parte un cuadrilátero exacto de cielo para techarse. Plaza Mayor: casas viejas, despeinadas sobre la flauta tendida de los soportales. Y un griterío de zoco. Y un abigarramiento de zoco. Y un tira y afloja en las conversaciones de zoco.

Lo mejor de los pueblos se ha volcado allí. Llegó en la madrugada fresca, borracha ya de violetas de amanecida, cuando los caminos, respunteados de dianas gallunas, tienen una fina tela de vidrio y se festejan con el carnaval de tintines de las recuas.

Por el suelo se reparten las sandías más rojas, con el mejor velo de luto de las pipas; las uvas de miel tímida, con la honda pupila esmerilada; el melón partido, al aire el sobrepellic rizado del vientre; los melocotones, con su mejor piel de adolescente. Todo el parto trabajoso y lento de la llanura llega hasta aquí, por frescos caminos de madrugada, cuando ya el día quiere empezar a coquetear, mirándose en el cristal claro de los arroyos.

Luz de jueves campesino. Aroma raro y penetrante de arcón aldeano bajo el sol parado. Sobre las mantas extendidas en el suelo reluce la quincalla. La criada del moño alto y trotón mira y remira la sortija de piedra azul y se la enseña al sol para que la parta en flechas de atardecer. Cerca, una vieja, vestida de luto pardo, compra el romance de "Lucinda y Don Gabriel".

En el mercado de Segovia hay seis horas del reloj de la ciudad: desde que las casas comienzan a abrir el párpado verde de las persianas hasta la una de la tarde. A esa hora vendrán unos hombres, con escoba y gorra de plato, para dejar limpia la Plaza.

OTRA VEZ LA PLAZA MAYOR

Las siete de la tarde. La misma Plaza Mayor. Polvo, sillas de hierro y Banda municipal.

En los bancos, las madres reanudan las conversaciones domésticas del día anterior, mientras las niñas pasean escoltadas por una pareja de cadetes. Labores de ganchillo en las sillas de hierro—suspiros, abanico y "¡Está todo tan caro!"—, y en el paseo, trajes vaporosos y risas atropelladas, que casi nunca saben por qué.

En el quiosco de la música hacen el paseillo las fusas de un pasodoble jacarandoso y popular.

Por los soportales, culatados de las conversaciones trascendentales de muchos años, discurren lentamente tres canónigos.

Las nueve y media. Hora de la cena. Los cadetes hacen mutis, porque han visto llegar al oficial de vigilancia.

Cuando se extingue el *pout-pourrit* de aires regionales—punto final obligado de la Banda—, la Plaza Mayor está desierta.

LAS DOCE

Las doce. La noche echa la llave a la ciudad, con una vuelta de sombras, en todas las cerraduras del Acueducto.



DIBUJO DE ENRIQUE HORTELANO, ESPECIAL PARA "CIUDAD"



El gris espinazo de nuestro Guadarrama se ha echado encima el albo cobertor de todos los inviernos. La noble y ferrada bota del montañero estival no encuentra ya suelo propicio que morder. Ahora el zapato de nieve, sólido también y ungido de bárbaras grasas industriales, ceñido reciamente con la nerviosa atadura del esquí, es el único peregrino de aquel blanquísimo paraje. El deporte de invierno, puro y cordial, como sugiere su marca de blancura, instala sus reales en la inmediata orografía madrileña y llama con su niveo señuelo a los fieles de su culto.

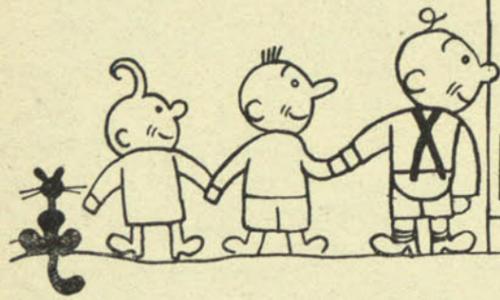
Todos los años, pues, el mismo tema. Cuajados apenas los primeros copos sobre la áspera corteza castellana, acuden a hollarlos, con todo el atuendo aparatoso del arte de resbalar sobre la nieve, los más impacientes devotos de este blanco dios decembrino, de vida tan periódica y fugaz. Pero ¡qué estupendo sentido de captación en un deporte!, ¡qué proselitismo de maravilla! De año en año bullen, crecen, se multiplican los creyentes en esta prodigiosa religión de la Naturaleza. No importan los contratiempos ni cuentan los mil pequeños inconvenientes que alejan la linde nevada del propicio y encerado esquí. Todos los domingos el mirador serrano de nuestra ciudad acoge en su blancura a los amigos que le llegan desde los más diversos aparatos de locomoción.

Y ahora, el comentario también de todos los inviernos: ¡Qué lejos está nuestra cercana Sierra! ¡Cuántas dificultades para un desplazamiento insignificante en kilómetros! Pocos trenes y sometidos a un régimen molesto de acoplamiento y billeteaje. Y muchos autobuses que, en casos seguros de nieve abundante, no alcanzan la base deportiva ideal y obligan al viajero ilusionado a caminatas heroicas para lograrla. En cambio, grandes proyectos de aproximación a nuestra montaña. Bellos proyectos ideales, que alguna vez—vamos a creerlo otro poco—tendrán una realizada certeza.

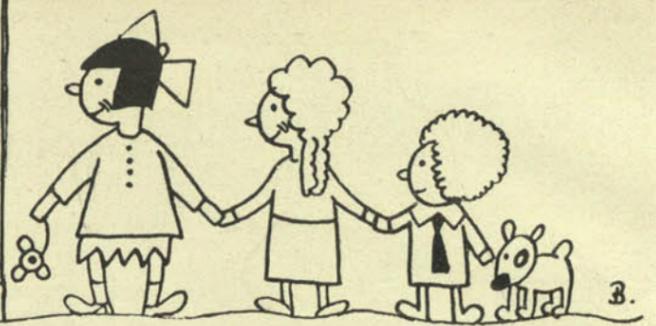
Nada de esto importa, en fin, ante la visión admirable del Guadarrama nevado: cancha virgen cada domingo para el patín deportivo y muralla protectora de la ciudad contra los agrios ventarros del Norte.

G. G. E.





EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



3.

Al saludar hoy a nuestros pequeños lectores nos complacemos en ofrecerles la interesantísima historia de LA ISLA DEL TESORO, novela de aventuras de Stevenson, donde se cuentan los más atrayentes episodios de piratas que se hayan escrito.



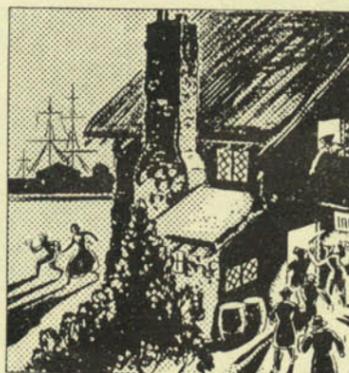
LA ISLA DEL TESORO



Juanito Halconero y su mamá vivían en un pintoresco bodegón, en un lugar de la costa inglesa. La noche que comienza nuestra historia, Juanito ve venir a un ciego, de horrenda figura, que le pide la mano para ayudarlo a cruzar el camino.



Cuando Juanito iba guiando al ciego, con gran temor, siente que éste, dando un alarido de rabia y torciéndole el brazo, le obliga a acompañarle hasta la vivienda del Capitán Billy Bones, un misterioso pirata, a quien el ciego entrega un papel anunciándole la muerte inmediata.



El Capitán sale aterrado de la habitación, gritando: "¡El tesoro!", y cae muerto a los pocos metros. Juanito y la madre, que había ido a buscarle, entran en la casa del pirata en busca del arcón de las joyas, en cuyo interior sólo encuentran un mapa. Los marineros, cómplices del Capitán pirata, huyen aterrados.



Juanito y su mamá llevan el mapa para que lo vean el Alcalde y el Doctor, quienes se asombran al descubrir que se trata del plano indicador de la isla donde se halla el tesoro del célebre pirata Flint.



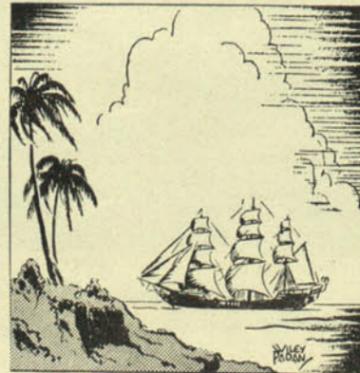
El Doctor y el Alcalde resuelven fletar un buen bergantín, llamado "El Español", en el que también irá Juanito, para buscar el tesoro. Así lo hacen, y al comienzo del viaje, Juanito se hace amigo de Juan "el Largo", cocinero del barco, sin sospechar que se trata del jefe de una banda de piratas disfrazados de marineros.



El Capitán del barco—adicto a nuestros amigos—comienza a sospechar que la tripulación conoce el fin oculto del viaje, y para evitar sublevaciones ordena a todos que entreguen sus armas. La tripulación, luego de deliberar, acuerda entregarlas, obedeciendo a una señal de Juan "el Largo".



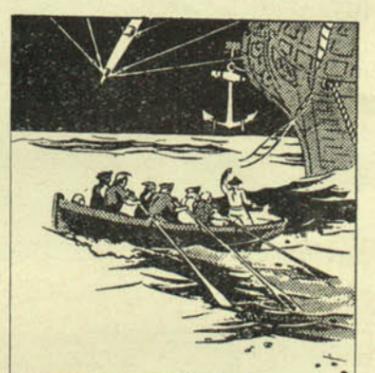
A los pocos días comienzan a ocurrir a bordo misteriosos asesinatos de marineros. Favorecidos por las sombras de la noche, los criminales van matando uno a uno a los marineros leales. Eran los de la camarilla de Juan "el Largo", que querían desembarazarse de estorbos para lograr sus ocultos fines.



¡Tierra! Por fin, la "Isla del Tesoro" es avistada desde el puente de mando. A bordo comienzan los preparativos de unos y otros para llevar a buen fin los propósitos que los impulsaron a tan arriesgada aventura. ¿Qué gran peligro acecha a nuestro simpático y valiente amigo Juanito Halconero?



En la noche anterior al desembarco, Juanito, escondido dentro de un barril vacío, había escuchado el siniestro plan de los piratas, quienes pensaban asesinarlos a todos ellos y apoderarse del tesoro. Después de oír todo logra escaullirse, sin que los falsos marineros le descubran.



Juanito corre a contar lo descubierto a sus amigos, quienes resuelven, para ganar tiempo y prevenirse, abandonar a la tripulación pirata cuando ésta se encuentre en tierra en busca del codiciado tesoro. Efectivamente, allá se fueron, ebrios y contentos, y sin percatarse de que Juanito les acompañaba.



Durante el corto trayecto entre el bergantín y la isla, Juanito se entera de que Juan "el Largo" había sido amigo del pirata Flint, que dejó allí el tesoro, y que se proponía asesinar al Doctor y al Alcalde, junto con el resto de la tripulación leal. Juanito huyó aterrado hacia el interior de la isla.



Entretanto, otro grupo de piratas que había quedado en el bergantín se apoderó del mando de éste, logrando acorrallar al Capitán, al Doctor y al Alcalde, quienes, al fin, consiguieron huir y llegar a tierra.



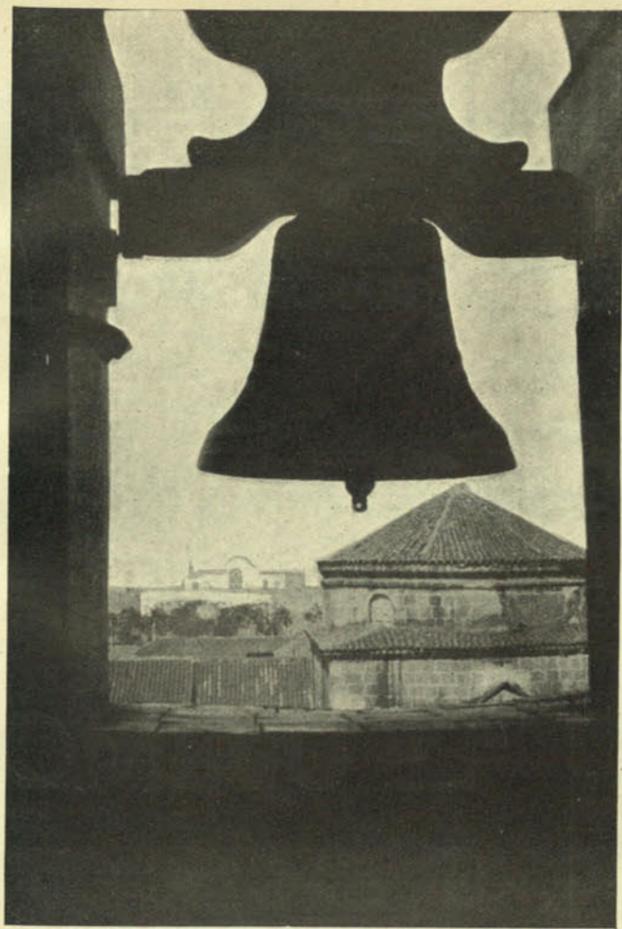
Juanito, después de vagar por la isla, se encuentra con sus amigos, mientras la tripulación rebelde se apoderaba íntegramente del bergantín "El Español". El propio bote donde huyeran había sido cañoneado, y el último de los marineros leales pereció defendiendo su puesto.



Los valientes expedicionarios se refugiaron en la antigua choza construida por el Capitán Flint, que había sido dueño del tesoro escondido. Y en esto, ven llegar nada menos que a Juan "el Largo", quien venía a parlamentar con ellos, proponiéndoles un regreso seguro a Inglaterra a cambio del mapa del tesoro. El Capitán no acepta la propuesta.



Esta actitud de los compañeros de Juanito enfureció a los piratas, quienes sitiaron a nuestros amigos, iniciándose a continuación una batalla por la conquista de la choza del Capitán Flint. La buena puntería de todos ellos determinó la muerte de varios piratas y la huida de Juan "el Largo".
(¿Qué sucedió después? Ved la continuación en el próximo número.)



FOTOGRAFIA TOMADA DESDE EL CAMPANARIO DE LA IGLESIA DE SAN AGUSTIN

EL OJO VIAJERO "INTRAMUROS" POR RAMON MUÑIZ LAVALLE

Los perfiles cortando los vientos del Pacífico, los pechos desnudos al sol, los ojos buscaban todo el día la revelación de proa. Las naos de Acapulco, que comandaba Legazpi, formaban la quinta expedición que los españoles organizaban de Occidente a Oriente, sin menoscabo de las frustradas de Caboto, Alcazaba, Alvarado y González Dávila.

Habiendo partido del puerto de Navidad en noviembre de 1564, arribaban al archipiélago filipino en abril del siguiente año.

El 6 de junio de 1570, Salcedo y de Goiti desembarcan en las playas de una inmensa bahía y capturan un poblado indígena. Con esa fecha y éxito, se planta en el Asia la primera capital española.

Intramuros, la antiquísima ciudad de Manila, descansa hoy en un rincón de la nueva población la fatiga de sus epopeyas contra moros, chinos, ingleses y nativos. Cubren su historia altas murallas de piedra, tapizadas de musgo, cerrándola como un cinturón de castidad, para que la vida de antaño no sienta la curiosidad de lo externo, y al escapar por sus puertas, prostituya la pureza con que se mantiene, mientras cientos de metros fuera crece, engorda y negocia al por mayor la nueva ciudad de Manila. Sus muros comenzaron a construirse en 1590, por visión del gobernador Gómez Pérez Dasmariñas, y hasta 1872 los trabajos continuaron en medio de violentos cambios y largas interrupciones provocadas por las circunstancias.

En la vasta área que ocupa Intramuros, bañando sus dinteles con las aguas del río Pasig y frente a los crepúsculos de la bahía de Manila, se fueron alzando en tres siglos de laboriosidad lenta—pero segura—edificios magníficos, cuyas paredes sin grietas y cuyos techados con tejas firmes, han resistido a los temblores y a los ciclones, mientras la ciudad nueva a cada movimiento sísmico o tifón de los mares del Sur, ve deshojar sus azoteas y arrugarse su prestancia de edificación de cemento. Las casas de Intramuros están enclavadas en el suelo, recias, con paredes reforzadas, con sus grandes piedras a la vista y las vigas carcomidas por el tiempo, como roídas por el óxido las rejas, pero firmes en su elegancia y seguridad.

Encontramos a la iglesia de San Agustín, la número uno de Filipinas, construida por un sobrino de Juan de Herrera y en donde el proscrito ha realizado una maravillosa bóveda de piedra que es el asombro de cuanto arquitecto norteamericano visita Manila.

La catedral, severa y sencilla, donde se oficiaron tantos ruegos y acciones de gracias en los tiempos de España en que el pañolón de Manila cubría las graciosas líneas de los trajes nativos. Oro y joyas, belleza femenina ensalzada por meticulosas obras de artífices que hicieron maravillas en engarces.

Y recorriendo las calles estrechas, calladas todas, vamos llegando y deteniéndonos ante cada una de las iglesias: dominicos, franciscanos, recoletos, jesuítas. Intramuros puede ser la ciudad de las iglesias. Cuando los ojos saltan desde perspectivas lejanas el obstáculo de los muros, va hallando aquí y allá las cúpulas de los templos antiguos.

Un gran incendio, no lejano, destruyó las viejas propiedades de los jesuítas, cuyas obras en maderería se consideraban un tesoro de arte inapreciable. La mudéz trágica de los muros pelados, con sus grandes boquetes y sus pozos llenos de cielo, hablan de la terrorífica acción de las llamas. Y tenemos en una esquina de la calle Arzobispo, como indicador preciso de aquella noche de siniestro, un pedazo del corredor que unía los dos grandes cuerpos de edificación. Pende sobre la calle atestiguando los favores que prestó en tal ocasión.

Una chiquillería harapienta, que destaca una mezcla de pómulos malayos y chinos, juega en la calle. Por las callejuelas estrechas, que llevan todas nombres de España, vamos encontrando el contraste de apellidos exóticos: "Che Yu Liang, sorbetería"... "Mohad Talung, sastre"... "Mongo con hielo, Shozo Yamazaki"... En estas arterias apretujadas, cuyas ventanas devuelven al sol el reflejo multicolor del nácar de sus conchas, la temperatura sofocante agudiza su tormento de 42, 43, 44 grados...

Comparándola con la ciudad nueva, donde los norteamericanos han volcado montones de necesidades y ambiciones, donde se arremolinan los automóviles y autobuses y rechinan los frenos de los tranvías, Intramuros parece una ciudad de ánimas, cuyas puertas se abren a la noche mientras saltan por su empedrado las frágiles "calesas".

Cachazudos, pesados, a ritmo de péndulo, los "carabaos" arrastran carretones cargados de leña.

Intramuros es una ciudad que duerme; ella ya tiene su historia hecha, donde nada falta; ni la invasión de los chinos, ni una corta soberanía inglesa ni la reconquista de 1762. En sus páginas hay intrigas que aguardan su novelista; noches de palacio en que manos arteras terminan una vida mientras con buen vino se festeja la llegada de un gobernador más dócil. No le hace falta preocuparse cómo se afana la ciudad nueva por hacerse de genio y figura; si se sabe olvidada, o más que esto, arrumbada como un viejo arcón de trastos en desuso, tiene la íntima satisfacción, que encuentra eco en sus campanarios, de resistir desde más de tres siglos a los temblores y a los tifones, mientras se inunda, descascara y agrieta la hija.

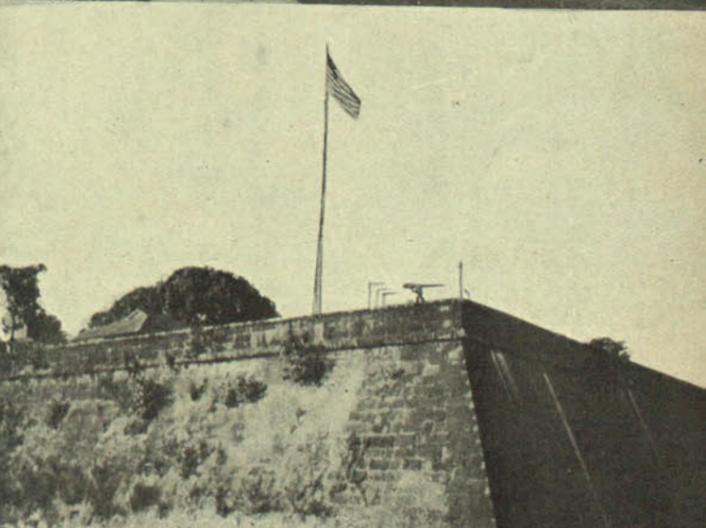
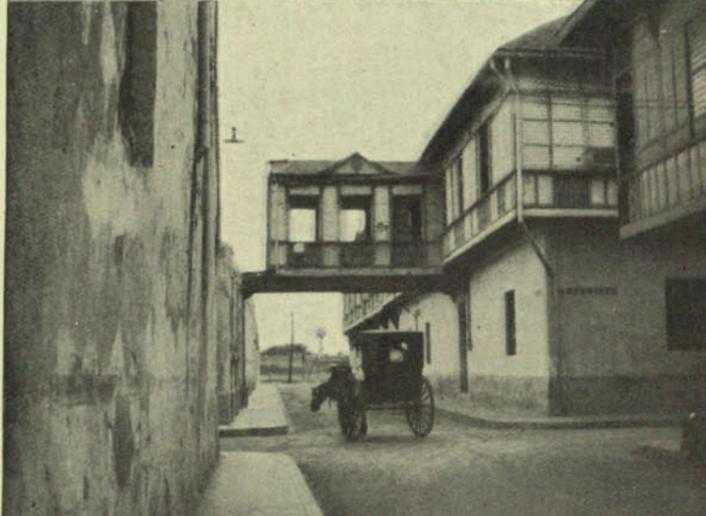
En el Fuerte Santiago se pasean hoy los soldados norteamericanos. Pero es justo consignar que estas autoridades han conservado intactas sus instalaciones; el norteamericano, que reverencia todo lo bueno, ha sabido mantener las antiguas construcciones, esmerándose en su conservación y restauración. En sus parques interiores las armas españolas tienen estratégicas y artísticas colocaciones y obuses de diverso calibre sirven de cantero a los cuadros de césped. Majestuosa en hechura e imponente en belleza, la puerta de Santiago detiene a quien la cruza. Es del viejo estilo que hemos observado en Méjico, y no desmiente el trayecto de las naos de Acapulco, que no sólo trajeron soldados y frutas a Filipinas, sino artesanos que hicieron en la piedra maravilla como ésta.

El amplio fuerte que domina la entrada del Pasig era el centinela mayor de Intramuros; hoy continúa en su puesto con carácter honorífico. Y las tardes y las noches cruzan por sobre la ciudad murada bajo la vigilancia de los torreones de la fortaleza de Santiago.

Recato en el pensamiento, medida en los ojos: Intramuros obliga a ello con su hábito de portento añejo. Cuando abandonamos sus calles y barracas, sus templos y monumentos, y divisamos los macizos edificios de Correos, la Legislatura, los incipientes rascacielos de La Escolta y los puentes de acero que reemplazan al colgante y al destruido puente de España, no ignoramos que entramos de nuevo a la vida..., a nuestra vida. Pero en nuestra espalda queda como un relicario celado esa reliquia de Intramuros, ciudad que duerme, pero vivo museo de la España colonial.

VISTA PANORAMICA DE INTRAMUROS
ESQUINA CARACTERISTICA DE LA CIUDAD MURADA
NUESTRO COLABORADOR SEÑOR MUÑIZ LAVALLE ANTE LAS MURALLAS
CALLE DE INTRAMUROS
UNA DE LAS ESQUINAS DE LA CIUDAD QUE DUERME...

Biblioteca Nacional de España



(Fotografías del autor.)





UFILMS-Ulargui Films

LA MARCA DE LOS GRANDES EXITOS

presentará de un momento a otro

AMOR...

ROMANCE...

MUSICA...



"EL ULTIMO

VALS

DE CHOPIN"



La dirección genial de BOLVARY, las melodías inmortales de Chopin, un guión suave y delicioso hacen de esta producción una auténtica y verdadera producción cinematográfica.

POESIA...

COLOR...

VIDA...



"EL ULTIMO VALS DE CHOPIN"

es una maravillosa sinfonía llena de ritmos fuertes que estimulan a vivir; es la canción triunfal del genio de la música sobre románticas penas de amor y felicidad, y en cuya realización culminan, junto al valor musical, los más puros valores de la poesía y del cinema.

UFILMS se honra hoy--como ayer en "Vuelan mis canciones"--al poder presentar al público de Madrid este film único para los verdaderos amantes del cine y de la música.

Cine

Variaciones sobre el cinema nacional

por GABRIEL GARCIA ESPINA

El arte admirable de nuestro siglo ha llegado a un punto tal de madurez estética, que le incorpora definitivamente hasta el nivel donde rayan los grandes signos históricos indicadores sucesivos de la perfección humana. Es decir, que el cinema tiene ya una marca precisa, un capítulo suyo, gráfico y jugoso, en el gran libro del arte universal.

Tenemos que considerarlo, por consiguiente, como un suceso cierto, exacto en la órbita de los hechos consumados y con una existencia tan firme y vigorosa como la de la pintura, la música o la literatura—más juvenil también—, aunque de todas ellas se nutre, y a pesar de su independencia absoluta.

Hay, pues, que admitir su noble ingerencia en el dominio del arte y perder un poco el respeto a la palabra "aficionado", en el sentido superficial que siempre se le dió. Se puede gustar o no del cinema, como se puede amar o ser indiferente a la pintura, pero siempre con un tácito respeto para aquello de cuya existencia no cabe dudar, aunque su admiración no se comparta.

Y vamos ahora con un patriótico empeño: el breve y desapasionado comentario de nuestro cinema nacional, tema de una importancia enorme y pocas veces acogido con la sinceridad necesaria. Es posible que el amargo concepto merecido en justicia por la producción española, salvo alguna excepción, parezca, a quien leyere, cualquier cosa menos patriótico. ¡Aquello de que nadie es profeta en su tierra, y de que todo lo nuestro nos parece malo!...

Hasta la llegada del cinema sonoro, admirable suceso de un alumbramiento casi repentino, España nutrió sus ávidas pantallas casi exclusivamente con material ajeno. Eramos un estupendo campo de negocios para los productores extraños. Y a partir de entonces, acaso por la conmoción que produjo en el mundo cinematográfico la llegada del sonido a las pantallas, hasta entonces mudas, despertamos aquí, y comenzaron a darse en nuestras incipientes galerías los primeros ensayos serios de cinema patrio.

Corta es la historia de esta primera y casi única fase de nuestra obra cinematográfica. Corta e inexperta. Y de nada sirvió a nuestra gente el estudio comparativo de otros orígenes que ya florecían en triunfo cuando aquí se empezaba.

Claro que enseguida adivinamos una réplica a propósito de los penosos factores económicos dentro de los cuales ha tenido que vegetar nuestro cinema. Pero esto no puede justificar una persistencia tan sistemática en la mediocridad de la obra. En el cine, como en cualquiera otra noble actividad artística, deben medirse primero todas las posibilidades económicas y de espíritu, considerarlas sin pasión y, después, acometer el empeño o dejarlo.

Sólo hacía falta algo imponderable para el éxito puro del cinema nacional, algo en lo que no se pensaba casi nunca: genio. Un poco de genio nada más. No era mucho pedir. Y sin contar nunca con él, alegremente, se emprendía una realización, con esa impremeditada pasión meridional que nos caracteriza. ¿Que una obra teatral, zarzuelera o literaria, estaba en primer plano? Pues ¡hala! A transformarla en cinema. Tales intérpretes y tal director. Cualquiera. Lo mismo daba.

Y los resultados, naturalmente, eran previsibles para todos los buenos admiradores de un arte mundial que ya había dado, en otros climas, frutos magníficos.

El genio, hasta ahora, no se ha dado en nuestra tierra. No hubiera podido estar oculto mucho tiempo. Lubitch, por ejemplo, en sólo escasos metros de uno de sus primeros films germanos—creemos que fué en "La Princesa de las Ostras"—, nos reveló toda la gracia y la personalidad de su estilo con las evoluciones de un figurante.

No es preciso, pues, un ambiente económico brillante para el cultivo de un buen animador cinematográfico. Hasta pudiera darse el caso contrario, es decir, que ante la aparición de uno o varios elementos directores excepcionales, el feliz estado económico anhelado se produjera automáticamente alrededor de ellos.

Ahora, además, en España parece que el capital no rehuye el contacto con los negocios cinematográficos. Sabemos a menudo de nuevas empresas constituidas, de estudios montados con todos los adelantos fotográficos y acústicos. Hasta de "ciudades del cinema". Pero sigue latente y peligrosa para la esencia pura del arte nuevo la ingerencia en sus dominios únicos de personalidades destacadas en

otras actividades ilustres. Hasta los guiones especiales brindados a la cámara por nuestros escritores profesionales tienen que hallarse, por influencia de la costumbre y a su pesar, señalados con un matiz literario o teatral ajeno al cinema y a sus posibilidades singularísimas. Una cosa distinta sería que el genio de alguien—ya volvemos a tropezar con el genio—fuera capaz de extraer de una comedia o de una novela substancia cinematográfica suficiente para nutrir una película.

Hay, pues, en todo este complejo del cinema español un problema esencial y primario: el hallazgo de alguien con personalidad, con propio vigor artístico, capaz por sí mismo de producir algo original, cuando menos, en beneficio de un prestigio cinematográfico hispano que, por ahora, nos falta en absoluto.

En fin: un genio "de verdad" lo resolvería todo con unos metros de celuloide.

(Exclusivo para CIUDAD.)



Jeanette Mac Donald en "La Viuda Alegre"

Crónicas desde Nueva York

"La viuda alegre".

De *La viuda alegre*—film de Lubitsch, interpretado por Chevalier y la Mac Donald—dice "Don Herold", en su crónica de *Life*, que es la mejor película que haya visto hasta ahora. Nosotros nos unimos a ese criterio, ya que se trata de una de las obras más finamente realizadas que ha dado el cine sonoro. La pareja que fué tan aplaudida en *El desfile del amor* vuelve a unir sus cualidades de mímica y de voz en esta superproducción, para entretener durante largo rato al espectador bajo la sutil inspección del gran director alemán.

"Los Barrets de la calle Wimpole".

Norma Shearer reaparece, al lado de Frederic March y Charles Laughton, en esta película, que no llena del todo el gusto del espectador.

"El Conde de Montecristo".

Elissa Landi, la excelente actriz dramática, realiza una encantadora Mercedes en este melodrama romántico, en el cual Robert Donat interpreta el papel de Dantés. Es una película atrayente.

"El último caballero".

Todo el mérito de esta producción reside en la figura incorporada por Arliss en su papel de abuelo rico excéntrico y gruñón, y rodeado de ávidos herederos que aguardan su muerte. Un buen film.

"Una belleza del año 90".

El tipo característico de vampiresa, impuesto por Mae West con extraordinario resultado, reaparece en esta ingeniosa película, llena de ligera voluptuosidad, y donde Mae se enamora de un boxeador. Frases ingeniosas... y subiditas de color, naturalmente que... en inglés.

"Chu-Chin-Chow".

Un gran espectáculo musical, de origen inglés, realizado sobre el sugestivo tema de Ali-Babá.

"El pan nuestro de cada día".

El genial director de *Aleluya* y *El mundo marcha*, King Vidor, sin duda alguna uno de los más dinámicos *regisseurs* cinematográficos, ha realizado en este film otro de sus característicos poemas de intenso valor humano.

Antes del estreno

El cronista cinematográfico de CIUDAD quiere dejar señalados, casi lacónicamente, en este primer número del periódico, con un puro criterio profesional fuera de todo contacto publicitario, los jalones hondos que marcarán en su día, en el día de su estreno, dos obras, por ahora, representativas del admirable empuje cinematográfico moderno.

El carácter semanal de nuestra revista parece que excluye un poco de su página del cinema la reseña pura y objetivamente crítica de un estreno cualquiera. Así, por motivos de actualidad y de interés, procuraremos adelantar en cada caso el concepto exacto que nos merezcan los films con apariencia destacada, sin que este propósito nos evite el comentario crítico, la sutil mirada semanal a las pantallas madrileñas y sin perjuicio tampoco de los nuevos empeños que podamos acometer alrededor del amplio contenido cinematográfico de nuestra época.

El último vals de Chopin, film realizado por Geza von Bolvary, es una obra prodigiosa de vigor emocional. Parecía agotado el tema con el suceso extraordinario de *Vuelan mis canciones*; pero aquí, en esta película de análogos contornos argumentales y de técnica, el conflicto dramático se nutre con más brío en la raíz musical del genio polaco. En aquella determinada biografía de Schubert, la fábula tenía un cierto romanticismo, acaso mejor un dramático romanticismo, que choca ahora con el nervio dramático escuetamente de esta también seudobiografía chopiniana. Hay en los dos films algo que pudiéramos llamar analogía dispar. Y el contacto espiritual de ambas obras es halagador, por el afán de superación que se adivina en el film de Bolvary sobre el de Forst.

La época, reconstruida con una fidelidad precisa, envuelve a los actores, estupendos, en el ambiente de su siglo. Se oyen los nombres de Balzac, de Hugo, de Dumas. Suena un piano bajo la garra poderosa de Listz. Y todo el episodio argumental se desenvuelve con una admirable riqueza de matices. Una fotografía obediente y dócil acompaña también, con sus cambios bruscos de sombras y de luces, a los vaivenes inspiradores del músico predestinado.

¡Oro! El amargo regusto de nuestro siglo, el frenesí egoísta y feroz de esta época vertiginosa que nos arrastra: eso, ¡el oro! Y en un argumento realista en cuanto a sus pasiones humanas y fantástico por su asombrosa concepción arquitectónica, un film de Karl Hartl, realizado con toda la perfección con que la técnica germana abruma a nuestros pobres ensayos meridionales.

Talleres inmensos y diabólicos, localizados en extraños lugares inexpugnables; máquinas de pesadilla; tensiones eléctricas inconcebibles; cerebros estrujados por un afán angustioso del metal que todo lo puede. Y un cúmulo de pasiones humanas, primarias y desatadas, rodando sin contén en medio de este vértigo de codicias. Rostros petrificados de angustia, muecas de dolor, egoísmo, miseria en fin: ¡oro!

La escuela cinematográfica alemana más genuina tiene en esta obra peculiar un área virgen para sus nuevos ensayos. Los personajes del drama llevan sobre sí la pesadumbre agobiante de un empeño acaso excesivo para sus posibilidades físicas. Ofrecen muchas veces, a los ojos atónitos del espectador, un estatismo superficial en lucha vigorosa con un fondo dinámico enorme. Cinema de contraste es esto. Acaso no muy asimilable para un público heterogéneo, pero de singulares valores estéticos para la gente de fina sensibilidad, que ya es abundante, por fortuna.



Una escena de la película "Oro"

La actividad femenina en el deporte

DEPORTES



Hace veinte años, estas muchachas que hoy *posan* para CIUDAD hubieran producido un alboroto en la moral española. Entonces el deporte era "sólo para hombres", algunos de los cuales llevaban incluso amplios bigotes. Estos deportistas no tenían reparo en jugar al fútbol, luciendo unos calcetines a rayas y con unas gorras blancas, con visera, que llevaban no sabemos si con el propósito de esquivar los efectos so-

lares en el rostro o para ocultar la cara a los escasos y siempre espontáneos espectadores que presenciaban aquellas contiendas "históricas".

Hace veinte años, decimos, Esperancita Requena hubiera sido recluida en un manicomio. Afortunadamente para la Humanidad, han pasado ya aquellas épocas. Hoy el deporte empieza en la escuela, para las nuevas generaciones, como una asignatura más, y muchachos y muchachas los practican sin atentar contra la moral ni contra las "buenas costumbres", muy pudorosas, sí, pero de fatales resultados para la salud.



Esperanza Requena

En España ha costado bastante trabajo llegar a esta generalización del deporte femenino. No hace todavía mucho tiempo—cinco o seis años—, las hoy primeras figuras de nuestras bellas deportistas tenían que sostener verdaderas batallas familiares para obtener esa libertad de acción que las permitía acudir a los terrenos del deporte. Sonaba ya el nombre de Margot Moles como esquiadora, y el ejemplo producía "sensación" entre las "colegas" que amaban el *sport*. Pero la oposición firme y sistemática, la negativa familiar, cerraba por completo el horizonte que estas muchachas forjaban en su imaginación. Y aun el deporte de nieve era permitido; al fin y al cabo, ellas y ellos iban vestidos con discreción. ¡Pero cómo tolerar que las niñas juegan al hockey, ni hagan atletismo, ni vayan a remar al Retiro!... Eso estaba muy mal visto. Lo de menos era el beneficio que a la forma física produciría aquella actividad. El sol no tenía ninguna importancia, el



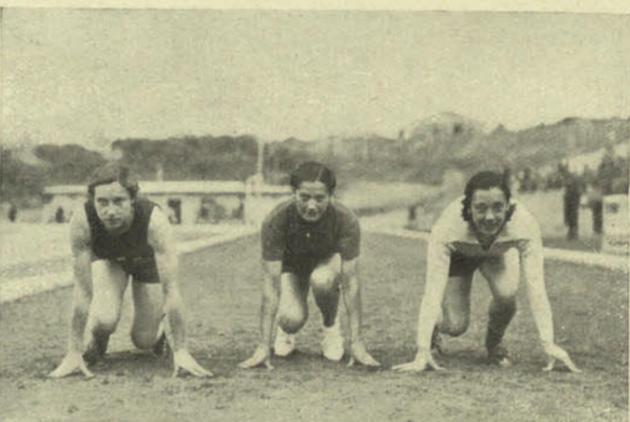
Margot Moles

músculo era vergonzoso en señoritas. Lo único importante eran el pudor y el recato.

¡Pobres muchachas aquellas que eran niñas entonces!

Margot Moles, la *campeónísima* Margot, ha sido y es el gran ejemplo de la juventud femenina española. Después de vencer la primera aquellos obstáculos morales, obtuvo señaladísimos triunfos deportivos en los estadios de España y del extranjero.

Hoy Margot sigue dando ese magnífico ejemplo, porque ella, casada ya con el cordial Manolo Pina—otro gran elemento del depor-



María Gloria Morales, Esperanza Requena y Aurora Villa

Fotos Baldomero (hijo)

te—, continúa en el frente. La señora Moles, a propósito de su actividad deportiva, nos ha dicho:

—Crea usted que estoy tan identificada con el deporte, que no podría abandonarle por nada ni por nadie. Por esta causa elegí de marido a un deportista. Manolo no me impide que continúe en plena actividad.

—¿Y no piensa usted, de verdad, retirarse por ahora?—pregunto, incrédulo.

—En serio que no. Actualmente preparo al equipo femenino de hockey del Athletic. A la Sierra no faltó un solo domingo. Tengo clases de cultura física (aquellas que abandonó mi hermana Lucinda al marchar a Norteamérica) y practico con entusiasmo el atletismo...

—Una enciclopedia del deporte...

—Bueno. "Ponga" usted eso, si quiere. Además del cariño que tengo a la vida deportiva, opino, y considero que tengo experiencia para hacerlo, que el deporte es imprescindible en la mujer y en el hombre.

—¿Qué opinión tiene usted respecto al tecnicismo de sus compañeras?

—Que existen en España actualmente verdaderos valores. Tenemos en atletismo muchachas como Isabelita Martínez, *recordwoman* de Castilla de saltos de longitud; como Esperanza Requena, *recordwoman* también de saltos de altura; como Aurorita Villa, etcétera. En hockey los equipos femeninos se han generalizado de tal modo, que la mayoría de las sociedades tienen ya su cuadro de jugadoras. Y jugadoras de clase, como Pepita Chavarrí, como la Bartolozzi. En Madrid y en el resto de España la intervención femenina en el hockey ha tomado gran incremento, pero especialmente en Castilla y en Cataluña.

—¿Qué panoramas advierte usted en esta intervención de la mujer en el deporte?

—Que se generaliza por momentos, y que, al pasar de los años, la mujer se dedicará al *sport* con la misma intensidad que el hombre. Esto, además de ser bello y agradable, perfeccionará indudablemente a las futuras generaciones españolas, que serán fuertes, ágiles, sanas...

Yo interrogué un día, en las pistas de la Ciudad Universitaria, a un grupo de muchachas deportistas. Fué un diálogo movido y gracioso que me obligaron a sostener las bellas interrogadas. Todas ellas "maltrataban" con crueldad a sus pobres abuelas, que no conocieron del deporte más que lo grotesco, advertido a través de las fotografías de la época.

De esto hace algún tiempo; era todavía la época "mala". Las palabras de aquellas muchachas demostraban su empeño decidido en generalizar esta simpática y moderna actividad de la mujer.

Y, efectivamente, el esfuerzo ha dado su fruto. La mujer dibuja ahora su grácil silueta, con frecuencia optimista, sobre los campos deportivos de España.

CÉSAR INDARTE.



RUGBY

Terminada la disputa del trofeo Chicheri con el triunfo de la Gimnástica, los equipos de primera división tienen ante sí la perspectiva del próximo campeonato. ¿Qué se sabe de sus entrenamientos para afrontar los próximos compromisos?...

Es de lamentar el abandono del Madrid tras su primer partido; bien es cierto que las razones expuestas en una carta particular del Sr. San Miguel al Sr. Chicheri eran suficientes para justificar esa actitud, pero aun así, hubiera sido preferible, para la mejor organización del rugby, su asistencia para enfrentarse con el Athletic y su permanencia en la disputa del trofeo mencionado. El Madrid sigue siendo el mejor equipo castellano; su derrota ante la Gimnástica se debió a la débil actuación del árbitro, que anuló un tiro libre legalmente convertido. El desarrollo del encuentro mostró a un equipo bien entrenado—la Gimnástica—y a los rivales, que, sin conocimiento entre sus jugadores, resistían el mayor peso de los delanteros contrarios y desplazaban más hábilmente sus tres cuartos, a pesar de la absoluta falta de entrenamiento de todos los componentes.

En las prácticas previas al trofeo, nunca se vieron más de cinco jugadores, llegándose hasta el colmo de que el capitán, Resines, se pusiera en contacto con sus compañeros de juego en el partido contra la Gimnástica sin preparación previa. En tales condiciones, nada pudo hacer el Madrid frente a un equipo de calidad de juego inferior, pero más disciplinado y preparado.

No tenemos noticias de que el Madrid haya resuelto nuevas prácticas; en lugar de ver entrenarse a sus elementos activamente para borrar la mala impresión del encuentro inicial, hemos oído decir que disidencias internas con las autoridades del Club, que no han prestado el debido apoyo al equipo, pueden ser la causa de su abandono en el próximo campeonato.

Lea usted en el próximo número:

Un mano a mano con "Guerrita"

Por MARCIAL LALANDA

Lo que desea ver un buen aficionado de rugby

1. Que los campos de juego tengan sus arcos reglamentarios y no los de fútbol, pues para la conversión de tantos y tiros libres son indispensables aquéllos.
2. Que los equipos jueguen limpiamente; que los tres cuartos se entiendan entre sí; que no se discutan las decisiones del árbitro; que los pases se hagan mirando al compañero y siempre hacia atrás; que el "placar" se haga en las piernas y no por la cabeza.
3. Que los árbitros tengan más energía y observen mejor el juego.
4. Que las canchas tengan sus líneas reglamentarias y estén limpias de vidrios, piedras y objetos, puesto que los jugadores de rugby, hoy por hoy, hacen una heroicidad con la práctica de este deporte.
5. Que nunca falte un botiquín de primeros auxilios.
6. Que de una vez y para siempre se tome el rugby en serio y no se siga haciendo su caricatura, como hasta ahora.

FREE KICK.

TENIS

Una jugadora de tenis española triunfa en Buenos Aires

La señorita María Africa Sola acaba de obtener en Buenos Aires resonantes triunfos frente a las más caracterizadas jugadoras argentinas. Su estilo tranquilo, preciso en el largo de los tiros, seguro en el juego de red, ágil en todo momento, ha causado la admiración del público y la Prensa argentina, que tiene para ella, en sus crónicas deportivas, elogiosos comentarios.

Es grata para nosotros esta noticia, y más halagadores aún los triunfos de la señorita Sola por haber sido obtenidos en silencio, sin ostentaciones ni reclamos.

BOXEO

La actuación de Sobral en Buenos Aires

Los periódicos porteños traen en sus páginas de boxeo grandes elogios para la actuación de Angel Sobral en su combate frente al campeón argentino Raul Landini, celebrado el 17 del pasado mes.

He aquí el comentario del diario *Crítica* sobre los valores de nuestro excelente pugilista:

"Angel Sobral no tuvo suerte en su debut, pero es bueno recordar que se midió con el mejor pugilista nuestro. Su defeción no resta su prestigio. Hizo lo indecible para triunfar; en todo momento, en forma decidida, llevó el ataque, y soportó el castigo con una entereza extraordinaria. El campeón español se encontró con un adversario que le aventajó en velocidad y noción de tiempo para esquivar y castigar: ésos fueron los dos inconvenientes para que pudiera actuar con éxito."

Por su parte, el boxeador argentino Landini, su adversario, hizo a la Prensa las siguientes declaraciones después del combate:

"Sobral es un púgil de una gran capacidad física para soportar el castigo. Haciendo honor a la verdad nunca he tenido un rival tan recio. Le pegaba en la cabeza y en la mandíbula hasta el cansancio y, como si fuera de hierro, seguía avanzando."

Otro periódico de Buenos Aires dice:

"Antes que el *referee*, Ramos Oromí, leyera las tres tarjetas del Jurado, el campeón español, en un gesto que le honra, se dirigió a Landini y le levantó la mano, reconociéndole como el verdadero vencedor de la pelea. El público, en forma unánime, aplaudió este gesto, premiando con nutrida ovación el derroche de valentía que hiciera durante todo el transcurso del combate."

En cuanto a los valores del boxeador argentino, basta recordar que fué campeón olímpico *amateur* de boxeo y que se mantiene aún invicto. Se le considera como el más científico de los púgiles argentinos.



La Torre del Oro

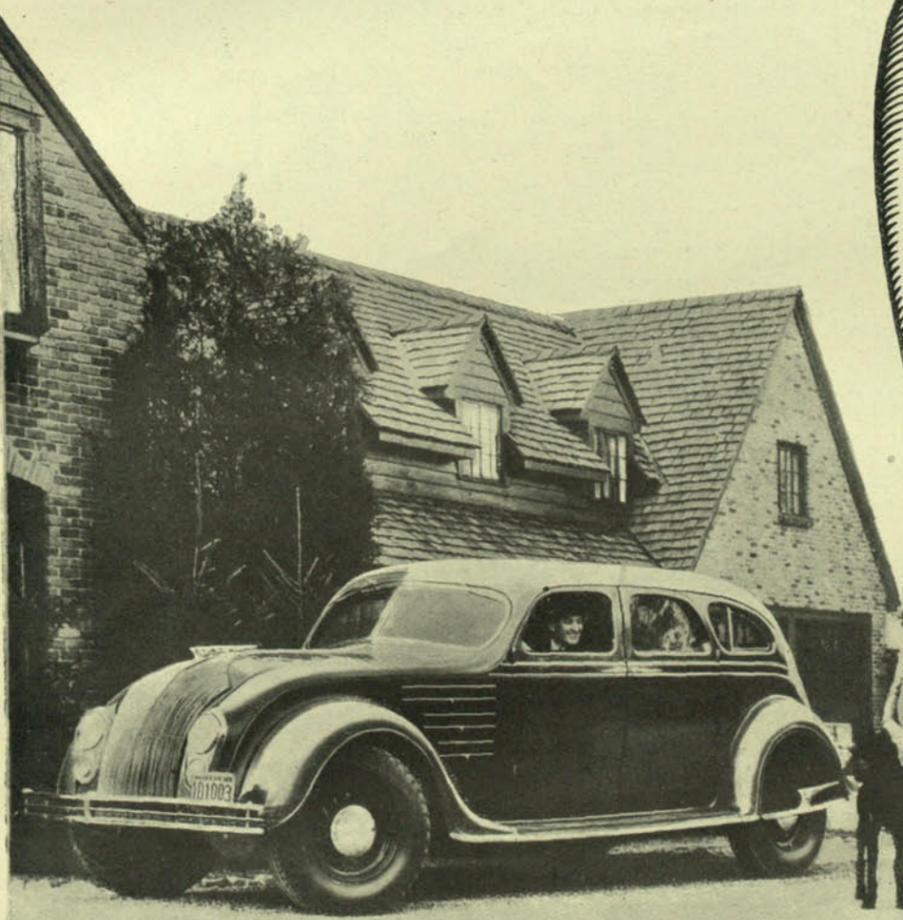
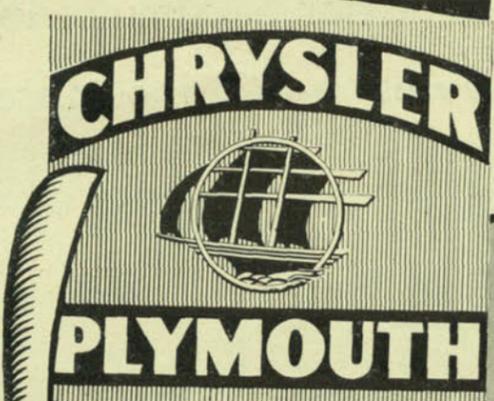
Cestas para Año nuevo y Reyes: Esmerada presentación: Precios módicos.

San Bernardo, 3.-Madrid

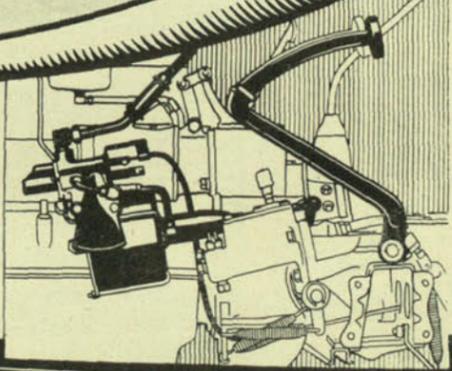
Teléfono 22226

Remates :: Comisiones :: Consignaciones
E. ESPEJO DELGADO
 Venta de Propiedades, Automóviles,
 :: Muebles, Pielés y Mercancías ::
 Ventas: E. DATO, 6 Depósito: SILVA, 18
 Teléfono núm. 21897

CHRYSLER



EMBRAGUE
AUTOMATICO
Secreto de su
conducción suave.

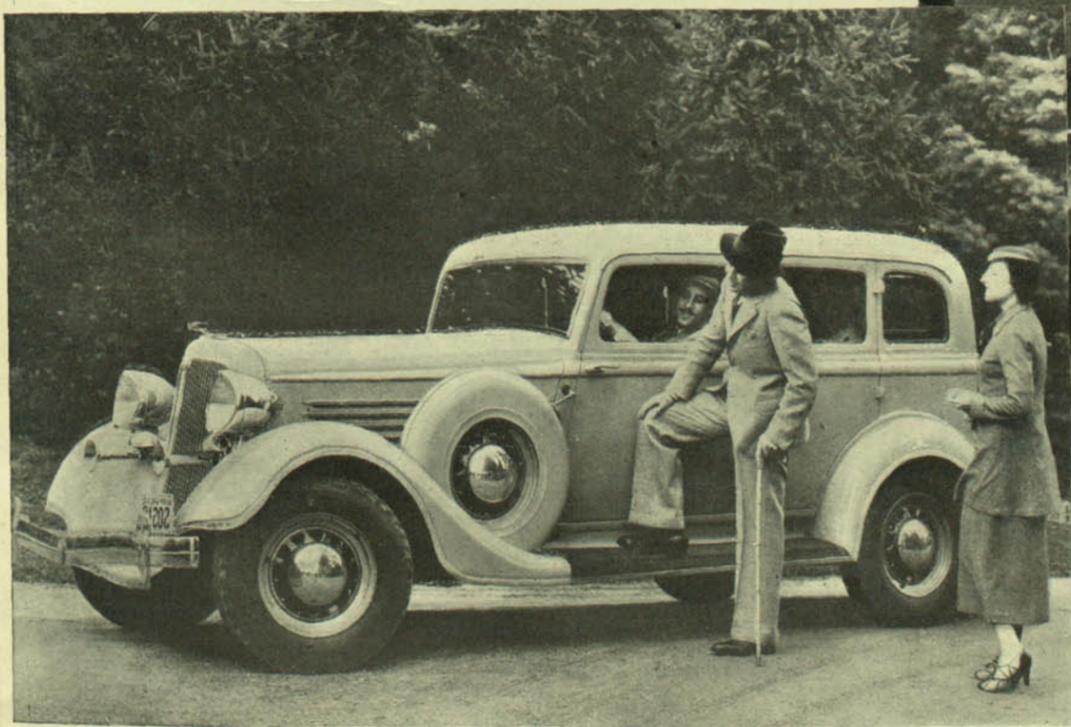


DIFERENTE

No es posible saber lo diferente que puede ser un automóvil hasta después de haber probado los Chrysler y De Soto Airflow.

Asientos cómodos como divanes, suspensión única.

Detentor de los records mundiales de velocidad y menor consumo.



DISTRIBUIDORES: **S.E.I.D.A., S.A.**
MADRID Espronceda, 36 SALONES de VENTA: Pi y Margall, 14.
 Plaza de la Independencia, 5.-Génova, 11
 y A. San Román, Miguel Angel, 14.
 AGENTES "EN TODAS" LAS PROVINCIAS

DESENGAÑENSE

Está la vida tan cara por el cúmulo de intermediarios que mantene-
mos los consumidores por no comprar los artículos al fabricante.

Y si no: ¿Quién hizo abaratar el calzado en toda España?

¡¡SEGARRA!! ¡¡SOLO SEGARRA!!

¿Por qué? Porque CALZADOS SEGARRA poseen
una fábrica de Curtidos y una fábrica de Calzados en
Vall de Uxó (Castellón), que son las de mayor pro-
ducción de España y una de las primeras organizacio-
nes del Mundo, cuyos productos vende directamente
al consumidor en sus Establecimientos propios abiertos
al efecto en las principales poblaciones de España.

Los mejores calzados de todas clases.

El surtido más completo para Señora, Caballero y niños.

Los modelos última palabra de la moda.

Los más cómodos y los más baratos



LA MAYOR PRODUCCION DE ESPAÑA

SUCURSALES EN LAS POBLACIONES MAS IMPORTANTES DE ESPAÑA

En MADRID

Avenida Pi y Margall, 17

Teléfono 22395

Calle de Alcalá, 21

Teléfono 20744

LIMPIEZA GRATUITA DE SUS CALZADOS